

*Mariela Villegas R.*

**Cuestión  
de Piel**

Thriller Erótico

**“Cuestión de Piel”**

**Mariela Villegas R.**

# ***“Cuestión de Piel”***

**Thriller Erótico**

Autora: Mariela Villegas R.

Todos los Derechos Reservados ©

Diseño de Portada: Mariela Villegas

Diseño General: Mariela Villegas R.

Primera Edición, Julio 2018.

**REGISTRO: 1807307866518**

Prohibida su copia, venta y reproducción sin autorización de la autora.

# Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Introducción](#)

[Índice](#)

[Agradecimientos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[“En el Consultorio”](#)

[“Sesión I”](#)

[“Sesión II”](#)

[“Sesión III”](#)

[“Sesión IV”](#)

[Breve Intermedio](#)

[“Sesión V”](#)

[“Take a Bow”](#)

[“Sesión VI”](#)

[“Sesión VII”](#)

[“Villanos vs. Héroes”](#)

“Casa de Emilia, algún tiempo atrás”



# Introducción



Una intrigante e intensa historia donde el amor no juega ningún papel y la fuerza de voluntad lo es todo para sobrevivir.

En la vida de Miranda solo hay una persona: ella misma. Su existencia ha transcurrido de una forma tan fácil como increíble, y por todas las razones erróneas. No es una mujer de alma noble ni conoce el amor. Por tanto, decide comenzar a asistir a terapia con una psiquiatra de renombre para que la ayude a "sentir algo" por alguien más, ya que se acepta ignorante al respecto y no desea terminar sus días sola. Pero en esta historia las cosas no son lo que parecen. El amor no tiene cabida y ella se dará cuenta de esto cuando conozca al diablo en persona: Damián, un hombre tan irreverente y encantador como manipulador. Aunque, en algún punto de sus alocados días, no sabrán quién manipula en realidad a quién. Todo puede suceder cuando ellos están juntos, y aquel que se cruce en sus caminos corre un riesgo enorme de caer en una vorágine de deseo y pura y vil corrupción. ¿Quién dijo que la pasión y la lujuria eran las emociones más avasalladoras que el ser humano pudiera experimentar? Aquí todo siempre es más, mucho más. Un thriller erótico y psicológico que te robará el sentido. ¿Podrás sobrevivir en su retorcido y seductor mundo? ¿De qué se trata la verdadera esencia de la locura? No te quedes con las ganas de saberlo, pero cuida tu mente en el camino.





# Índice



**I**ntroducción.  
    Prefacio.  
    En el Consultorio.  
    Sesión I.  
    Sesión II.  
    Sesión III.  
    Sesión IV.  
    Breve Intermedio.  
    Sesión V.  
    Take a Bow.  
    Sesión VI.  
    Sesión VII.  
    Villanos vs. Héroe.  
    Casa de Emilia, algún tiempo atrás.



# Agradecimientos



**A**gradezco infinitamente a todas mis lectoras y colegas que me ayudaron a revisar esta historia que a algunas les pareció controversial, pero que a todas les gustó y choquéó de forma personal. Involucrar su tiempo en apoyo a mi novela es el más hermoso regalo que podría recibir de ellas: Vanessa Saldarriaga, mi guerrera y confidente más adorada, mi paisana y amiga del alma Adriana González, mi querida Fernanda Díaz que me dio excelentes puntos para condimentar la historia, Betsy Bustos, colega de corazón y una gran escritora y ser humano, Minne Flowers, lectora apasionada, y mi preciosa María Elena Rangel, mujer de alma de poeta y escritora maravillosa.

Y a mis divinas Marielamaníacas que han estado conmigo en cada paso que doy. Su cariño y apoyo es invaluable. ¡Gracias!



# Dedicatoria



**A** mi madre por su ayuda y paciencia. Maritza Rivero Patrón, te amo más que a nadie en este mundo. A Angel González por ser mi compañero de vida y mi mejor amigo. Y, por último, a todos y cada uno de mis *alter egos*. Mariela, ¡amo cada parte de ti y de tus locuras y altibajos! Eres mi máxima inspiración. Esta va por ti, por nosotras.

*“Hasta los psicópatas son vulnerables a sus deseos”.*

***El Psicoanalista, John Katzenbach***



# Prefacio



La música sonaba a todo volumen en mi pequeño auto mientras transitaba por la avenida más larga de la ciudad. Tenía los vidrios abajo y el cabello revoloteando al son del viento. Llegó el momento en que me vi forzada a detenerme gracias a un muy mal colocado semáforo, justo antes de llegar a mi destino. Un automóvil de lujo, de esos cuyo nombre es tan enorme y pulido como el ego de la persona que lo maneja, se paró a mi lado. Volteé la cara por instinto y me topé con mi reflejo en el polarizado de la ventanilla contigua. Me veía bastante bien con ese nuevo tinte de cabellera. Era una mezcla de rubio cenizo con destellos platas que se desgastaban desde la raíz hasta la punta — largo y lacio—. Me guiñé a mí misma el ojo con descaro. No pasaron ni diez segundos cuando noté que el vidrio comenzó a descender, descubriendo a su paso el rostro perfecto de un hombre, aproximadamente en sus cuarentas, un tanto canoso. Solo podía verle los hombros y parte de los vellos del pecho que sobresalían de su camisa blanca de mangas cortas. La adrenalina me encendió y, automáticamente, eché el cuerpo hacia afuera, lo suficiente como para poder vislumbrar sus jeans apretados contra su miembro, bastante sustancioso. Mi osadía pareció divertirle y sonrió, clavándome la mirada. Con el dedo medio, bajé mis lentes hasta la punta de mi nariz, desplegando mis largas y tupidas pestañas, mostrándole el brillo mortífero de mis ojos azules, mordiéndome el labio en un gesto lujurioso de invitación a pecar. Las pupilas del hombre se dilataron y se pasó la lengua por la boca, saboreándome a corta distancia. Una de sus manos se soltó del volante y se dirigió al bulto entre sus piernas, frotándolo, haciéndolo sufrir dentro de los pantalones, desesperado por liberarse.

—¿Gustas? —murmuró sin emitir sonido.

Fruncí los labios de manera muy coqueta, insinuante. Me quité los lentes y los puse en el asiento del pasajero para dejar libres mis palmas. Con la derecha, dibujé el contorno de la solapa de mi blusa roja que contrastaba con mi boca. Desabroché los primeros botones, la hice a un lado y le mostré mi



voluptuoso seno erguido, ávido de acción. El hombre emitió un sonido gutural, apretujándose el pene.

—¿Vamos a un motel? —invitó con una voz ronca que sobresalió del ruido que los motores de los demás autos emitían. En respuesta, solté una sonora carcajada, me acomodé la blusa y volví a ponerme los lentes, elevando las cejas con desdén.

—Hoy no es tu día de suerte, guapo —repliqué divertida. Cerré mi ventanilla y pisé el acelerador, pasando la luz roja. Aquel leve flirteo había llenado mi cuota del día... faltaba la de la noche. Esto era parte de mi personalidad y, después de veintisiete años de vida, comenzaba a darme cuenta que, de no detenerme, probablemente el amor jamás me encontraría. Sin embargo, la pregunta que me planteaba era ¿en realidad lo quería? ¿Necesitaba tanto amar como amaban los demás? No lo sabía y tampoco me interesaba la respuesta, pero aquí había algo más por descubrir; otra conclusión a la que debía llegar. Algunas veces se te ofrecen oportunidades imposibles de rechazar, y una de ellas se hallaba en el consultorio de una prestigiada psiquiatra, justo donde me dirigía.



## “En el Consultorio”



—“**A**moor, es un impulso que va bien o va mal, el que manda es él, es cuestión de piel. Amoor, todo es posible si te dejas llevar, porque siente igual que tú sientes...” —cantaba a todo pulmón, con una sonrisa pícaro dibujada en el rostro luego de mi encuentro con don “Como se llamara”. Eso trajo miles de memorias a mi cabeza y mi vientre que se contraía, soltando su humectación en mis diminutas bragas. Las visiones de manos que me habían tocado, labios que me habían besado y aromas que me habían envuelto, se mezclaban con mi esencia presente; nombres de personalidades y vidas, algunas familiares y otras extrañas, que me hicieron suya o pretendieron hacerlo de alguna manera, porque de pertenencias se hablaba mucho, pero nadie sabía a ciencia cierta lo que esa palabra significaba: “pertenecer”, entregarse en *totalidad* a otro ser tan común como nosotros con la certeza absoluta de que se terminaría jodido. Eso era una locura. En definitiva, yo estaba loca, aunque no ahondaría en esos detalles todavía.

Nunca pude sentir o pensar como los demás, como la gente que llamamos “normal”. Y ¿qué es ser *normal*, con mil demonios? ¿Actuar, pensar, dejarse llevar por *normas* sociales aceptables? Pues ¡vaya que yo iba en contra de eso! Algunos me habían llamado demente. No, solo distinta. El amor no era algo que se diera de forma natural en mí, en absoluto. Podría decirse que lo desconocía. Era un concepto muy lejano, tanto como la idea de encontrar vida en otros planetas, en otras galaxias, a cientos de miles de kilómetros de distancia de este sitio llamado tierra.

Me presentaré a mí misma por lo que sé de mí.

Soy una mujer que disfruta mucho de su sexualidad y que no teme experimentar con ella. Las personas que me rodean me han juzgado y condenado, recriminándome, señalándome y, por supuesto, deseando con fervor secreto ser “yo”. Lo único que puedo sentir por ellas es lástima. Sus existencias patéticas están gobernadas por estándares que siempre les imponen límites. Yo no los tengo, y ese es un problema para ellos, porque para mí ha sido casi un privilegio.

Estacioné el auto con mucho cuidado de no golpear al BMW negro que se había parqueado entre la acera y una enorme fila de carros menos sofisticados, dejando solo el espacio suficiente para meter mi adorado Ford Mustang convertible último modelo. Era el único lujo que podía permitirme, tener un carro con todas las comodidades que implicaba, porque mi departamento era diminuto, aunque exquisitamente decorado. Trabajaba medio tiempo como maestra de inglés en una escuela secundaria, dedicándome a mí el resto del día, haciendo lo que se me viniera en gana. No tenía que rendirle cuentas a nadie, a pesar de que casi nunca estaba sola. Mi familia no era la más unida. Mi hermano vivía en el extranjero, por lo que no lo veía más que una vez al año, durante el periodo de vacaciones, si acaso. Mi padre era un hombre muy callado, sumiso y me atrevía a decir que algo estúpido, siempre dominado por el carácter rígido y autoritario de mi madre, la cual había fallecido hacía algún tiempo. La mujer solía sacarme de mis casillas con una facilidad demoníaca, así que me salí de casa desde los veintidós años, justo al terminar la carrera. Ahora, año dos mil siete del calendario regular, en este absurdo presente donde la generación “X” de la que provenía se estaba esfumando en evocaciones que parecían nunca haber existido —como sueños en una mente borrosa, dando paso a una mejorada tecnología, teléfonos celulares que ya cabían en la mano, computadoras cada vez más compactas y artilugios que podían guardar más de cien canciones en su “memoria interna”— la vida me parecía un auténtico signo de interrogación. Me consideraba una persona fuerte, y no en el sentido físico o filosófico de la palabra, sino en el sentido puramente emocional. Era melodramática porque me convenía serlo, punto. Pero, en realidad, muy pocas cosas me afectaban o llegaban a ser de importancia vital. Me observaba a mí misma en ocasiones de supuesta relevancia para cualquier ser humano y me parecía más a un robot que a uno de ellos. Tan sencillo como aplicar esta premisa: “Si no me pasa a mí, vale un carajo”. Sin embargo, ¿cuánto tiempo más podría usar máscaras de compasión, empatía, dolor, tristeza o verdadera alegría que simplemente me eran ajenas? ¿Qué tanto —o a cuántos— estaba dispuesta a sacrificar en este interminable carnaval para reconocerme a mí misma en el espejo? Tampoco había respuesta. Era todo o nada, lo blanco o lo negro, continuar con mi existencia en apariencia vacía, o lograr algo verdaderamente grande alguna vez. Un cambio relevante en alguien más... podría decirse. ¿O sería un cambio en mí? Reí.

Me bajé y caminé hasta el edificio de veinte plantas, muy moderno. Este chistecito me saldría caro, pero esperaba que valiera la pena. Nunca había creído en psiquiatras, psicólogos, filosofías *New Age*, entre otros “traficantes de emociones”, como les llamaba. No obstante, me sometía a esta tortura porque podía haber una remuneración en ella. No daba paso que no estuviera medido antes. Caminé por el lobby de pisos de mármol, escuchando el *clackear* de mis tacones topando contra él con elegancia, y llegué hasta la recepción. La chica delgada del mostrador me señaló el piso al que debía dirigirme. Tomé el elevador y pronto me vi frente a la puerta de cedro que tenía una placa dorada en la que se leía:

“Dra. Emilia Rangel, Psiquiatra”

—Pase, por favor —dijo la asistente de la doctora cuando llegué—. ¿Es usted Miranda Beltrán?

—Así es —contesté con mi usual tonalidad firme. Muchas mujeres no dejaban oír su voz al hablar. Eso no me ocurría. Cada vez que abría la boca, hacía notar mi presencia, y si mi voz no lo lograba, mi apariencia lo conseguía. La sumisión solo se me daba bien en la cama, y algunas veces ni ahí.

—La doctora le espera. Adelante.

Entré al consultorio y quedé momentáneamente absorta. ¡Era precioso! Nada de divanes donde acostarse para narrar los pesares de las perturbadas almas. Había dos sillas de piel negra estilo *Lazy-Boy*, idénticas, que estaban una frente a la otra, aunque a una distancia que no invadía el espacio personal. Las paredes eran blancas, decoradas con cuadros de figuras abstractas que ponían a trabajar la imaginación intensamente. Una escultura de granito se erigía en el rincón izquierdo. Se trataba de la figura muy detallada de una mujer, desde el cuello hasta los muslos. Tenía los pezones erguidos y el vientre un poco flácido, bastante realista, hermosa en proporciones. Agaché la cabeza y analicé el trasero firme, comparándolo con el mío sin poder evitarlo. Este me ganaba por mucho. Me mordí el labio para no reírme en voz alta. Un carraspeo acabó de tajo con mis ridículos análisis.

—Mucho gusto, señorita Beltrán —la mujer se hallaba de pie junto a un gran estante lleno de libros sobre psiquiatría y otros temas, tanto en inglés como en español. Me señaló uno de los sillones —que por cierto se ubicaban junto a su escritorio que tenía una silla ejecutiva pulcra descansando como si jamás hubiera sido usada—, para que tomara asiento.

—Llámame Miranda, por favor. No me gustan las formalidades. Pero eso lo debes suponer, ¿verdad? Por algo estoy aquí —esboqué una sonrisa sardónica y me acomodé en la que supuse que era la silla principal, la que tenía una forma más acolchonada y menos desgastada.

—Como deseas, Miranda —contestó amable. Se podía saber mucho de las personas por sus gesticulaciones y su voz. Emilia, a primera vista e impresión, me parecía una mujer muy controlada, reprimida y mojigata, una auténtica flor para desojar con salvajismo. Su blusa era formal, un estilo de camisa azul de manga larga con un chaleco gris encima que apenas contenía sus pechos altivos cuyo nacimiento veía con claridad. Los pantalones de lino se le pegaban a los muslos y quedaban más holgados en los bajos. No llevaba puestos más accesorios que un reloj *Versace*, un collar de perlas, sin aretes, y unos zapatos de tacón bajo, cerrados y negros. No solo era puritana, tal vez fuera frígida. Eso sería una lástima, porque sin duda era muy hermosa. De cabello negro ébano amarrado en una coleta baja, lacio y corto, tez blanca, ojos negros profundos, labios rosados, demasiado abultados como para ser naturales, y nariz con el hueso levemente torcido, pero con la punta respingada. Un lunar descansaba en su pómulo derecho, haciendo las veces de un punto de encuentro para mis ojos. Una auténtica belleza pura, ¡y Dios sabía que yo valoraba esa clase!

Se colocó en el otro sillón y me miró directo a los ojos. Hubo algo en aquella mirada que me descolocó. Estaba incómoda y pensé que tal vez había cometido un grave error al haber ido hasta ahí. Sin embargo, su súbito suavizar de facciones me serenó, brindándome confianza para seguir con mi propósito. Quien me la recomendó, me lo advirtió. Esa mujer no sería fácil de tratar.

—¿En qué puedo ayudarte?

Sonreí. Era exactamente igual a las películas.

—No tengo idea de cómo hacer esto. —Me removí un tanto, cruzando las piernas.

—No te preocupes. A todos les sucede. ¿Es la primera vez que consultas con un terapeuta? —Nótese que evitó el término psiquiatra que, francamente, sonaba más amenazador.

—Sí, a decir verdad. Pero estoy bien —y me solté de súbito en una vulnerabilidad premeditada, deliberada. *¡Arrancamos!*, pensé—. Mira, para empezar, no soy una adicta al sexo como dicen mis amigos. Solo me gusta divertirme y disfruto de los cuerpos ajenos al mío. Digo, ¿qué tiene eso de

malo? La vida se hizo para vivirla, ¿no? Detesto la hipocresía con la que se trata al sexo en esta época del infierno. ¿Dónde quedó la libertad de expresión de los 70's? ¿La liberación de la mujer, sus derechos e igualdades? Si soy un estilo *Samantha Jones* de “Sexo en La Ciudad”, ¿qué más les da a los demás? Aunque, siendo bastante franca, Samantha se queda un poco corta para lo que yo he hecho —bufé y puse los ojos en blanco—. He visto de todo en estos veintisiete años de existencia, perversiones tan deliciosas como imposibles de creer. Soy una enamorada de las buenas cogidas y los miembros de todo tipo, estilo y tamaño, aunque claro, una que otra vez he estado con mujeres, también. No tiene nada que ver con una infancia truncada o con alguna violación, ¡para nada! ¡Esas son ridiculeces! No necesito un motivo violento para ser como soy, a pesar de que mi madre siempre prefirió a mi hermano y yo crecí por mi cuenta porque papá era un cero a la izquierda. Tampoco es que eso tenga que ver. Solo existo y soy esto, una mujer de curvas emocionales perfectas. Es más, no tengo idea de qué hago aquí —sonreí y me encogí de hombros.

Guardé silencio un momento en espera de alguna respuesta, pero Emilia no dijo ni pío. Di por hecho que mi verborrea momentánea la doblegaría un poco, pero no cedió ni una milésima. ¡Vaya, esto sería muy difícil!

Observé las paredes y jugué con mis manos. Emilia siguió viéndome, inexpresiva, casi estática. Supe que no me saldría con la mía. Tendría que pormenorizar bastante. *¡Ahí vamos, idiota!*, me recriminé. Proseguí.

—Sé lo que debes estar pensando. ¿A qué ha venido si todo está bien en su vida? La verdad es bastante compleja. No sufro mucho por casi nada, a excepción, tal vez, del hecho de que me cuesta sentir algo por quienes me rodean. Me refiero a “sentir” de verdad. Nunca he tenido una relación que me plazca hasta el punto de dejar todo por ella. Me aburro con facilidad de la humanidad en general y todo se me hace bastante predecible luego de un tiempo razonable, si es que se le puede llamar razonable a algunos meses... —Negué con la cabeza y cesé mi parloteo. *Fuck!* Debía tener cuidado. Hablar demás o de menos, me arruinaría.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarte? —repitió la pregunta con más convicción.

—Supongo que en nada —*¡Ah, mierda!* Me levanté del sillón, dispuesta a dejar atrás mi infantil actuación. Mostrarme débil de cualquier forma, real o irreal, era algo en extremo detestable para mí. No continuaría haciendo una caricatura de mí misma.

—Por favor, quédate —pidió posando su mano suave en mi muñeca—. Este es tu espacio. Estoy aquí para escuchar y no para juzgar. Si quieres hallar una solución a lo que sea que te aqueje, búscalo aquí que es un sitio seguro. Nunca oirás de mí algún enunciado como: “Esto es lo que tienes que hacer...”. El *tener* y el *deber* son puntos relativos y muy nocivos. No es parte de mi trabajo imponer. Soy esa fracción de ti que tal vez no logras ver y, con objetividad, podría brindarte algunas opciones que en la vida hayas considerado. Esto es como un desayuno en un buffet. Las posibilidades son infinitas, lo único que hay que hacer es elegir una, sin juzgarla, y llevarla a la práctica según tu conveniencia. ¿Qué te parece?

—Por la cantidad que cobras, me parece francamente estúpido —reclamé en son de broma, pero me relajé de nuevo. Lo que decía no sonaba nada mal. Nada mal. Otra perspectiva... esa era una buena manera de iniciar, aunque mejor para mí que para ella—. Me convenciste.

La miré con un dejo de duda dibujado en el ceño. ¿Era posible que esta mujer me ayudara a aprender a amar? ¿En serio creía que podía hacerlo? Y me refería a ella, no a mí. De todos modos, si lo conseguía o no, yo siempre saldría ganando. Regresé a mi lugar y me dispuse a soltar mi historia.

—No esperes encontrar romance en esta trama —advertí enarcando la ceja, sonriendo un tanto para morderme los labios rojos. *Aquí íbamos.*

—No espero nada, te lo aseguro.

—Solo tu pago al final de cada sesión.

—Por supuesto —rí. Era la primera vez que lo hacía y me llenó de valor. No podía confiar en esta mujer, pero intentaría disimular. Todo con tal de matar el aburrimiento y llegar a donde deseaba, que era un punto muy escandaloso para ser real.





## “Sesión I”



Las maravillas de mi existencia se remontaban a la primera vez que follé con alguien. Nada, ningún evento anterior a ese, marcó mis días tanto como esa primera ocasión en la que mis labios se enfrentaron a la sensación de saborear más que solo una boca.

—Bien, cuéntame —pidió diligente Emilia, tomando una libreta forrada de piel café para anotar lo que fuera que le pareciera relevante.

—Tenía trece años cuando comencé mi recorrido de experiencias sexuales. Era una niña todavía, según muchos. Desconocía lo que tuviera que ver con la mágica sensación de rozar una lengua con otra en un beso profundo y estremecedor. Era una virgen, estudiante de segundo grado de secundaria en una escuela pública. Nada especial. Siempre me llamaron la atención los chicos, desde que tuve uso de razón. El cuerpo masculino era algo que, en principio, exploraba con los ojos y la imaginación, que desde que nació, fue muy activa. Mi madre, cirujana plástica de profesión, poseía una vasta colección de libros sobre anatomía humana, biología, y miles de cosas que no acababa de comprender, pero que leía cada que se me presentaba la oportunidad hasta satisfacer mi curiosidad. A temprana edad, me di cuenta de que poseía un coeficiente intelectual prominente. Mis calificaciones siempre fueron las mejores y sin necesidad de sacrificio alguno por mi parte, aunque eso no quisiera decir que todo se me diera fácil. Wilma Villarreal, mamá, era una mujer muy estricta, territorial, y detestaba que tomara sus cosas. Solía poner los pretextos más absurdos para que no tocara su preciada biblioteca y sus posesiones: “La mugre de tus manos desgastará mis libros”, “Eres demasiado torpe como para valorar lo que he ganado”, “Eres tonta, lo tirarás o romperás”, “Te doy mucho como para que ansíes también lo mío”, etcétera. En silencio la insultaba y retaba, robándome sus joyas, ropa, zapatos, rayando sus discos de acetato en el estéreo modular que había en la sala de mi casa, arrancando hojas de sus enciclopedias más costosas y, de vez en cuando, destruyendo alguna reliquia que apreciara de forma especial. Incluso llegué a exterminar a su mascota favorita, un pequeño loro azul de Australia. No me

creas una sádica. No torturé al pobre animalito, solo le quebré el cuello y no experimenté satisfacción alguna al hacerlo, pero sí al ver la reacción de Wilma. Papá se daba cuenta de mi proceder y no me decía nada, por lo que supongo que jamás tuve límites certeros. Eso contribuyó a hacer de mi adolescencia una divina comedia.

—¿“Exterminaste” a un pequeño loro por dañar a tu madre? —inquirió Emilia un tanto preocupada.

—Estaba muriendo de todos modos. Ya ni siquiera tenía plumas.

—¿Eso justifica tus acciones?

—No, pero tampoco las hace tétricas. Lo cierto es que el pajarillo perecería tarde o temprano; yo solo adelanté los hechos. —Respiré profundo, ensanchando el pecho.

—Me parece algo narcisista de tu parte jugar a Dios decidiendo cuándo debe vivir o morir una criatura —murmuró con cautela.

—Suenas terrible, lo sé, pero no lo es. No soy psicópata, Emilia. Olvida ese diagnóstico. Analiza bien el contenido de mis oraciones, porque es probable que haya más en ellas que lo que ves a simple vista. Deja de lado al pájaro. Quería herir a mi madre. Deberías preguntarte, ¿por qué? —sentenció seca.

—Okey. Entonces, ¿consideras que tu modo de actuar hacia ella era correcto? —preguntó.

—No conozco ese término. Correcto o no, no importa. Era justo.

—¿A qué llamas justicia?

—¿De modo literal? Es una cualidad moral que inclina al ser humano a obrar, respetando verdades universales o acuerdos sociales, dando a cada uno lo que le corresponde —recité de memoria, como muchos otros conceptos aprendidos y almacenados en mi increíble base de datos mental.

—¿Y cómo interpretas eso con tus palabras?

—Le di a Wilma lo que le correspondía. Es sencillo.

—¿El que estás en desacuerdo con ella es una verdad universal o un acuerdo social? —inquirió la mujer, sarcástica.

—La verdad universal es que mamá era una perra. El acuerdo social es que una madre amorosa nunca trataría a su hija con tal desdén y brutalidad psicológica. Por tanto, mi proceder fue justo —hice una mueca de satisfacción y desaire. Emilia contuvo una risotada. Lo noté enseguida—. Tengo facilidad para adivinar lo que los demás piensan o sienten, aunque carezco de la empatía suficiente como para comprender por qué se emocionan ante ciertas

condiciones vitales que, a mi punto de vista, no poseen relevancia alguna. O peor, para darles la razón cuando son miserables por motivos estúpidos.

—¿Cómo murió tu madre? —inquirió mirándome de reojo. Solté un bufido.

—No hablaré de eso ahora. Llegará el momento justo —repliqué astuta. ¡Vamos! Jugar conmigo la carta de la “muerte materna” no hacía nada más que darme risa. Wilma no estaba más y ese era un hecho muy satisfactorio. Luego ahondaríamos en detalles, solo si me convenía—. Aprovecha tu tiempo y charlemos de situaciones de mayor relevancia.

—Bien, si eso es lo que quieres —dijo agachando la cabeza. El gesto quería proyectar empatía, una especie de “te entiendo, Miranda” que guardaba un secreto “te obligaré a soltarlo algún día”. *Buena suerte con eso*, murmuré para mí misma.

—Gracias —susurré—. ¿Proseguimos?

—Sí. —Escribió algo en su libretita—. ¿Crees que el sexo es un intercambio de emociones o de satisfacciones? ¿Algo egoísta o una herramienta para dar y recibir afecto? —siguió con sus cuestionamientos.

—No es nada de eso. Es un placer. Punto.

—Y, me decías, ¿cuándo inició tu camino hacia la obtención de este placer? —Su voz era claramente desaprobatoria.

—Repito, en la adolescencia.

—¿Podrías hablarme de él, por favor? Del primer hombre de tu vida.

Asentí.

—Conocí a Raúl el primer día de clase. Estábamos en el mismo salón y, desde que lo vi, supe que él sería el número uno en mis andares sensuales. No tengo claras las razones, solo lo sabía. Era una fuerte corazonada o un muy bien calculado movimiento.

—¿Cómo pudiste elegirlo si eras virgen?

—Esa es una pregunta cargada de juicio, doctora —retruqué altiva.

—Rectifico. ¿Tenías alguna noción previa de lo que el sexo representaba como para deducir que Raúl sería tu primera pareja?

—Diría que sí, tanto como una chiquilla de esa edad pudiera conocer al respecto.

—¿Podrías elaborar tu respuesta?

—Sí. Entre esos libros de mi madre, también se hallaban muy mal escondidas varias novelas eróticas que marcaron mi proceder. Recuerdo muy bien la sensación que producían en mí al leerlas. Las veía muy reales en mí

mente, como si mi cerebro tuviera emociones tridimensionales que quemaran cada célula de mi ser. Las experimentaba en carne propia, anhelaba ser la protagonista deseada, alabada y, algunas veces, castigada. También influyeron en mí videos pornográficos y revistas de desnudos que encontré en el estante de mi padre, y haber descubierto a mi hermano masturbándose en varias ocasiones. Fue el primer pene que vi en vivo, y me resultó bastante sorprendente. Con toda razón siempre mantuvo a sus mujeres satisfechas, a pesar de ser un mediocre.

Emilia paró oreja de inmediato, separando la vista de su libreta, prestando más atención que antes. Sus gestos se tornaron predecibles. Parecía que estaba mirando a una gatita herida. Reí por dentro.

—No te preocupes. Repito que no fui vejada de ninguna manera. Mi hermano fue protector conmigo, cariñoso y respetuoso. Lo novedoso me excita, eso es todo, y mi curiosidad siempre ha ganado frente a mi razón. Podría considerarlo un vicio; me refiero a añorar lo nuevo. Ir contra la corriente me atrae como la luz a las moscas. La primera ocasión que vi una película pornográfica y me topé con las siluetas de cuerpos desnudos y partes del organismo femenino que jamás había explorado, nació en mí una especie de morbo irrefrenable. Fue una explosión de adrenalina que me llegó hasta el cerebro y encendió mis terminales nerviosas en llamas intensas y muy agradables. Cada poro de mi piel pareció abrirse, dejando entrar el aire húmedo, contrayendo mi vientre en convulsiones imposibles de detener. Mis dedos volaron hacia mi vagina como acto reflejo y natural, presionando mi clítoris por encima de la ropa, frotándolo sin control por varios minutos hasta que experimenté la potencia cegadora de un orgasmo en la masturbación. Por supuesto, no sabía lo que hacía. Estaba hecha de puras sensaciones. De ahí en adelante, me encargaría de nutrir aquellas emociones que nublaban mi mente y me llevaban a sitios prohibidos por la falsa moral de las personas que me rodeaban. No hablaré de religiones, porque nunca fui formada en alguna doctrina específica, y aunque hubiera sido así, dudo que mi personalidad se hubiese visto verdaderamente afectada. Sin embargo, puedo mencionar que mis padres fueron muy puritanos y jamás se atrevieron a hablar de nada parecido al sexo en lo que viví con ellos. Pero mi hermano sí lo hacía.

—Entonces, ¿te llevas bien con tu hermano? —interpeló Emilia.

—Cuando lo veo, puedo decir que nuestro trato es bastante aceptable. No profundizamos en las charlas ni hablamos de cosas que no sean superficiales. Sé que tiene problemas con su esposa porque ella me lo confesó la última vez

que viajé a Miami para visitarlos, ¡como si me importara, o a él, para todo esto! Sigue con ella por sus hijos. Son tres niños muy atractivos, aunque eso de ser tía no se me da. Carezco del lado maternalista y mi trato con mis sobrinos es casi nulo.

—Hablas de “tratos” como si fueran convenios a los que te vieras forzada a llegar.

—Un convenio no puede ser forzado, pero entiendo tu punto. Es mi familia. Toda familia debe ajustarse a ciertas normas. La diferencia entre las más tradicionales y la mía, es que nosotros no fingimos cosas que no sentimos. Somos realistas respecto a nuestra unión forjada por un ente más allá de nuestro conocimiento que nos colocó juntos por alguna razón inentendible.

—Entonces, ¿crees en un “Dios”?

—¿Dios? —bufé—. Hablé de un “ente”. Eso puede referirse a la naturaleza misma, al *Big Bang* o a *Elvis Presley*. Tal vez a mí misma. Nadie lo sabe.

—Bien —ladeó la cabeza—, continúa, por favor —requirió.

—Raúl era un chico retraído y callado. Se mantenía al margen de todo lo que acontecía en el aula y no tenía más que dos amigos a lo máximo. Su silencio me intrigaba. Yo era bastante extrovertida. Podría decirse que fui popular entre los chicos desde muy pequeña. No hablaba tanto con las niñas como con ellos, porque entre sus desvaríos, me sentía en confianza. No obstante, jamás fui “masculina” en el sentido literal de la palabra. Mis maneras eran sutiles y agradables a mis maestros y a ellos, pero nunca a mis compañeras. Ellas se sentían amenazadas por mí. Suele sucederme hasta el día de hoy. Me tachaban de “zorra”, de fácil, y no las culpo, porque en verdad era una “zorra”, astuta, precavida, y atacaba a la primera que veía con la guardia baja. Me es imposible recordar a alguna chica que no se hubiera juntado conmigo solo para agradar a algún chico. Yo era la consentida de ellos y eso me bastaba para mantener calmado mi ego, a pesar de que Raúl no me prestó atención alguna hasta que decidí hablarle.

No fue sencillo al principio. Me respondía con monosílabos y nunca me miraba a los ojos. Pero los dioses me bendijeron el día que Alex, mi mejor amigo en el sentido más práctico, me invitó a su fiesta de cumpleaños. Le exigí que invitara también a Raúl o de otra forma yo no iría, cosa que lo hubiera matado. El drama adolescente puede alcanzar enormes proporciones, lo sé por experiencia. Papá me llevó a su casa y me dijo que me recogería a las diez en punto, ni un minuto más, ni uno menos —lo cual significaba que pasaría por mí

una hora después—. Ese tiempo bastaría para cazar a la presa. Me vestí con una mini falda blanca y una blusa de licra satinada en colores pastel, muy de moda en esa época. Me solté el cabello, naturalmente castaño claro, y me puse un poco de brillo en los labios y mascara para pestañas. Raúl era al menos diez centímetros más alto que yo, así que forcé a papá a comprarme unos zapatos que tuvieran tacón para que pudiera estar más cerca de la boca de mi futuro novio. Había visto en las novelas televisivas que los primeros besos debían ser algo muy especial e intenso, lleno de todo lo que no poseía en ese momento, aunque siempre estuve dispuesta a interpretar bien mi papel y pedía lo mismo en respuesta.

Al cruzar el umbral de la puerta, Raúl me vio y abrió los ojos como platos. La boca pareció secársele y tuvo que humectarla con la lengua. Supe que había dado en el blanco. Alex se adelantó y me abrazó con mucha fuerza, levantándome a varios centímetros del piso, dándome vueltas.

—¡Gracias por venir, Mindy! —dijo con excesivo entusiasmo. Tanta atención me hizo sentir la reina del lugar y no tardé en adueñarme de todos los que me rodeaban. Raúl se mantuvo neutral en una esquina, observando.

—No me lo perdería por nada del mundo, Alex —respondí dándole un beso suave en la mejilla que pareció derretirlo. Estaba obsesionado conmigo. ¡Solo Dios sabe cuántas veces se habrá masturbado pensando en mí! —satiricé.

La canción de fondo era *The Power* del grupo SNAP, y había una pequeña pista de baile en la que una buena cantidad de parejitas se contoneaban. Una vez que terminé de charlar con mis compañeritos regulares, negándome a bailar con alguno de ellos, me deshice de su compañía y crucé la sala para dirigirme al chico deseado. Mis ojos no se apartaron de él y, mientras caminaba, el corazón me palpitaba con intensidad inusual. Los vellos de mis brazos se erizaron y la excitación me llenó la sangre. Estaba envuelta en una nube rosada donde, hasta las motas de polvo que me tocaban, hallaban respuesta inmediata en mi centro. Una vez que llegué, lo tomé de la mano y lo jalé hacia mí para danzar un rato. Raúl trastabilló como tonto y, recobrando pronto la compostura, accedió.

—Hola —saludé altanera.

—H-hola, Miranda.

—¿Por qué nunca hablas conmigo en la escuela? —exigí saber con toda intención de intimidarlo. Por supuesto que no era necesario. El chico era un manojito de nervios.

—No pensé que te interesara platicar conmigo —contestó seco, encendiendo más mi curiosidad.

—¿Eres retrasado o algo por el estilo? ¡Claro que deseo que charlemos! Eres el más guapo del instituto —declaré sonriente. Me miró como si no pudiera concebirlo.

—Lo dudo mucho —susurró tímido en lo que se encogía de hombros.

—Pues, en definitiva, eres un tonto —reí y coloqué mis brazos alrededor de su cintura. Él se quedó paralizado por unos segundos, aunque después de lo que pareció una eternidad, cedió y, lento, muy lento, siguió mis pasos hasta abrazarme, pero manteniendo una distancia que consideré prudente.

—De acuerdo, lo soy —murmuró tragando saliva sonoramente.

—Dime, ¿qué es lo que haces cuando no estás estudiando o enamorando a las chicas con tu atractivo silencioso?

Sí, todo lo que le decía lo había aprendido de películas melosas, frases calculadas en su estupidez e ingenuidad. Era algo para morir de la risa, y cada vez que lo recuerdo me divierto como nunca. *Hasta los mejores comenzamos desde abajo.*

—Me gustan los videojuegos. Nintendo y esas cosas. Aunque también practico *soccer* una vez a la semana.

—Eso explica tus pantorrillas inusualmente bien formadas —murmuré mordéndome el labio, según yo, con sensualidad. El rubor le subió a las mejillas por reflejo y se me hizo un gesto muy tierno. No había malicia en él, así que tendría que despertársela a besos, de ser necesario.

—T-te he visto en voleibol y eres bastante buena —tartamudeó.

—Esa clase de deportes no me interesan —aseguré acariciando su espalda baja, causando que se estremeciera. ¡Trece años, por todos los demonios! ¡Tenía trece años y actuaba como una hembra en celo! Es muy posible que lo fuera. Repito, jamás fui alguien común.

—¿Te gusta el basquetbol, entonces? O cualquier otra cosa —inquirió.

—Cualquier otra cosa —afirmé acercándome más a su boca.

Nos quedamos en silencio por un rato más mientras las melodías cambiaban. Siempre fui fanática de la música en inglés y, llegó el momento en que las *Spice Girls* hicieron su aparición con su canción *Two Become One*. Casi todos los presentes se salieron de la pista porque les apenaba bailar melodías más lentas, pero nosotros fuimos la excepción.

—Me gustas —solté sin más ni más, esbozando una sonrisilla pícar—. No entiendo cómo no te has dado cuenta.



—Yo pensé que... —carraspeó para aclararse la garganta—. Creí que Alex y tú... ya sabes.

—Alex es mi mejor amigo. A quien quiero es a ti, Raúl Gasca.

Me aferré a él con más potencia, guardando mi cara en su pecho fuerte para su edad. Por fin, dejó sus inhibiciones a un lado y me correspondió con sumo cuidado, como si entre sus brazos tuviera a una muñeca de porcelana.

—¿E-en serio?

—Sí. Quiero que seas mi novio —susurré alzando el rostro, quedando pegada a su barbilla. ¿De dónde saqué la fuerza para decir algo como eso de forma tan espontánea? ¡No tengo idea! Solo sé que lo hice y que no me arrepentiría de ello jamás.

—Mindy, no sé si es correcto. Yo...

—¿¿Qué?! ¿No te gusto? —demandé molesta.

—¡Por supuesto que sí! Eres di-divina. Lo más hermoso que he visto en la vida.

—¿Entonces?

—S-se supone que el chico es el que tiene que pedirlo, ¿no? —interpeló extrañado.

—No si el chico en cuestión ni siquiera me mira directo a los ojos —clavé mis uñas en su quijada y lo forcé a verme.

—Okey, sí. Quiero ser tu novio. Sí.

De alguna manera, ese algo que había en mí le brindó la confianza necesaria para soltarse y atreverse a actuar. Acerqué mi boca a la suya hasta quedar a un centímetro. Se mojó los labios y los insertó en los míos con una extraña pericia. Todo fue lento al inicio, pero mi pasión intrínseca pronto abrió brechas en ambos que fortalecerían mis futuros deseos. Con cadencia, mi lengua lo penetró y masajéó, moviéndose al ritmo de la música, como en un sueño extraño. Era la primera vez que experimentaba un beso real, y ¡cielos! ¡Era perfecto! Nos vimos fundidos en los brazos del otro por completo. Las manos no nos alcanzaban para explorarnos y las acciones dijeron más que cualquier otra cosa que alguna vez pudimos haber externado. Después de todo, yo no esperaba su voz en murmullos de piropos insulsos que rompieran mi encanto y fascinación. Lo que adoraba era ese silente proceder y lo que yo proyectaba en él, mi fuerza sobre sí.

Estuvimos así por algunos minutos, no supe cuantos, rodeados de luces que hacían todo mágico. No obstante, Alex nos interrumpió en cuanto se dio cuenta de lo que ocurría, apartando a Raúl de mi lado, jalándome de forma descortés

para bailar con él. Quiso reclamarme, decirme que lo que hacía estaba mal y que todos nos estaban viendo con desaprobación. Eso era lo que menos me importaba. Yo vivía mi momento, y su osadía al arrebatármelo me fastidió sobremanera, por lo que le azoté una bofetada y regresé a los brazos de Raúl que me recibió con diligencia. Alex lo empujó varias veces, retándolo. El chico no reaccionaba y eso me ofendió más que las acciones de mi amigo.

—¡Eres mi novio, Raúl!, tienes que defenderme. Es tu obligación —incité. No tuve que decírselo dos veces. Asintió y me cubrió con su cuerpo. Alex se irguió, abriendo los brazos para hacerle ver que estaba dispuesto a pelear. Raúl le estrelló el puño en la quijada. No pasaron ni dos minutos y ya solo podía apreciar brazos y piernas volando en el aire. Los presentes gritaban que se detuvieran, pero yo echaba leña al fuego sin tomar ningún bando en específico. Era una sensación deliciosa que dos hombres estuvieran luchando por mi afecto. Lo curioso era que ninguno lo tenía en realidad.

Los papás de Alex escucharon el barullo y frenaron la batalla para mi desencanto, pero de ahí en adelante, tanto él como Raúl, estuvieron a mi disposición.

No pasó mucho tiempo para que consiguiera mi primer cometido: poseerlo en cuerpo, no solo en mente.

Raúl estaba loco por mí. Nos sentábamos juntos en clase y pasábamos los recesos bromeando, jugando o hablando de nuestras familias, cosa que no disfrutaba, aunque se suponía que eso era estar en una relación —según mis novelas—, así que aguantaba con estoicismo y trataba de divertirme. A las tres semanas de noviazgo, me presentó a sus papás. Ambos me adoraron. Me los embolsé como lo hacía con las joyas de mamá, a la primera y limpiamente. Todos los días, después de salir de la escuela, me iba a su casa a jugar Nintendo con él y a besarnos y tocarnos. Eso lo hacíamos con excelencia. Las emociones que me causaba eran tan fuertes que Raúl se veía obligado a pararme. Luego de aquella noche de la fiesta, había tomado la confianza que necesitaba para darme mis buenas dosis de “romance”. Justo cuando cumplimos dos meses de noviazgo, me regaló un peluche enorme y unos chocolates. Escribió en una tarjeta lo mucho que me quería y su enorme deseo que lo nuestro durara para siempre. Aquello me movió de forma inesperada, y comprendí que comenzaba a cansarme de no llegar a la cúspide de mis anhelos. Para mí, perder la virginidad significaba un desate, una libertad de la que nadie me podría despojar, obtener un poder sobre mí misma que ni Wilma ni mi padre, ni mi corta edad, modificarían. Tenía que liberarme.

Había conseguido con éxito mantener nuestros encuentros en secreto, inventando excusas estúpidas como tener constantes reuniones para hacer tareas, entrenamientos del equipo de voleibol y una sarta de mentiras que, tarde o temprano, me alcanzarían.

Un buen día, mamá decidió que debía asomarse en la escuela para hablar con mi tutora y exigirle saber las razones por las cuales pasaba tanto tiempo fuera de casa. La llevaron con todos mis maestros y ninguno pudo dar una explicación factible, excepto el hecho que su hija la había estado engañando. Se volvió loca al instante. No comprendí su enorme disgusto. Nunca le importó nada de lo que hacía, en apariencia. Jamás me revisaba las tareas ni charlaba conmigo sobre mis avances y logros escolares, que eran casi insólitos, mientras que, a René, mi precioso hermano, le festejaba — literalmente— cada vez que pasaba alguna materia por milagro de Dios. El pobre era un bruto, pero lo comprendía. Yo, en cambio, era la primera de mi clase en cuanto a calificaciones y conducta. Bueno, nada de eso marcó la diferencia. Me fue a buscar al aula, entrando sin pedir permiso de mi profesora de artes, traspasándome con la mirada mientras me veía reír y agarrarle la mano a Raúl. No me di cuenta de lo que ocurría hasta que, en tres pasos, llegó a mí y me paró a la fuerza, abofeteándome delante de todos mis compañeros. Eso me encendió de una manera que no había experimentado antes. La odié. En verdad puedo decir que la detesté. Parecería raro, pero esa fue la primera vez que en serio sentí algo por ella y me alegró. Dejé que me llevara a casa y me encerrara con llave en mi habitación, no sin antes darme una tunda de los mil diablos que me marcó en cuerpo y alma para siempre. No lloré ni respondí a sus acusaciones, que no eran tan irracionales como su vehemencia al desquitarse conmigo de sus frustraciones. Cuando terminó, la miré directo a los ojos y sonreí, y sería una sonrisa que me caracterizaría a lo largo de mi existencia. Un estilo de mueca vacía, fría, colérica y bien contenida que no permitía escapar mi disgusto y que demostraba aparente diversión. Las personas que la contemplaban me decían que les causaba mucho miedo. Siempre supe el porqué. Estampó la puerta contra el marco y se largó. No tardó mucho en desaparecer como solía hacerlo para atender alguna emergencia cosmética idiota en el hospital, así que tomé una mochila con una muda de ropa y unos condones que le había robado a mi hermano. Tenía dinero que había guardado de mis mesadas y salí por la ventana de mi habitación para ir a casa de Raúl. Me dio la bienvenida como nunca lo había hecho, con total cariño y adoración, dirigiéndome a su habitación para que nadie nos

perturbara. Sus papás no se encontraban, solo sus hermanitas a las que supuestamente estaba cuidando. Una vez que estuvimos dentro, me abrazó y besó con desesperación.

—¡Dios, Mindy! ¡Mírate! ¿Estás bien? ¿No te lastimó? —examinó la superficie de mis amaratados brazos.

—No podría hacerlo, aunque quisiera —solté tranquila. Él no creía la carencia de dolor que observaba en mí. Era algo insólito.

—¡Debió ser terrible lo que tu mamá te hizo! Lo lamento mucho, de verdad —se disculpó.

—Estoy bien —recalqué, asiéndome más a su persona.

—Pero, Mindy...

—No quiero hablar de eso. Bésame, por favor. Te lo ruego —requerí. Quedó pasmado unos segundos, para luego cumplir al pie de la letra mi petición.

Nos prendimos el uno del otro y, poco a poco, paso a paso, terminamos acostados en la cama. Nuestros besos se fueron transformando en caricias profundas, prohibidas, y todo lo demás desapareció de nuestras mentes. Raúl me tocó los senos por encima de la blusa y la sensación fue apremiante. Quería más, mucho más. Estaba perdida y, a la vez, comenzaba a encontrarme en sus brazos. Mi palma descendió hasta tocarle la entrepierna. Era la primera vez que sentía el miembro erecto de un hombre y, lejos de asustarme, me causó euforia. Era rígido, muy duro, y de tamaño que consideraba enorme —por supuesto que mis manos eran más pequeñas en ese entonces y cualquier cosa me hubiera causado la misma impresión—. Sin embargo, no resultaba suficiente. Quería sentirlo a viva piel, verlo, saber qué era tenerlo entre mis piernas y descubrir si causaría el mismo efecto que los filmes pornográficos que había visto o las masturbaciones que les seguían. Estaba mojada y ávida de mi compañero, así que le quité la camisa. Contrario a lo que pensé, él se dejó.

—Mindy, te amo —susurró a mi oído en lo que continuaba besándome el cuello, la clavícula y los hombros. Mi respuesta fue más simple.

—Hazme el amor —requerí poseída por ese papel que interpretaba. Me podía contemplar a mí misma desde fuera de lo que acontecía. Me sentía en pleno control. Juraba que esa experiencia sería fabulosa, sobrenatural, tremenda. Me subió la blusa por encima de la cabeza con torpeza, enredando mi coleta en ella, jalándola para desprendérmela. Me dolió y me quejé, pero el tarado pensó que el gritito que pegué había sido de placer, así que se

entusiasmo más. Me subí a horcajadas en él para evitar que despedazara mis expectativas con su rudeza, abriéndole la bragueta de los jeans. Los bajé junto con sus bóxers que tenían figuras de un súper héroe al que no reconocía. Al llegar a sus pies y zafárselos por completo, me pateó, botándome al suelo. *¡Dios! ¡Esto estaba mal!* No obstante, cuando vi su miembro rígido ante mí, se me fueron de la mente los otros detalles.

—¡Mindy! ¿Te hice daño? —interpeló preocupado.

—No, acuéstate y déjame hacer el resto —repliqué un tanto molesta. Atraje hacia mí mi mochila y saqué los condones. Como era de suponerse, rompí uno en mi primer intento por colocárselo. Había practicado con una banana antes. Se suponía que podría hacerlo con la destreza de una experta. La segunda vez, tuve suerte y lo conseguí. Todo estaba listo para mi liberación. Me iba a sentar en él y extendió una mano para hablar.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—¡Oh, ya cállate y bésame!

—Te am...

Dejó el enunciado a medio pronunciar cuando yo lo envolví con mi vagina de una sentada limpia y fuerte. El dolor que eso me causó, fue horrible. Por un momento, me hizo querer parar todo y mandarlo a la mierda. Pero más tardé en pensarlo que en que él me aprisionara entre sus brazos y ya no tuviera escapatoria. Se acomodó encima de mí, entrando y saliendo rápidamente, desesperado. Gemía y me tiraba su aliento limpio en la boca mientras me besaba. Yo, la “experta”, no me pude mover. Entre el ardor y la incomodidad, me estaba ahogando. Para resumir, el incidente fue un total y completo desastre, y me dejó con una insatisfacción que luego buscaría llenar con otro cuerpo. Terminó a los cuatro o cinco minutos. No entendía. Habíamos cumplido con cada paso. *¡Que fiasco!*

Lo que me resta de memoria de aquello, es haberme ido a casa pensando que la próxima vez que algo así ocurriera, sería con una persona que me pudiera brindar lo que tanto había buscado.

Terminé con Raúl ahí mismo, destrozándole el corazón sin remordimiento alguno. Sus lágrimas y ruegos me dieron asco. Lo quería lo más lejos de mí que pudiera. Gracias al cielo, nunca más lo volví a ver porque mamá me cambió de escuela al enterarse de que me había escapado de casa, pero él no dejó de pensar en mí e intentó contactarme de todas las maneras posibles. Incluso fue a buscarme a mi nueva escuela, aunque le dije a mi hermano René que el chico me estaba acosando y que necesitaba un alto definitivo. Se puso

de acuerdo con uno de sus amigos, Bader, para localizarlo en su entrenamiento de *soccer* y, delante de sus papás, propinarle una paliza que permanecería con él el resto de sus días.

—¿Cómo te sientes al respecto? —preguntó Emilia genuinamente consternada, trayéndome de regreso al *ahora*.

—Bien. Después de esa experiencia, enfoqué mi atención en Bader, el amigo de mi hermano que me llevaba cuatro años de edad. Era un hombre guapo, varonil y fuerte, que parecía un modelo de revista. ¡Fue tan distinto! Se encargó de llevarme paso a paso hacia mi primer orgasmo en el sexo. Nuestro encuentro tuvo lugar en la sala de mi casa mientras mis padres trabajaban y René iba a la universidad. Sería el primero de varios *acostones* que tendríamos. Él nunca me consideró una potencial pareja porque era mayor que yo, y yo tampoco me veía en la necesidad de atarlo de ninguna forma. Bader me enseñó mucho. Estuvimos “juntos” hasta que terminé la secundaria, aunque pasé esas vacaciones con él y mi hermano en la playa; por supuesto, con Wilma y papá también. Por las noches, mi hermano y él llegaban ebrios de alguna parranda. René perdía el conocimiento y yo me escabullía en la cama del joven para coger una o dos veces. Solía decirme que era una muy buena aprendiz y, más tarde que temprano, superé al maestro. Somos buenos amigos hasta el día de hoy, aunque desde que dijimos el adiós definitivo, dejé de buscarlo para follar, sin importar que él me lo pidiera cada vez que me viera o me llamara. Me confesó que mi insaciable apetito era algo que le había sido imposible superar.

—¿No sentiste ningún remordimiento con respecto a Raúl?

—¿Por qué habría de sentirlo? La pregunta es casi irrelevante, Emilia.

—De acuerdo —señaló descolocada—. En esta primera sesión, observo que en realidad tus emociones son más potentes de lo que deseas dar a notar. Puedo prescribirte una droga bastante efectiva para regular esa insatisfacción y ansiedad.

—¿Insatisfacción? ¿Ansiedad? ¿Has estado escuchando lo que he dicho? No necesito drogas para inhibir emociones, ¡las necesito para sentir! Y no, no las quiero. Deseo a alguien con quien hablar. —entrecerré los ojos con ternura.

—No entiendo qué haces aquí. Yo como psiquiatra puedo ayudarte con los remedios que he estudiado para mantenerte equilibrada y más satisfecha.

—Estoy equilibrada, pero no satisfecha, y una píldora no lo conseguirá. Límitate a oírme y a guiarme —ordené.

—Sería mucho más económico pagar a un psicólogo para eso.

—Digamos que vengo contigo porque, muy en el fondo, algún día querré esas drogas que me ofreces, aunque no prometo que sean para mí —sonreí condescendiente. Ladeó la cabeza; se había dado por vencida. Este era un excelente comienzo para ambas.

—De acuerdo, es tu decisión.

—Lo aprecio sobremanera, de verdad.

—Como “tarea para la casa”, me gustaría proponerte que escribieras un pequeño cuento respecto a esa primera vez. El único detalle necesario para hacerlo será que, en lugar de tener el final que tuvo, le des un vuelco relevante. El término que a ti te hubiera gustado tener, pero poniéndote en el lugar de Raúl, narrándolo como si fueras él.

Fruncí el ceño con desagrado, aunque acepté. No le veía el caso a esto. ¿Qué importancia tendría el punto del chico caliente que me cogió en primera instancia? Al fin y al cabo, él era el que había ganado, no solo por haberme penetrado antes que cualquiera, sino porque él se vino y yo no. *¡En fin!*

Salí de la oficina de Emilia y me dirigí a mi auto. Una vez adentro, subí la música a todo volumen, intentando despejar todo recuerdo de lo narrado. Me llené con la voz del cantante Luis Miguel entonando su “Cuestión de Piel” y escapé de ahí a toda velocidad, dispuesta a finiquitar con alguien el asunto que había dejado pendiente esa mañana con el Don Nadie del auto lujoso.





## “Sesión II”



—¿Cómo te ha ido con la tarea? —interrogó Emilia con un gesto apaciguado y casi amoroso.

—Lo siento. Me fue imposible hacer lo que me pediste —repelí sin más. Nunca había sido buena dando explicaciones porque jamás lo necesité.

—De... acuerdo —frunció el entrecejo. El súbito cambio en sus facciones me trajo recuerdos de mi infancia, cuando la profesora de primaria cuestionaba mi modo de actuar para con mis compañeritos. Guardé una risa condescendiente—. ¿Hay algún motivo por el cual no lo hayas podido hacer?

—Sí y es sencillo. Me fue imposible mirarme en sus ojos, caminar en sus zapatos, como diría *Depeche Mode*, ¿me explico?

—Perfectamente. ¿A qué crees que se deba eso? —Descruzó las piernas y se reacomodó en una posición que delataba cierta ansiedad por descifrarme, por conocer con anticipación mi respuesta, pero no podía hacerlo. Mi personalidad bien se podía describir como una cripta sin marcar. ¡Solo el infierno sabía a quién le pertenecía o a quién guardaba! Me encogí de hombros e introduje mi mano en la bolsa *Dolce & Gabanna* que llevaba. Saqué de ella un paquete de cigarrillos mentolados y le extendí uno a Emilia, quien de inmediato negó con la cabeza.

—No me digas que no fumas. —Señalé con el dedo las marcas amarillentas en sus uñas largas y descuidadas. Podrían haberme producido asco, pero en su lugar, me brindaron cierto aire de complicidad. La “niña buena” tenía vicios. Esa siempre era buena señal.

—No mientras estoy trabajando —rehusó amable.

—Espero que no te moleste que yo lo haga.

Sin darle oportunidad de replicar, coloqué el cigarrillo entre los labios con sensualidad y le entregué el encendedor de oro que René me había regalado para mi cumpleaños número veinte.

—¿Me prenderías, por favor? —relamí las palabras y su doble sentido, dibujando una sonrisa tibia, mirándola directo a los ojos. Mi fuerza de atracción debía hacer el resto. Emilia me contempló incrédula un segundo,

debatíendose entre lo que quería decirme y lo que yo le ordenaba hacer. No tardó mucho en llegar a un acuerdo consigo misma. Inhaló un poco de oxígeno y lo soltó por la boca. Me arrebató el cigarrillo y lo encendió con habilidad inusitada. Le dio una estocada, lamiendo el humo que dejaba escapar.

—Creí que no fumabas en el trabajo —mofé.

—Muchas cosas pueden modificarse bajo circunstancias controladas —explicó, levantándose para buscar un cenicero que estaba guardado en el cajón de su escritorio, colocándolo en una mesilla de cristal que no había visto antes en el sitio. Me pareció gracioso que pensara que este era un “ambiente controlado”. La pregunta era, ¿por quién?

Saqué otro cigarro y esta vez yo lo encendí, dándole una profunda calada que me vigorizó. Justo el monto de toxinas que necesitaba para continuar con mi historia.

—¿Qué te parece si sigo con lo que nos concierne? —inquirí levantando la ceja.

—No has respondido a mi pregunta.

—Emilia, preciosa, ya he contestado, pero tú no estás escuchando. Para ser psiquiatra, necesitas más *experiencia* —dije la palabra como quien habla de una posición sexual. Una nube rosada subió despacio por las mejillas de la mujer hasta colorearlas. Me pareció dulce e ingenuo de su parte—. No puedo narrar un relato con el que no me identifico. Mis sentimientos hacia Raúl son tan poco relevantes como los sentimientos de un carnicero al matar a un cerdo para hacer chuletas.

—Interesante selección de palabras. —Hizo algunas anotaciones en su libreta y solté un bufido.

—Todo lo que digo y hago tiene un propósito específico que usualmente involucra mi placer, de una forma u otra —susurré—. Ahora, ¿podemos continuar?

—Sí, claro. Disculpa. Soy toda oídos.

Le guiñé el ojo y abrí la mente al pasado.

—Tenía dieciséis años y tres amantes en mi haber, aunque solo uno, Bader, me había dado la satisfacción que precisaba. Estaba en segundo año de la prepa y me daba vuelo con distracciones distintas, fiestas, concursos de belleza que gané para elevar mi ego —luego de que obligara a mi madre a que me operara la nariz en uno de mis berrinches—, y cosas por el estilo. No tuve mucha actividad “física” durante esa etapa porque era bastante selectiva, pedante, incluso. Recuerdo bien que me dejaba llevar mucho por los clichés.

Debía tener a la persona más popular, al chico más hermoso, al alumno más destacado, ya que solo eso me brindaría la notoriedad que quería. En un mundo implacable donde se pasa de la adolescencia a la juventud temprana, todo se vale con tal de sobresalir y no ser un inadaptado, un cerebritito o peor, un ente invisible. Me propuse ser recordada por cada uno de mis compañeros de generación como la chica más divina del instituto, así que me teñí el cabello de rubio y me ceñí los jeans y la blusa de uniforme. Gracias al cielo, podía usar vaqueros en lugar de las estúpidas faldas de colegiala que me hacían lucir como tonta. Iba a una escuela de paga porque mi madre lo consideró prudente debido a que su reputación como cirujana iba en ascenso, y yo sacaba el mayor provecho posible de aquello. Pero llegó el momento de elegir a mi próximo novio. Las parejas en la preparatoria eran la moda, y yo no iba a ir en contra de una corriente que yo misma creé sin querer. En alguna ocasión, las chicas más “destacadas” de la variedad, me descubrieron besándome con Leonel en las canchas traseras, un cualquiera que me había agarrado en mis cinco minutos de debilidad. Lo gritaron a los mil vientos y me vi forzada a nombrarlo como mi novio, aunque duré con él un mes y lo boté a la basura. ¡Ni siquiera me atraía en verdad y cogimos una ocasión, casi por obligación! Luego de eso, el bastardo se lio con la que se suponía que era mi amiga. No se lo reproché. Yo le había dado fama y debía mantenerla. Esto era cuestión de sobrevivencia. El mundo post adolescente y semi adulto es un camino plagado de basura y retos para los cuales nadie nos prepara.

Cuando me vi libre, el capitán del equipo de futbol americano me buscó. Iba en tercer grado y, a pesar de ser un inepto descerebrado que no tenía ni idea de cómo había podido llegar hasta el grado en el que estaba, era increíblemente guapo. Me fue imposible decir no. Sin embargo, cada vez que abría la boca, me daban ganas de tapársela sentándome en ella. Tenía una muy buena posición económica y fue al único novio que Wilma aceptó sin ponerle un pero. Eso no lo favorecía ante mis ojos, sino que lo hacía más, ¿cómo decirlo? Más dispensable. Hacía con él lo que me placía y lo aceptaba sin chistar. Me daba regalos muy costosos, ropa, zapatos, brazaletes y collares de oro, dinero y otras cosas que me mantenían contenta. Llevaba al colegio un Audi TT que su padre, un senador importante del país, le había regalado para su cumpleaños, y todos los días pasaba por mí para llegar juntos. Era mi muñequito de juegos. Nos vestíamos con jerséis del equipo del instituto, iguales —aunque claro, el mío era el de la capitana de porristas—, zapatos deportivos de la misma marca, idénticos, y llevábamos anillos de oro con el

escudo de la escuela, como señal de nuestro “compromiso mutuo”. Dudo mucho que alguna vez se haya dado cuenta de que yo hacía esto para exaltar a la audiencia que nos observaba día a día. Vivía en un mundo superficial, sí, pero me sentía en perfecta armonía con él, como si hubiera nacido para ello en vez de para conocerme y tratar de ser una mujer plena. Bueno, según mis estándares, lo era, hasta que algo empezó a desentonar. No supe qué, sino hasta tiempo después, cuando conocí a quien pusiera mi mundo de cabeza. Pero te diré más de eso luego.

El sexo no estaba mal y se debía, más que nada, a mí. Había comprendido que el chico promedio necesitaba tres cosas en la cama para tenerlo en tu poder: un buen trabajo con las manos y boca en los genitales, movimientos certeros donde la mujer tuviera el dominio, y al menos cuatro encuentros sexuales por semana. Era una situación que no pedía demasiado de mí y que me pareció factible hasta que cumplimos siete meses y me aburrí. Por supuesto, conocía a la familia de Augusto e iba a misa con ellos todos los domingos —ya saben que la política y la religión generalmente van de la mano—, cenaba de forma regular en su casa, comportándome como una verdadera dama, solo para cogerlo después en su habitación, poniendo de pretexto que íbamos a ver películas o a escuchar algo de música a todo volumen. Lo único bueno que teníamos en común, era nuestro gusto por las canciones en inglés. De acuerdo, no era algo mutuo. Yo se lo impuse y él terminó adorándolo y brindándome más material del que pensé: *Ace of Base*, *Seal*, *R. Kelly*, *Coolio*, *Enigma*... ¡uff! Nuestra canción oficial era *Always* de *Bon Jovi* y la ponían en la cafetería cada vez que celebrábamos un mes más juntos, porque, por cierto, incluso los intendentes y personal de la escuela, nos admiraban. Era lo que siempre anhelé y más, pero no era feliz. Interpretaba otro papel, hacía las veces de la favorita del entorno, aunque no tenía sentido real en mi corazón, si es que poseía alguno. Ahí descubrí que no era una persona fiel en ningún sentido.

Cuando Augusto me cansaba, me escabullía en la sala audiovisual con Manuel, su peor enemigo y capitán del equipo de soccer. Guardábamos nuestros encuentros en secreto, ya que él también tenía novia. Una tipa a la que detestaba. ¡Vaya manera que teníamos de vengarnos! Él no se cansaba de decirme lo hermosa que yo le parecía, lo mucho que lo satisfacía cada vez que follábamos y la forma en que me desenvolvía en el universo pequeño de nuestra era, como una auténtica dueña de mis pasos, como ama y señora de todo. Era un chico muy apasionado y entregado. Me abrazaba cada que

terminábamos, me dedicaba la canción de *Secret* de *Madonna*, la cual me regaló en una cinta que grabó para mi Walkman.

Era casi una ridiculez que nadie supiera de lo nuestro, hasta que decidí que era hora de hacerlo público en un escándalo que duraría más de lo que hubiera querido. Tal vez ese fue el único error intencional que cometí en la vida, y no dejaría de pagar por ello.

Una mañana en la que Augusto me propuso escaparnos del colegio para pasar el día en casa de Anel, la novia de su mejor amigo, Trevor, lo convencí de que invitáramos a más gente —ellos fungirían como testigos de mi salida no oficial del clóset de la infidelidad—. Estaba harta de pretender ser feliz cuando el tedio a su lado me atormentaba hasta quitarme el sueño. Entre todos ellos, los invitados, estaban Manuel y su novia, Patricia. Nos subimos a los autos y huimos hacia el hogar de Anel para divertirnos y olvidarnos unos momentos de los exámenes y las presiones. Sus padres poseían una colección bastante diversa de vinos en su cava personal. Además de esto, los chicos habían conseguido cerveza y alguna que otra botella de vodka para cuestiones de recreación. Yo no bebía mucho, pero ese día decidí que quería perder el conocimiento, por lo que inauguré la fiesta tomando de fondo una botella de cerveza barata que me dejó algo tocada.

—Por lo irreal y lo pagano —brindé. Nadie comprendió lo que quería decir, excepto, por supuesto, Manuel, que era la única persona en el sitio que poseía un IQ más o menos parecido al mío.

—Por el desastre —siguió sin temor, puesto que le había contado de mis propósitos, aceptándolos sin presentar objeciones. Claro, la única que tenía que perder, era yo. Patricia era una bobalicona de pechos grandes que no ofrecía nada más que su estupidez para ser usada a beneficio ajeno.

Augusto estaba molesto por la presencia de su archienemigo en el sitio, pero lo convencí de que eso era bueno, haciéndole creer que era algo positivo que los chicos más populares de la escuela se juntaran e hicieran migas, destruyendo los clichés a los que tanto trabajo me había costado adaptarme. Me compró toda la historia y terminó charlando con su “socio”, discutiendo sobre temas deportivos que no tenían sentido para mí, estadísticas y demás.

La música tronaba a todo volumen y, a eso de las once de la mañana, ya estábamos ebrios. Fui tonta y me dejé llevar, ahora lo comprendo. Sin embargo, a la larga, sería lo mejor para mí. Manuel se zafó de Augusto lo suficiente como para charlar conmigo.

—Y bien, ¿cuándo planeas hacer tu movimiento? —preguntó acercándose demasiado a mi boca. Lo agarré del pecho y lo alejé un paso.

—Espera. Augusto todavía no está lo suficientemente ebrio como para actuar como pretendo. Necesita un incentivo de tu parte, idiota —exigí—. No seré la única que haga el trabajo aquí.

—De acuerdo. Iré con Patricia y le serviré otro vodka, aunque tienes que acercarlos, presentarlos, para que platiquen y se conozcan bien. Estoy seguro de que el “click” será inmediato.

—Cambia la puta música y pon algo que transforme el ambiente, que lo haga más propenso a besar, a tener calor —demandé mirándolo con lujuria.

—Como gustes, princesa. —Me jaló hacia la cocina y me dio un beso que duró una eternidad. ¡Maldita sea! Me excitó sobremanera. No podía esperar a estar a solas con él, pero tenía que hacerlo.

Fue hacia el estéreo y colocó nuestra melodía. Augusto se aproximó y lo agarré de la mano, no sin antes darle un beso intoxicante, llevándolo hacia donde se hallaba Patricia. Manuel se nos unió mientras los presentaba.

—Ella es Paty, amor, la hija del colega de tu papá. Es una mujer muy accesible y siempre me pareció una de las chicas más hermosas de la escuela. Alguna vez me confesó que tú le gustabas —susurré a su oído y Manuel me guiñó el ojo.

—Mucho gusto, Paty. —Augusto extendió la mano y mi suerte estuvo sellada. La jovencita era tan suelta como un costal de patatas con un hoyo enorme abajo, literalmente. Platicamos por un buen rato y caí en la cuenta de que mi plan había dado resultado, lo que me causó un inesperado brote de celos. ¿Cómo, teniéndome a mí, podía sentir algo tan repentino por esa cosa? Mi equilibrio se jodió. Intenté besarlo, aunque me frenó de golpe, diciéndome que estaba hablando y que no quería ser interrumpido. ¡Mierda! Manuel contenía la risa y hacía un gesto de: “Te lo dije”. Lo atravesé con la vista y me retiré con tanta gracia como pude. Fui con Anel y me dio dos vasos de vodka que me tragué a la primera.

—¿Qué demonios te pasa? —cuestionó Manuel de forma inesperada, abrazándome por detrás, mordiéndome suavemente el cuello.

—¡Suéltame, carajo! Nos están viendo —escupí, aunque cada quien se encontraba en lo suyo, besando, acariciando o haciendo lo que fuera en los pasillos y la sala.

—No me digas que te estás arrepintiendo, porque creo que ya es demasiado tarde. —Señaló a su novia y a mi novio, riendo y platicando como

si ninguno de los dos existiéramos.

—No, es solo que... —Me quedé atorada en la frase, furiosa ante la idea de que alguien pudiera arrebatarme algo con tanta sencillez.

—¿Qué, Miranda? ¿Ya no anhelas deshacerte del mastodonte aburrido? ¿No deseas estar conmigo?

—¡Por supuesto, tonto! Eres mejor que él en todos los aspectos.

—Pero no tengo ni su dinero ni su posición en la sociedad. Sé que eso te afecta más que cualquier otra cosa. Por esa razón no me acerqué a ti antes. No soy idiota. Conozco lo que hay en tu mente. ¿Puedo hacer algo para convencerte de que esto es lo correcto?

—No —negué con vehemencia—. Hecho está. Dejémoslo continuar. Habla con Trevor y dile que rete a Augusto a trasladar a Patricia al cuarto de abajo para besarla, como habíamos quedado. Avísame y llevaré a Anel, el periódico escolar andante, junto con nosotros, para descubrirlos. Eso los hundirá. Nadie que me rechace con tanta sencillez se saldrá con la suya —declaré para su temor. Manuel me conocía mejor que cualquier otra persona, aunque solo le dejaba ver las partes un tanto menos superficiales de mí. Hasta ese día, ningún alma en el mundo podía clamar conocerme en serio y hacerlo de cada manera posible. No, aún.

—Okey. Entonces, a lo que vamos, princesa.

—A lo que vamos, cielo. —Le acaricié la mejilla y lo besé con fervor bruto. Tenía que acabar con esto de una vez por todas.

Los presentes estaban perdidos en danzas sensuales y otras cosas que me negaba a ver. Me concentraba en lo mío: destruir a mi novio y hacer su traición real. No transcurrió mucho tiempo para que las cosas tomaran su sitio. Trevor, una de las mentes más influenciables que había conocido en la vida, pronto se dejó convencer para decirle a Augusto que tomara a Patricia y “se vengara” de su enemigo, besándola. Le aseguró que nadie se daría cuenta, mucho menos yo. Todo por aquí eran apariencias. Trevor odiaba en secreto a Augusto, su supuesto amigo, por haberle quitado el puesto de capitán del equipo, así que no tuvo escrúpulos a la hora de hundirlo. De hecho, avisó a los presentes para que, cuando él estuviera con Patricia en la habitación, lo contemplaran en su esplendor. Fui hacia él, mi futuro ex novio, y le robé un beso que lo dejó sin aliento.

—Te quiero, cielo —mascullé entre dientes en son de despedida.

Un rato más pasó para que las cosas se consumaran. Manuel me señaló el momento oportuno y llamé a Anel. Cada alma en la fiesta —a excepción de los

que estaban cogiendo en las habitaciones de arriba—, se prepararon para ver caer al “chico maravilla”. El muy idiota hizo lo que había predicho y llevó a Patricia, según él, a escondidas, al cuarto. Pero la que se llevó la sorpresa, fui yo. El hijo de perra no solo la besó, sino que se la folló. Al tener la escena ante mis ojos, la preparada y bien contenida furia que demostraría, se tornó en rabia irracional. Me les eché encima, separándolos a golpes. Anel tenía una cámara digital y con ella captó cada segundo de lo acontecido. Manuel me apartó de ellos a duras penas y me sacó de la casa. Augusto nos siguió y no pude evitar derramar lágrimas de ira.

—¡Por favor, Mindy! ¡Perdóname! No estaba pensando...

—¡Me queda claro que no, cabrón de mierda! ¡Aléjate de mí! ¡Aléjate antes de que te mate! —grité hasta que se me gastó la voz.

Patricia salió y se escabulló entre los que veían la escena. Manuel ni hizo el intento de alcanzarla. En efecto, mi plan había resultado mejor de lo que esperaba. Mi novio no solo se jodió a la novia de su peor enemigo, sino que me jodió en el camino, y la escuela entera lo sabría ese mismo día. Con lo que no contaba, era con que, luego de haberse terminado todo entre nosotros, el pendejo decidiera tener una relación con la idiota aquella, defendiéndola de los que se atrevieran a difamarla y sacando a los cuatro vientos que yo era una frígida que no le daba lo que necesitaba y que por eso actuó como actuó. ¡No lo podía creer! Pudiera haberme acusado de puta, de maldita, de desalmada, ¿pero de frígida...? ¡Al infierno que NO! No me di cuenta de cuándo las cosas se tornaron en mi contra. Fue increíblemente vergonzoso.

Como era de suponerse, me hice novia de Manuel, pero efectivamente, ya no me entusiasmaba como antes. La atención estaba puesta en mi ex y su nueva adquisición, lo que causó un tremendo golpe a mi ego, el peor de mi vida. Me deshice de todas las cosas que me regaló en una subasta pública que realicé en mi garaje, con la compañía de Manuel, que permaneció al pie del cañón, pese a que todos lo tachaban de idiota. Creí que nada podría ser peor, y fue entonces que Augusto embarazó a Patricia, justo antes de que se graduaran. Me convertí en el hazmerreír del colegio entero y caí en una devastación desconocida para mí. Abandoné a Manuel a su suerte y me propuse enmendar tan horrenda equivocación, pero no lo conseguí, así que me sumergí en una especie de depresión forzada. Estaría así algún tiempo hasta el siguiente curso escolar, cuando conocí a quien me brindaría los retos más interesantes de mi existencia, mi divino Damián.

—¿Quién es él? —preguntó Emilia a la expectativa.



—Él es, nada más y nada menos, que mi compañero de existencia errada, podría decirse. Es el único hombre que me ha hecho sentir ajena a mi propia piel y que me ha llevado a sitios que, de otra forma, jamás hubiera conocido. Es mi yo pecador, mi martirio y mi redención, todo en un solo envase magnífico y tentador; quien me mostró lo que es la verdadera libertad de expresión y de ser. Mi único amado, si definiera como amor a una larga, extenuante y selectiva manera de acabar con uno mismo para cumplir los caprichos de otro, sin importar la magnitud de lo que se podría estar sacrificando, y sacrificar a otros también en el trayecto con causas muy específicas y magníficas...

—¿Ese es el concepto de amor para ti?

—No sé, Emilia. Para eso te pago, para que tú me puedas decir si ese es el concepto de amor que el ser humano *regular* tiene —socarré.

—Si encasillas al amor en una definición rígida y lo miras como una experiencia salida de la realidad, te defraudará. Perderás la capacidad de vivirlo como un evento totalmente fresco y nuevo. Lo contaminarás con tus prejuicios y prevenciones. El amor necesita libertad, sin evaluaciones autoritarias ni criterios dogmáticos.

Me quedé pensando en esa novedad y me vi sorprendida ante ella.

—Buen punto.

No pude decir más. No por el momento.

—De acuerdo. Me gustaría que me contaras más de Damián en las próximas sesiones, solo para conocer qué es lo que lo hace diferente a tus ojos de los demás.

—Cuenta con ello. —Le guiñé el ojo y me retiré. Emilia estaba dándome exactamente lo que quería y no tenía idea de ello, así que me fui del consultorio en verdad agradecida, lista para nuestro siguiente encuentro.



## “Sesión III”



—¿Cómo conociste a Damián? —Emilia se llevó la mano a la barbilla en señal de espera. Lucía verdaderamente intrigada. No la podía culpar. Había hecho bastante preámbulo con respecto a él.

—Transcurrió casi un mes desde que inicié el tercer grado en la preparatoria. Luego del absoluto fracaso social y turbación pasada, había bajado mi perfil y ahora disfrutaba mucho de la soledad, al menos, cada que se me permitía estar sola, puesto que algunas arpías que me odiaban continuaban mofándose de mí, hablando a mis espaldas o burlándose de forma pública de mi “miseria”, y los chicos seguían asediándome, ahora más despiadadamente. Augusto se casó con la perra esa y se mudó a la capital del país para continuar sus estudios en una de las universidades más prestigiadas. Estaba podrido en plata y eso sí me dolía. Me costaba conciliar la idea de haber perdido la paciencia con tanta sencillez. Debí aguantar. Debí aguantar y ceder.

—¿Te refieres a antes de que sucediera el incidente con Patricia, o a después? —cuestionó Emilia mordiéndose el labio. Lucía muy sexy cuando hacía eso.

—A antes, por supuesto. Si bien es cierto que estaba muy aburrida de Augusto, pude haber soportado. Mi falta de tacto al manejar el asunto, fue lo que me derribó. Lo externo no significaba tanto como mi escabrosa derrota interior, mi ignorancia.

—¿Qué me estás queriendo decir exactamente? Sientes culpa, eso es claro, y es una señal de sanidad emocional que debo felicitar. —Acercó su mano a la mía, posándola ahí por un segundo, rozando mi dorso.

—Sí, siento culpa. Culpa de no haberme forzado a soportar el tedio para un beneficio futuro. Si me quedaba con él, la millonaria podría haber sido yo. Solo hubiera tenido que pasar a su lado algunos años para luego hacer algún tipo de acuerdo legal y recibir una buena tajada de su dinero al divorciarme —porque tarde o temprano lo haría, desde luego—, y tendría los medios para vivir mi vida en una exquisita libertad. ¡Pero todo estaba jodido ya, gracias a mi falta de dominio! Nunca más me volvería a ocurrir tal cosa.

—¿En serio te hubieras sometido a la tortura de estar con alguien en contra de tu voluntad por dinero? —dijo Emilia abriendo mucho los ojos.

—¡Claro que sí! Alguna vez lo hice, mucho tiempo después, es así como conseguí mi departamento. Bueno, podría decirse que no del todo. Disfruté un poco de aquello —esboqué esa sonrisa típica de mi monstruo interno, satisfecho al recordar la época en que las cosas adquirieron un objetivo preciso.

—¡Vaya! No sé qué decir al respecto —murmuró un poco nerviosa y anotó una que otra cosa en su cuaderno. Mi mente jugaba con su pluma cada vez que se movía en la libreta. La imaginaba escribiendo palabras como: demente, manipuladora, convenenciera, desgraciada, vil, demonio... y todas y cada una de ellas, eran adjetivos correctos para describirme. Claro, si se veía desde el punto de vista “emocional” del asunto. Drama, siempre estuve rodeada de él, yo lo llamaba; lo odiaba, pero lo llamaba porque me brindaba esa atención que quería, me volvía notoria y, sin embargo, me obligaba a cuestionarme si esa notoriedad no era la que me hundiría tarde o temprano. La respuesta era, para mi puta suerte... una incógnita. No terminaría de saber si era suertuda o solo una bendita diabla disfrazada de santa. Ni idea.

—Mejor seguimos con Damián, ¿te parece?

—Sí, claro. Adelante, Miranda.

—Llegó el momento en el que dejé de sentirme enojada conmigo misma, pero sí estaba un poco harta, aunque esta vez no huiría cambiándome de escuela o algo por el estilo. Levantaría la cabeza con orgullo y dejaría que la corriente me brindara la claridad de pensamiento suficiente para descubrir el siguiente camino a tomar. Eso sí ¡nada de novios! ¡A la mierda con ellos y sus idioteces! Caí en la cuenta que solo servían para desgastarme, para derrochar esa valiosa energía que me movía a arrebatarse lo que deseara y aplastar a quien me lo impidiera. Y, bueno, reconociendo que me hallaba en un momento de flaqueza, fingí agacharme y guardar silencio con tal de aplacar las fuerzas que había levantado el año anterior. Algunas veces, en el justo instante donde no queda casi qué perder, llega la ocasión perfecta para detenerse, dominarse, y luego, conquistar.

Un miércoles, alrededor de las siete y diez de la mañana cuando me desperté y arreglé para ir al instituto, y dejé que papá me llevara —mi rutina desde que ya no tenía “chofer” que pasara por mí a casa—, llegué a la escuela. En ocasiones, Anel iba a buscarme, pero prefería que no lo hiciera para no tener que soportar su chillona voz e insulsas opiniones. Me senté en la parte

trasera del aula y tiré mi mochila en el piso. La mayoría de mis compañeros habían arribado y aguardaban la entrada de nuestro profesor de historia, un loco astuto que me divertía sobremanera y que se las sabía de todas, todas. Recuerdo que bostecé... —estúpidas cosas las que uno puede recordar en momentos importantes—, y cerré los ojos un instante. Uno de mis compañeros, Francis, un reconocido homosexual con el que me llevaba bastante bien porque ambos teníamos un delicioso humor negro, se sentó sin delicadeza a mi lado y me dio un codazo.

—¡Hey, Mindy! ¡No tienes idea de lo que acabo de ver! Vas a querer morir, lo juro.

—He querido morir desde que desperté... hace unos diecisiete años —bromeé, aunque no sonreí.

—¡Hablo en serio! Estaba en el estacionamiento saboreando el glorioso trasero de Cristian, cuando...

—Buenos días, hijos de políticos corruptos, hermanos de atletas profesionales que nunca pasaron del primer cuarto de algún juego, estudiantes mediocres y refugiados —saludó con su usual sarcasmo el maestro Rivas, lo que causó que fijara la mirada al frente.

—Buenos días. —Se escuchó la respuesta al unísono.

—Hoy les tengo una maravillosa sorpresa.

Todos se voltearon a ver con temor en las pupilas. Ya conocíamos las sorpresas regulares de aquel bastardo. Generalmente terminaban en reprobaciones masivas y lágrimas, incluso del más fuerte. A mí no me provocaba más que gracia. Salía exenta de todas las materias, incluyendo aquella, porque era la que más me gustaba además del inglés. El dolor ajeno, ¡ah, ese sí me hacía reír! Así que dibujé una risilla macabra en el rostro y observé paciente alrededor.

—Si lo que están pensando es que les pondré un examen sobre la revolución francesa, lamento decepcionarlos —negó con la cabeza. El alivio colectivo no tardó en sentirse mientras los cuerpos soltaban la tensión, desparramándose en sus sillas—. Tenemos una nueva adición a esta broma que llamamos la especialidad de “Sociales”. ¡Chico nuevo! —gritó. Automáticamente, las miradas se posaron en el umbral de la puerta y apareció él. Un verdadero Don Nadie. Me decepcioné al instante, aunque, por alguna extraña razón, no le quité los ojos de encima. Era un joven de aspecto mayor a los demás. Parecía de unos diecinueve años, o incluso veinte. No era de extrañarse que el instituto aceptara a personas que rebasaban el límite de edad

permitido para cursar la preparatoria regular cuando se trataba del hijo de alguien poderoso, pero este tipo no tenía nada de especial. Llevaba una mochila café raída colgada al hombro derecho, el cabello ondulado y corto, sin peinar —era evidente—, y una camisa casi tan irrelevante como sus jeans rotos. Su aspecto era limpio, aunque extrañamente sucio, no puedo explicarlo. Se asimilaba a un hippie sin la mugre o las *rastas* en la cabellera. Hizo un gesto con la mano para saludar y me pareció obvio que le aburrían y apenaban las presentaciones públicas del estilo: “Mi nombre es fulanito de tal y vengo de tal escuela...” Leía en su expresión que sabía que eso era justo lo que le esperaba.

—Bien, chico. Bienvenido al circo —dijo el maestro—. Ya sabes qué hacer. Nombre, edad, gustos, blá, blá, blá. Tienes práctica en esto —lo “animó” para que hablara. Contuve una carcajada.

El joven soltó un bufido.

—Me llamo Damián Rivero —ese apellido no era reconocido en la sociedad, por lo que confirmaba mis sospechas de que no venía de una familia económicamente prominente—. Tengo diecinueve años y vengo de mi casa —frunció los labios en una expresión cínica y divertida—. Me tomé un año de vacaciones para discernir si quería continuar estudiando.

—¿Discernir? ¡Pfff! —burló el profesor, provocando las risotadas de los alumnos—. ¿Y a qué conclusión llegaste? ¿Continuarás con tu camino de búsqueda de luz?

—Estoy aquí, ¿no es así? —inquirió muy seguro de sí mismo. La energía que emanaba no era iracunda o déspota. Hablaba con una calma irregular, una que nunca había visto en alguien más. De ese estilo de tranquilidad que suele preceder a una tremenda tormenta.

—No sé, ¿estás? —replicó el profesor, señalando uno de los asientos vacíos para que lo tomara. Damián siguió las instrucciones, colgando su mochila en el respaldo de su silla que quedaba dos filas delante de la mía. Supongo que sintió mi mirada, porque, de la nada, sus ojos atraparon los míos, dejándome clavada e inmóvil en mi asiento. Siempre tuvo una fuerza que dominaba cuando veía directo a las pupilas, como si poseyera el universo entero en la palma de su mano y sus iris fueran hoyos negros que amenazaran con consumirte si te acercabas demasiado. Su aparente timidez era todo menos eso. Era una calculada y sutil forma de hacer que bajaras la guardia y, cual cazador de pericia consumada, te atrapara en sus garras para que nunca más pudieras escapar. No tardaría mucho en entenderlo.

Analicé la tonalidad de sus ojos. Eran cafés, nada que ver con los míos azules. Los suyos tenían un tinte claro, pero escondían secretos turbios. ¿Cómo podía saberlo? Porque era como verse en un extraño espejo —aunque la imagen que me devolvía el reflejo carecía de gusto para vestir—. Mi corazón saltó un latido y la respiración se me agitó. Puse todo de mi parte para disimularlo. Él hizo una mueca parecida a una risa para saludarme y yo respondí de igual forma. Sin que se diera cuenta, uní con fuerza mis piernas en un esfuerzo por detener las contracciones que aquello había detonado en mi centro. Estaba muy excitada, tanto que no podía creerlo. ¿Qué diablos me pasaba?

—Abran sus libros en la página... —La voz del maestro se convirtió en un eco lejano. Los rostros que me rodeaban se cubrieron de una especie de manto gris y dejé de reconocerlos. Solo podía verlo a él.

Los días pasaron sin muchas novedades. Continuaba con mi vida, saliendo a antros los fines de semana —donde me dejaban entrar con facilidad, aunque no fuera mayor de edad—, leyendo, planeando nuevas estrategias para un futuro más prolífero, peleando con mi madre, chantajeando a mi padre y bebiendo en secreto con mi hermano y sus amigos, la clase de cosas que se esperan de una chica “normal” a punto de cumplir diecisiete años. Damián había hecho buenas migas con dos chicas a las que yo consideraba inferiores. De esos personajes que solo están de relleno en una novela donde uno es el protagonista. La escuela había organizado un festival de baile en el que se podían formar grupos para competir y, el que resultara ganador, se haría acreedor a una suma de dinero bastante considerable. Yo quería comprarme un *CD Player* —un *aparatejo* novedoso que estaba tomando el lugar del Walkman—, para escuchar un disco compacto que me había regalado Francis, de una de mis nuevas cantantes favoritas: *Alanis Morissette*. Su canción *You Learn* me fascinaba. Era insufrible pensar que mi Wilma, mi madre, se bañaba en billetes mientras yo tenía que concursar por conseguir un maldito instrumento que le hubiera costado dos centavos. Había gastado todos mis ahorros de años en parrandas sin sentido y ahora cada billete que caía en mis manos, valía doble. No tardé mucho en movilizarme. Teniendo una meta fija en mente, ya no me pararían. Había resucitado. En un solo día, conseguí unir un grupo de diez chicas y chicos dispuestos a invertir poco y ganar mucho. No seríamos una de esas pusilánimes comparsas que se pararían en medio del escenario a hacer el ridículo. ¡Nunca! Conmigo las cosas eran de calidad o no eran. Punto.

Graciela, la hija de una viuda que había heredado una fortuna al morir su marido, estuvo dispuesta a convencer a su madre para que nos patrocinara la compra de los trajes que usaríamos y pagó a un coreógrafo profesional, el mejor de la ciudad, para ponernos el baile. A cada grupo que concursara se le asignaría un ritmo específico. A nosotros nos tocó *calipso*. Yo no tenía ni la menor idea de lo que era esa mierda, pero lo averiguaría. Ensayábamos al salir de clase en casa de Francis y todo marchaba a pedir de boca. Por primera vez en la vida, en serio me estaba divirtiendo haciendo algo diferente. De hecho, ni siquiera sabía que era buena bailarina hasta ese entonces. Tenía la perfecta distracción, por lo que creí haber olvidado a Damián —y eso que se suponía que nunca pensé en él en realidad—. Yo diseñé el vestuario y los adornos para el cabello que usaríamos la noche del festival y me mantuve bastante ocupada. Nuestro grupo se llamaba “Forbidden Fire”, o el Fuego Prohibido, y todo el tema que presentaríamos era calor, sensualidad y llamas. Como cosa extraña, terminé muy unida a los miembros de la comparsa. Me relajé más y me sentí casi humana, aunque no me duraría mucho el gusto.

La noche de la presentación llegó y estábamos más listos que nunca. Las chicas nos habíamos arreglado en mi casa, dejando estelas de escarcha, lentejuelas y plumas en toda la sala, por lo que Wilma se enfureció, pegando de gritos, ofendiendo a mis nuevas amigas. La situación se puso tan tensa que mi padre tuvo que intervenir sacándonos de ahí. Por supuesto, nadie de mi familia asistió al festival. No me molestaba. Me había acostumbrado a hacer todo tipo de cosas yo sola, y para ser franca, estaba tan excitada con la idea de ganar, que nada más me afectaba.

El acontecimiento se llevaría a cabo en una discoteca al norte de la ciudad. Los colores intensos, el olor a cigarro y alcohol que desprendía la alfombra malgastada del sitio, las luces brillantes y el sonido ensordecedor de la música que tronaba en el fondo, hicieron que aflorara esa parte de mí que me encantaba: la chica segura de sí misma, la de la máscara jovial, la que agradaba a todos y llamaba a que se le unieran con su sola presencia. Era yo, tan yo como podía ser, de nuevo. Damián estaba con Flor y Lucía, las tipas de las que hablé con anterioridad, y con Francis y Graciela, para mi sorpresa. Cada grupo tenía su propia mesa y ellos estaban en la nuestra. Me acerqué porque tenía que dejar mis cosas ahí, aunque noté que estaba nerviosa, muy nerviosa. Nunca antes había hablado, quería decir, realmente hablar con Damián. No teníamos nada en común ni nos llevábamos con las mismas personas. Yo no le atraía y él a mí tampoco, suponía; entonces, ¿por qué me



sentía tan electrizada por la idea de estar cerca de él, ahí, en ese lugar repleto de gente?

—Hola —saludé a todos de beso. Cuando me tocó llegar a él, coloqué mi mano en su espalda baja con sutileza, absorbiendo el aroma cítrico de su perfume. ¡Era sublime! Él reaccionó completamente normal, cosa que me disgustó. No le afectaba. Mi cercanía no le afectaba en absoluto, mientras que a mí me dejaba como en un trance psicotrópico del que era difícil salir. Eso me enervaba y, cual buena sadomasoquista, también me atraía.

—Hola —respondieron sus amigas—. ¡Todo quedó perfecto, Miranda! —felicitaron entusiasmadas.

—Gracias, en realidad fue trabajo de equipo —mentí. Todo lo había hecho yo, como siempre. De otra forma, las cosas no funcionaban.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Damián, sonriendo cálido mientras bebía un sorbo de su cerveza.

—Ah... —titubeé. ¡Detestaba titubear! Nada de eso era propio de mí, así que carraspeé y me controlé de una buena vez—. Un poco, nada más. Les daremos la sorpresa. Nuestro baile es genial.

—No lo dudo. —Me guiñó un ojo. Tenía que salir de ahí. Solté una exhalación cortada, me di la media vuelta y me fui al baño para afinar los últimos detalles, pero me di cuenta de que Damián me observó todo el camino.

Aproximadamente a las diez de la noche, llegó nuestro turno de bailar. La música comenzó con una melodía sensual que no tenía letra. Ninguna canción era conocida por nadie, y eso solo hacía la presentación más fresca y novedosa. La coreografía mezclaba piruetas con movimientos de caderas estilo *Lambada* y ritmos caribeños. Parecíamos unos expertos. Nadie se salía del compás y los pasos estaban perfectamente coordinados. Fuimos la locura de la noche y, como era de suponerse, ganamos.

Una vez que el barullo de las fotos y las felicitaciones públicas del director de la escuela para nosotros, así como uno que otro comentario cargado de envidia de algunas compañeras que me odiaban, terminó, nos cambiamos de ropa y fuimos de regreso a la mesa. El ambiente ya se había relajado más y los presentes danzaban, charlaban, coqueteaban y festejaban. Mi grupo y yo nos abrazamos y brindamos, alegres, despreocupados. Platicaba con Francisco, un chico de la especialidad de matemáticas que me atraía bastante, aunque no pensaba hacerle caso bajo ninguna circunstancia, cuando de repente, alguien tocó mi hombro. Volteé y, toparme con la cara de Damián,

me causó una sorpresa que no pude esconder. Tragué saliva con fuerza y modifiqué mis gestos lo más rápido que pude.

—Hola —dije casual.

—¡Felicidades, Miranda! —El joven me envolvió entre sus brazos, dejándome pasmada. Su perfume me llenó las fosas nasales, entrometiéndose en el camino de cualquier otro aroma de la velada, y fue embriagador.

—Muchas gracias —asentí sonriendo—. Hicimos lo que pudimos.

—Tendrás que invitarme a unas cervezas con el dinero que te ganaste.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquirí frunciendo el entrecejo. ¿Quién demonios se creía este... este... este hombre? No se me ocurría ningún adjetivo más por el momento.

—Porque yo fui el que les vitoreó más. ¿Qué no me viste? Faltó poco para que me subiera a bailar con ustedes a la pista —rio pícaro. Tenía una sonrisa de esas que no se podían olvidar, aunque se deseara.

—¿Con nosotros? ¿Plural? Si te hubieras animado a estar solo conmigo, en la pista, por supuesto, consideraría la posibilidad de invitarte a un sorbo de la cerveza que estoy tomando ahora mismo, pero ¿darte una entera? No estoy segura de que la merezcas —murmuré a su oído, percibiendo cómo se me erizaba la piel ante su cercanía. De forma deliberada, Damián volteó un poco el rostro, quedando a milímetros de mi boca, colocando la mano en mi espalda baja, descubierta por un muy pronunciado escote. Deslizó con destreza el dedo pulgar en la línea última de mi columna y me incendié por dentro.

—Te contaré un secreto —susurró juntando su mejilla con la mía hasta llegar a mi oreja. Juro que pude sentir su lengua rozándome, aunque no sabía si había sido mi imaginación o algo más.

—S-sí —tartamudeé.

—Eso era justo lo que quería hacer. —Me arrebató la cerveza que llevaba en la mano, frunció los labios y desapareció entre la multitud.

En todos mis años de vida, nadie, nadie, ni siquiera ahora, ha podido repetir el efecto que la leve acción de Damián desató en mí. Anel me jaló hacia la pista para bailar, pero mis pies parecían clavados al piso. No deseaba moverme porque temía mucho tener un orgasmo con el solo roce de mis piernas. Parecería una exageración, aunque no lo era. Mi mente y cuerpo habían quedado enganchados en aquel extraño joven que aún no descifraba, y que posiblemente jamás podría descifrar.

—¿Cómo va eso hoy en día? —interpeló Emilia, mirándome casi absorta—. ¿Sigues llevándote con él? Por lo que dijiste, deduzco que sí.

—Por supuesto. Repito, Damián es una parte de mí que se mantiene intacta. Nunca he podido describir nuestra “relación” en su totalidad. No puedo amarlo, pero lo amo. ¿Me explico?

—No, en realidad no.

—No soy tonta y él menos. Somos dos personas en una posición de consciencia pura con respecto a lo que uno puede darle al otro. Nos utilizamos y nos cuesta mucho lidiar con la soledad, por lo que, podría decirse que nos hacemos buena compañía. Nos complementamos, por más absurdo que suene. Sin embargo, él es libre y yo igual.

—¿Estamos hablando de algo puramente sexual o emocional?

Reí.

—Si Damián tiene sentimientos, muy pocas veces los ha mostrado. Solo lo hace cuando lo tomo desprevenido o con la guardia baja, y esto casi nunca ocurre. Su personalidad es una muy bien estudiada mascarada cuyas dimensiones a duras penas he podido tocar. Algunas veces creo que es inexistente, que lo único que hay ahí es mi reflejo.

—Entonces, es algo así como la tuya, ¿no? Hablo de su personalidad — cuestionó la terapeuta con mucha cautela, lista para recibir algún insulto de mi parte por su desfachatez. No obstante, tuvo el efecto contrario. Me provocó risa.

—Algo así, Emilia —cedí y me pude de pie para salir de ahí—. Me despido por hoy. Hemos terminado. —Señalé su hermoso reloj con el dedo, resiguiendo la línea del dorso de su muñeca. Noté claramente como dio un respingo y apartó de forma automática la mano.

—Sí, tienes razón.

—¿Alguna tarea para esta ocasión?

—Sí, pero primero responde: ¿qué es lo que buscas con esta terapia? — Medité unos segundos y di mi contestación.

—Busco poder amar como todos aman, poder comprenderme, aceptarme a mí misma —hablé con una terrible carencia de convicción, planteándome otras posibilidades, haciendo nacer en mi alma todavía más cuestionamientos. ¿Qué quería de ella en realidad? No terminaría de revelarlo aún. Solo podía pensar en ¿qué me podía darme ella a mí? ¿Me explico? Probablemente no. Tal vez después. Sin duda, sus esfuerzos estaban moviendo mi edificio, aunque nunca mis cimientos. Eso era imposible...

—Me parece que no tienes muchos problemas en el área de la aceptación. —Jugó con su pluma.

—Bien. Según tú, Emilia, ¿para qué más podría estar aquí? —inquirí con desdén.

—Deseas redención, perdón —aseguró. Sus palabras crearon un nudo en mi garganta y mi estómago pareció dar un vuelco. Sentí un inmenso rechazo hacia ellas y supe que debía salir de ahí, evadirlas a como diera lugar. Por un momento, consideré seriamente no regresar. Nada valía la pena para pasar tanta maldita incomodidad. ¿O sí? ¡Mierda! No lo decidía aún.

—Gracias, pero me conformo con lo que dije.

Giré en redondo y salí. Emilia fue detrás de mí y me frenó, tomándome de la mano.

—Se te olvida algo. La tarea.

—Escúpela. Tengo prisa —musité disgustada.

—Al final de la próxima sesión, te haré esta pregunta y quiero que seas capaz de contestarla. Si tu salud mental, tu tranquilidad, futuro y “recuperación”, dependieran de separarte de Damián, ¿lo harías?



## “Sesión IV”



—Señorita Beltrán, ¿gusta un café? —interrogó la asistente mientras aguardaba en la pequeña sala de espera. Emilia se había retrasado un poco.

—Sí, Linda, gracias —dije—. Sin azúcar, por favor.

—Es raro que a una mujer le guste el café sin azúcar

—Supongo que el sabor me recuerda a mi padre —repliqué sorprendida ante mi sinceridad. Linda no tardó en traérmelo y, al dar el primer sorbo, la imagen de Vicente, mi papá, apareció en mi cerebro. Uno de los pocos recuerdos placenteros de mi infancia, era cuando desayunábamos los cuatro juntos. Wilma me regañaba y pegaba de gritos porque manchaba mi pulcra vestimenta con la comida que se me caía, sin querer, y mientras iba por un paño a la cocina para limpiarme, papá me daba a probar dos o tres cucharaditas de su café porque me fascinaba el olor. Las disfrutaba como pocas cosas en ese entonces. Para cuando mamá regresaba, nos hacíamos los desentendidos y sonreíamos en complicidad, cual bandidos que compartían la carga de la culpa. Cuando crecí, solo bebía el café negro, tal como él lo hacía. Wilma era estiercol para gusanos, así que ¡qué mejor que seguirla jodiendo haciendo cosas que ella hubiera reprobado!

La puerta de la oficina se abrió y de ahí salió un hombre que de inmediato captó mi atención absoluta. Bebí otro poco de mi café y luego lo dejé en la mesita que tenía al lado. Me puse de pie, acariciando mis muslos para “acomodar” mi falda, sonriendo de modo sugerente. El *galán* clavó su mirada en mis torneadas pantorrillas y juro que pude escucharlo tragar con fuerza, lo que me complació sobremanera. Reí y crucé mis pupilas con las suyas, atrapándoselas.

—Buenos días —saludé coqueta. La tensión en mi vientre se volvió mucho más palpable, irrevocable y atrevida.

—Muy buenos días, de hecho —dijo de regreso y me relamí la boca. Su penetrante mirada intimidaba y eso me fascinaba. Las manos comenzaron a

sudarme como acto reflejo y el calor invadió mi anatomía. *No demuestras cuánto te afecta*, me dije a mí misma. *Eso es inconveniente*.

—Mucho gusto, me llamo Miranda. No te había visto por aquí antes —susurré sensual mientras el corazón me latía más rápido, bombeando la sangre con tanta celeridad que la sentía en todo mi organismo.

—Lo cual es una verdadera lástima o verdadera fortuna. Depende del ángulo en que se mire —bromeó ladino.

—Eso no puedo decidirlo en tan poco tiempo —refuté y él sonrió, mostrando el esplendor de sus dientes de porcelana.

—Es un placer, Miranda. Yo soy Pablo —estiró la mano para que la tomara. Cuando nuestras pieles hicieron contacto, mi entrepierna se electrificó. No me quitaba los ojos de encima y parecía desnudarme el alma, lo cual era terrorífico y exquisito a la vez. *¡Ah, el diablo me pierda con esas pupilas!*, me dije.

Un carraspeo interrumpió nuestro flirteo. Era Emilia. Se dio cuenta de lo que ocurría y se notaba enfurecida.

—Miranda, estoy lista para ti —dijo sin inflexión, con un gesto críptico dibujado en la cara.

—Claro, voy. Espero poder volver a verte, Pablo. Pronto. Aquí tienes —saqué mi tarjeta de presentación del bolso y se la entregué. Emilia dio un paso hacia adelante para detenerme, pero fue demasiado tarde. El hombre la tomó, emulando una mueca de satisfacción, y me extendió la suya.

—Cuando gustes. Te llamo. Estoy seguro de que podemos servirnos de mucha ayuda en todo esto —señaló el consultorio disimulando una risa casi macabra. Me mordí el labio inferior y reí. *¡Ah, que glorioso!* Me fui de ahí contoneando las caderas mientras él me observaba con lujuria enervante, pasando a un lado de Emilia que emitía radiación por los poros de lo molesta que se encontraba. Azotó la puerta e imaginé que me aguardaba un sermón. Así fue.

—Miranda, se supone que vienes aquí para mejorar tu calidad de vida, no para coquetear con mis otros pacientes —regañó. La miré de pies a cabeza. No vestía como solía hacerlo. Ese día llevaba puesta una falda por arriba de las rodillas y una blusa rosa con holanes al frente, muy sugerente. Pablo le gustaba y estaba marcando su territorio con esta estúpida llamada de atención. Hice acopio de fuerzas para no carcajearme. La frígida tenía su corazoncito, lo cual me dio más gusto del que ella hubiera podido imaginar, sobre todo por

tratarse de alguien que claramente había mostrado gusto por mí, pero ella no sabía que eso era inevitable.

—Lo siento, Emilia. No volverá a pasar —murmuré seria. Esa no era una promesa que sería capaz de cumplir. Las reglas se habían hecho para romperse y, esa regla en especial, era la más tentadora para quebrantar, aunque ella debía saberlo. No obstante, seguía aferrada a sus creencias absurdas, lo cual no daba lugar a esperanza para su vida en general. Me hubiera parecido triste de no ser tan patético.

Luego de un momento más de silencio en el que ella trataba de recuperar la compostura revisando notas de su libreta, mordiendo la punta de su costosa pluma *Mont Blanc*, dio inicio a nuestra cuarta sesión.

—Miranda, ¿cuál es la naturaleza de tu relación con Damián hoy en día?

—Creí haber cubierto esa parte la semana pasada —repelí.

—En realidad, no. Considero importante delimitar lo que sucede en tu vida en el presente para tener un punto de partida para el futuro —apuntaló todavía a la defensiva. Bueno, ella lo pidió. Existían varias clases de combates cuerpo a cuerpo, y yo era experta en todos. *¡Que comience la pelea!* Quería verla destruir sus barreras de contención, que se soltara y demostrara algo más que esto que, francamente, me indignaba y fastidiaba.

—Damián y yo somos amantes, amigos y cómplices. Lo fuimos en la prepa y lo seguimos siendo ahora. ¿Te parecen más claras esas definiciones o necesitas que las explique desde sus orígenes? Puedo hacerte sus declinaciones, si gustas, y ponernos unas cuantas etiquetas de esas a las que estás acostumbrada. Imagino que, algunas veces, este trabajo puede ser muy agotador, tanto como para que tus pacientes tengan que hacerlo por ti.

—Con eso es más que suficiente, Miranda. Gracias —respondió escribiendo algo en la libreta, apoyando tanto la puntilla que escuché el papel rasgarse.

Me recliné en el respaldo del sofá y crucé los brazos delante de mí.

—Si te gusta Pablo, puedo concertarte una cita con él fuera de estas cuatro paredes, claro, eso si no lo has hecho ya tú. Aunque no sé si estás lista para cederle el control. Puede ser muy placentero con la persona correcta. ¡El tipo es un bombón! Se nota que le gusta el sexo rudo y que es un dominante perverso. —Me mordí el labio inferior, batiendo las pestañas con exageración.

—No será necesario —gruñó intentando contenerse con todas sus fuerzas para no soltarme una bofetada. Adoraba ser insolente, porque la gran mayoría



de las personas no tenían idea de cómo tratar con la insolencia. No la veían venir y cuando llegaba, era demasiado tarde para refrenar la rabia que producía en ellas, y muy pocos podían rebatirla con inteligencia y no con las vísceras.

—¡Oh, vamos! Veo que no llevas anillo de bodas, por lo que debes ser una mujer libre e independiente. Nadie puede decirte qué hacer y qué no. Tenerlo ahí, donde estás sentada, sentir el calor que ha dejado su delicioso cuerpo, de seguro es excitante. ¿No te fascina esa sensación de poseer a un hombre, de saborearlo sin necesidad de tocarlo, ahí entre tus piernas, palpitando en tu centro? En lo personal, ¡me encanta!

—¡Ya basta, Miranda! —gritó. ¡Sí! Lo conseguí. La frígida era tan manipulable como cualquier otra persona.

—Oh, perdón. Te he molestado. ¿Te gustan más las mujeres, entonces? Porque eso se puede arreglar también. —Abrí las piernas, dejándole ver que no llevaba ropa interior. El rubor y algo más, cierto deseo, le cubrió las mejillas en forma de una nube rosada. Se incorporó de golpe y se dirigió hacia la puerta.

—Si vas a continuar con este... este... no sé qué que estás haciendo, puedes irte. No necesito pasar por ningún tipo de humillación en mi propio despacho —gimió harta y nerviosa.

—Emilia, ¡mil perdones! No es mi intención...

—¿Qué?! ¿Sacarme de mis casillas? ¡Claro que lo es!

—¿Dónde queda tu profesionalismo? ¿Me abandonarás como lo han hecho todas las personas de mi vida? ¿Me harás a un lado después de que, por fin, tengo una respuesta a la cuestión que me planteaste en la consulta pasada?

Me quedé callada, picando su curiosidad. Me volteé con todo y silla, dándole la espalda. Esperé un poco más. Mi paciencia rindió frutos y pronto la tuve frente a mí de nuevo.

—Gracias. —Hice un gesto con la cabeza para demostrarle sumisión, paz. Necesitaba seguir con esto. Me era imposible permitir que anulara nuestro trato intrínseco paciente/terapeuta. No perdería lo ganado.

—Apreciaría sobremanera que en un futuro te abstuvieras de hablar de cualquier cosa que no sean tus dificultades —exigió cubriendo su rostro con una máscara de serenidad.

—Dalo por hecho —asentí—. Mejor déjame que te cuente cómo fue mi primera vez con Damián, ¿te parece?

—Adelante, para eso me pagas.

Encendí uno de mis cigarrillos y le extendí la cajetilla para invitarla. No dudó mucho en acceder para fumar juntas. Se estaba volviendo una costumbre agradable.

—Desde el festival, él y yo nos convertimos en un estilo de camaradas. Una que otra vez sostuvimos largas charlas sobre temas que a otras chicas de mi edad no les interesaban, pero que fueron haciendo crecer la tensión sexual entre nosotros. ¿Cómo podría explicarlo? Yo trataba de ver quién era él mediante preguntas y escuchaba atenta sus respuestas, aunque se cerraba a la posibilidad de dejarme descubrirlo completamente, mientras que su poder de persuasión sacaba mi lado más primitivo. No me permitía flirtear de forma abierta cuando estábamos juntos. Sin embargo, sabía que él me leía como libro abierto y eso me enfurecía. Los chicos solían hallarme intrigante, misteriosa e incluso un poco loca, y Damián no se inmutaba ante mis encantos. Los usaba como un instrumento en mi contra, lo cual me ligaba cada día más a su persona.

—Damián te tomó la medida rápido —aseveró Emilia, alegre ante esa noción.

—Digamos que no fue necesario; no había medida mía que él no poseyera en sí mismo, por tanto, vio a través de mí como se mira a través de un vidrio bien pulido.

—Lo haces parecer más un dios que un ser humano. —Emilia elevó la ceja y dio otra calada a su cigarrillo.

—Él me ha dicho que es Dios cientos de veces. Es un cabrón engreído —bufé al recordar cuando lo mencionaba. A mí me parecía un comentario tan ególatra que siempre me hacía reír, aunque me daba cuenta de que las demás personas lo creían sumamente pretencioso y desagradable. ¡Ahí radicaba la diferencia entre ellos y nosotros! Nosotros apreciábamos el humor en lo indecoroso, e incluso creábamos formas privadas de burlarnos de la ignorancia de los menos dotados.

—Vaya, me suena a que contraste a tu perfecto rival y aliado —dijo Emilia anotando algo en la libreta. Imaginé sus palabras: “bastardos disfuncionales”.

—Así es. Pues bien, una noche nos tocó encontrarnos en una junta de entrega de calificaciones. Mi padre fue a buscarlas, pero no se quedó a escuchar lo que mis profesores tenían que decir sobre mí. Anel, Francis, Tony —el nuevo novio de Anel—, Damián y yo, habíamos quedado en escaparnos a la playa con el pretexto de tener que estudiar para una exposición importante.

Los papás de Anel le habían regalado un auto nuevo que constituía ahora nuestro medio de transporte. Hablé con Vicente para hacerle saber que no me podía ir con él. Como siempre, no hizo más preguntas, solo me dio su bendición, me pidió que no llegara muy tarde y se retiró. Con eso tenía para ser libre por un buen rato. Wilma estaba de viaje y nadie me estaría jodiendo para regresar pronto a casa.

Nos armamos con una nevera, varios Six-Packs de cervezas, y una botella de whisky. Escuchamos música a todo volumen en el camino. La playa quedaba a solo media hora de la ciudad y no tardamos mucho en llegar. Una vez estando ahí, Tony sacó la guitarra que tenía y yo canté *Santeria* del grupo Sublime. Nunca fui la mejor intérprete del mundo, pero me defendía y, además, ¡a quién carajos le importaba si tenía voz de silbato rajado! Lo que deseábamos era divertirnos, y eso lo lográbamos siempre. Con ellos me podía relajar bastante. No tenía que aparentar más y, como cosa increíble, parecían disfrutar de mi presencia, sin importar lo petulante que pudiera llegar a ser.

Mientras los demás se encontraban en la orilla del mar, Damián se ofreció a acompañarme a una barcaza cercana para poder cubrirme al orinar, puesto que en el sitio en el que estábamos no había baños públicos. Era un lugar privado, solo para nosotros. Es un verdadero dolor en el trasero ser mujer en esas circunstancias, aunque esta vez obró a mi favor.

A mi amigo no le molestaba en absoluto ser honesto en sus pretensiones. Con esto quiero decir que, yo ya sabía que le gustaba, pero que él no deseaba tener nada que ver conmigo en el aspecto sexual porque me consideraba demasiado banal. Había escuchado las historias que se contaban sobre mí antes de que él llegara a la escuela y solía decirme: “Para ser alguien que posee tanto potencial, me causas tremendo tedio”. Yo nos comparaba con *Troy Dyer* y *Lelaina Pierce* de la película “Reality Bites”, aunque él me tomara más como una especie de *Cher* en “Clueless”. Una rubiecita estúpida que no tenía idea de nada en la vida. ¡Asqueroso!

—¿Llegaste a sugerirle que sostuvieran una relación, aun sabiendo lo que pensaba de ti? —interpeló Emilia.

—Sí. Una tarde en casa de Francis, en su balcón. No obstante, no fue tanto una sugerencia como una invitación a que me tomara. Los demás estaban abajo y yo había decidido que no se me escaparía vivo, aunque decliné mi oferta diciéndome que no sería capaz de mantenerme al margen de su vida después de eso, como si fuera una especie de acosadora en potencia.

—¿A qué crees que se refería, en realidad?

—A que me enamoraría de él sin remedio y no le permitiría ser quien era, o sea, un hijo de puta hecho y derecho. La fidelidad siempre lo repelió. Era una creencia ajena y para mí también, pero no me conocía bien. No tenía idea de lo que era capaz de hacer cuando alguien me gustaba de la forma en la que él me atraía. Podía hacer todo, y con todo me refería a incluso a alejarme de ser necesario. Mi etapa de noviecitos insulsos había acabado y llegaba el momento de dar un paso más, de vivir algo más intenso, algo que solo Damián me podía ofrecer. Ese día lo besé por primera vez y respondió a ese beso favorablemente para luego cerrarme el paso con esta frase: “Miranda, con el tiempo aprenderás que lo que buscas está en lo tradicional, eso que yo odio. Te casarás, tendrás una familia y lo lamentarás cada día de tu existencia, pero esa eres tú, lo admitas o no”.

Lo detesté por el rechazo. Nadie, nadie me había repelido de esa forma con anterioridad, ni siquiera Augusto. A ese bastardo yo lo había empujado lejos. La magnitud de mi coraje fue estremecedora. Quise soltarle una bofetada, ahorcarlo o lanzarlo por el balcón. Sin embargo, no hice nada. Respiré profundo y me juré que le demostraría que estaba en un error y que, tarde o temprano, lo haría comerse sus palabras. Dejé que el tiempo pasara sin hacer nada más para convencerlo de su equivocación y creo que eso funcionó. Aprendí que yo tenía otro nivel de adaptación. Cambié mucho, a pesar de seguir siendo la misma por dentro. Lo único que me movía era el deseo y dejé atrás a la chiquilla que buscaba ser popular para convertirme en la jovencita que se restringía a los ojos de los demás, al menos por un tiempo considerable. Como siempre, no daría un paso que no fuera para mi beneficio, sin importar cuántos cadáveres dejara en el camino.

Continuando, me escondí tras la barcaza para hacer lo mío en lo que Damián esperaba a una distancia no tan lejana. Cuando terminé, salí a su encuentro. Los dos estábamos algo ebrios.

—Ya podemos regresar —dije adelantándome un paso. Los hombres son seres de necesidades primarias, de eso no me queda duda alguna. Basta la provocación correcta para tenerlos entre las piernas. En mi caso, haberle concedido un espacio a Damián, finalmente pagó.

—Ven aquí. —Me sostuvo de la muñeca y me jaló hacia él, pegándose a su cuerpo. Me llevaba algunos centímetros de diferencia en altura, cosa que me encantaba. Su olor, ese que me hipnotizaba, surtió efecto, dejándome a su merced.

—Los demás pueden vernos. Sé que no quieres eso.

—¡A la mierda lo que digan los demás! —manifestó con espontaneidad e insertó su boca en la mía. No fue un beso lento y tierno. Fue algo similar a querer devorar cada parte del otro. Me mordió el labio inferior y, sin delicadeza alguna, introdujo su mano entre mis pantalones para tocarme el húmedo clítoris en lo que su otra palma me sostenía de la espalda. Yo jadeaba descontrolada, anhelando que me cogiera ahí mismo. Sus dedos se movieron hasta conseguir entrar en mí. Nunca antes había conocido a alguien que, con su solo toque, me causara tal estremecimiento. Metió dos dedos en mi vagina y acarició un punto por dentro que me hizo gritar. Cubrió mis aullidos con sus labios, absorbiendo cada gota de saliva como si se tratara del líquido que fluía por su mano, a la que había empapado. Frotó por un rato más, forzándome a que describiera lo que sentía.

—Dime, ¿te gusta? ¿Te gusta que te tenga así, desamparada, rogando que te haga terminar? ¿Lo disfrutas, Miranda?

—Sí, sí —jadeé, retorciéndome en su abrazo implacable.

—¿Quisieras que, en lugar de mis dedos, fuera mi miembro el que te penetrara? —Hizo que lo mirara. Le gustaba ejercer ese poder sobre mí, y a mí me gustaba más.

—¡Oh, por Dios! Sí, Damián.

—¡Dilo! ¡Pídeme que te folle hasta que no tengas consciencia! Pídeme que te domine —ordenó inclemente. Me costaba mucho trabajo articular algo coherente. Me untaba en él todo lo que podía. Movía las caderas como poseída por un demonio hecho solo de lujuria. Conseguí frotarle el pene por encima del pantalón y lo hallé magnífico. Nada nos sostenía más que nosotros mismos. No tengo idea de cómo le hizo para desabrocharse los jeans e invitarme a que lo masturbara. Su pene era sedoso al tacto, aunque muy duro, y también estaba dejando escapar humectación. Tenía ganas de lamerlo por completo y darle tanto placer como él me daba. Eso fue algo inesperado.

—Domíname —jadeé. Su energía me envolvía y no había manera que la frenara si él no lo deseaba. Cedí. Le di el control y nunca antes me sentí tan plena, tan enloquecida.

—¡Chicos!, ¿siguen ahí? —llamó Francis, frenándonos en seco. Damián me liberó y casi pude verme a mí misma con el cabello todo revuelto, la blusa fuera de su lugar —porque también había succionado mis pezones—, y los vaqueros desajustados. Nos acomodamos las vestimentas y salimos.

—Aquí estamos —dije tratando con el alma de acompañar mi respiración con mis pensamientos. Mis bragas estaban empapadas de mi esencia y, suponía

que sus bóxers, también de la suya. Francis nos echó un vistazo y de inmediato comprendió lo que sucedía, aunque no dijo nada en absoluto. Regresamos al círculo que los demás habían formado y nos calmamos por un rato, pero no tardamos mucho en besarnos de nuevo, esta vez sin importar quién nos veía. Podría asegurar que, si Anel no nos hubiera frenado, hubiéramos cogido ahí mismo, delante de todos.

Mi amiga me llamó para acompañarla al auto a buscar la botella de whisky y me separé de Damián, no sin dolor.

—¿Estás loca, Miranda? ¿A dónde pretendes llegar con Damián? ¡No es nadie! ¡Va a arruinar tu reputación en la escuela! —regañó pobrementemente.

—Ya no existe reputación que arruinar y, además, ustedes no van a decir ni una palabra de esto. Es algo entre nosotros dos y tienes que respetarlo —exigí como una orden.

—De acuerdo —levantó las manos en son de paz—. Me aseguraré de que nada salga de aquí, pero serán novios, ¿no? ¿Cómo evitarás que esto se sepa tarde o temprano?

—¡Nada de noviazgos ni estupideces, Anel! Somos lo que ves y ya. No trates de definirlo porque te vas a quebrar la cabeza —desprecié—. Así de sencillo. Damián y yo somos amigos con un toque de algo más. Ya he tenido experiencia en esto, tranquila.

—No, Mindy, es distinto. Lo puedo ver en tus ojos cuando lo miras. Estás como loca por él. Si sigues así, caerás en tu propia trampa y saldrás muy lastimada.

Aprecié en verdad su ingenua advertencia. Cierto que Damián era algo distinto a todo lo que viví, y por eso lo quería, lo anhelaba. Sin embargo, no lo amaba. No. ¿Cómo podía explicárselo si yo no era una chica común? Lo que a ella le afectaba, a mí ni en mil años me tocaría, no desde que lo había decidido de esa manera.

—Gracias, An. Eres una buena amiga —murmuré casi vomitando ante las melosas palabras, pero ella merecía algún tipo de reconocimiento a su esfuerzo; algo así como una palmadita en el hombro al terminar una dura competencia que le hiciera saber: “Hiciste un buen trabajo, chica”.

Nos emborrachamos. La brisa salina me golpeaba el rostro y se mezclaba con el olor de Damián, que me tenía entre sus brazos. Acomodé mi cabeza en su regazo y él se agachó para comandar:

—Te quedarás en mi departamento, Mindy.

—Papá me matará —refuté insulsa.

—Vicente puede meterse un palo en el trasero si gusta. Con una batidita de pestañas lo convencerás mañana de que te quedaste a dormir con Anel porque estabas muy cansada. Sabemos bien que la fiera no se encuentra y que no hay nadie que pueda detenernos.

—¿Por qué? ¿Qué piensas hacerme? —inquirí mordiéndole el labio inferior.

—Lo que te prometí. Voy a cogerte hasta que no sepas ni quién eres.

Sonreí ante aquella peligrosa y pecaminosa promesa.

De regreso, no paramos de tocarnos y estimularnos. Francis venía a nuestro lado, privado por completo. No conseguimos llegar a su departamento para finiquitar nuestros asuntos. Damián le dijo a Tony que subiera todo el volumen del estéreo, que casi estallaba con la canción de George Michael, *Fast Love*. ¿Recuerdas lo que te dije de mis expectativas la primera vez que tuve relaciones con Raúl? ¿Esa fantasía estilo Hollywood que me había creado en la mente sobre cómo debía ser un orgasmo, sobre cómo para mí follar era similar a practicar una misma religión donde todo debía estar en sintonía perfecta? —cuestioné a Emilia. Ella asintió—. Eso fue lo que experimenté cuando estuve con Damián en ese auto. La incomodidad fue lo de menos, mis inesperados gritos, también, porque habría de descubrir que era la mujer más ruidosa a la hora de venirme estando con él... y durante el proceso también. Damián se bajó los jeans y se deshizo de los míos como si fueran nada. Me sentó sobre su miembro y el universo desapareció, expandiéndose en mi interior al mismo tiempo. Lo percibí muy claro adentrándose en mí, llenándome, acribillándome. Se movió bravo, fuerte, con un poderío exquisito, de adelante hacia atrás, sin concederme un milímetro de piedad. Ni siquiera me di cuenta de lo que Anel y Tony hicieron para simular que no estábamos ahí. Yo nunca quise algo racional con Damián y, el producto de nuestra aventura, fue una demencia que me consumiría indefinidamente. Alcancé el clímax no una, sino tres veces esa noche. Dos en el auto y una más cuando llegamos a su departamento y me tomó de nuevo. Encendimos velas aromáticas y pusimos algo de rock en inglés. Me lanzó a la cama y percibí el fuego que emanaba de nuestros cuerpos. Nos desnudamos con rapidez, profundamente intoxicados con lo que acontecía, y dejé que maniobrara a su antojo. Me colocó en posiciones que desconocía hasta ese entonces, besó y lamió cada rincón de mi cuerpo y me llevó paso a paso a hacer lo mismo con él, atreviéndome a cosas inesperadas que lo excitaron sobremanera. Ambos jadeábamos y gritábamos, diciéndonos palabras obscenas, desatándonos en

una perfecta simbiosis de locura que contenía todo y nada a la vez, robándole un instante a la perversidad. Al acabar, nos bañamos en oscuridad casi absoluta y luego nos dormimos abrazados. Damián vivía con un amigo de su escuela anterior a pesar de ser un alma independiente. Yo era su desahogo y lo aceptaba, con lo que fuera que esto implicara.

Cuando despertamos, fue como despertar de un sueño, y lo digo de forma literal. Parecía que nada hubiera ocurrido. Se portó seco y distante conmigo. Al principio me desconcertó, aunque no tardé en acoplarme a sus modos. Tomé un café, me duché y salí de ahí, dándole un beso en la mejilla. No quería ser una molestia o comenzar a sentirme como una, así que debía huir. Mientras iba en el taxi de regreso a casa, recordé sus manos en mis muslos, en mi trasero, marcándome; sus besos poco castos en mis senos, cubiertos de su saliva, absorbiendo mi sudor. La forma en la que me posicionó de cuatro patas para cogerme con dureza, golpeando fuerte su pelvis bien delineada en mis nalgas; mis piernas sostenidas por sus palmas que habían dejado cardenales rojos que no tardarían en tornarse morados; sus quejidos de hombre que jamás había escuchado antes, un estilo de gruñidos combinados con jadeos, y mi lengua lamiéndole el cuerpo entero, hasta la punta de los dedos de los pies, lo cual le hizo perder la cabeza. Dejar la vida en una cogida. ¿Alguna vez has experimentado algo así? —le espeté a Emilia, corrigiéndome de inmediato—. Perdón, nada personal.

—Y ¿cuál es tu respuesta a la pregunta que te planteé la sesión pasada? ¿Lo dejarías? ¿Abandonarías a Damián para sanarte?

—No, nunca.

—Pero si dijiste que...

—Dije que me había planteado la pregunta y la había analizado bien. Dije que alguna vez pensé en hacerlo, pero mi respuesta es no. Sin Damián, los días serían una interminable y fatídica rutina que acabaría conmigo. Él me brinda ese “algo” que transforma mi tedio en una *affair* interminable. Es solo cuestión de pieles combinadas en una armónica y sensual fantasía que se convierte en realidad al estar juntos, Emilia. No te desgastes el cerebro en tratar de entenderlo, porque perderás la razón —advertí como alguna vez le había advertido a Anel. Me paré para irme, dejándola con miles de inquisiciones más en la mente.

—Lo dudo mucho —rio condescendiente. La miré con los ojos entrecerrados.



—Espero por tu bien que así sea —mofé. Ella negó con la cabeza, frustrada.

—¿Qué pretendes de la terapia, entonces? —repitió—. Debo saberlo, de verdad. No tiene sentido alguno y no podré ayudarte si no estás dispuesta a hacer algo por ti.

—Créeme, lo estoy haciendo.

Me coloqué las gafas oscuras y salí de ahí. Al llegar al estacionamiento, junto a mi auto, vi parado a Pablo y me sorprendí.

—Debí suponer que aguardarías por mí —susurré abriendo la portezuela de mi auto, sonriendo grandemente.

—Hay algunas cosas por las que vale la pena esperar hasta un siglo —aseguró aproximándose.

—Me halagas —lo admiré, cerrando la puerta, observándolo a través de la ventanilla polarizada. Sus ojos me llamaron y, por fin, luego de un rato, bajé la ventana—. ¿Vas conmigo o traes tu auto?

—Por supuesto que voy contigo, preciosa mujer —esbozó una risilla pícaro y me besó la mano, subiéndose a mi Mustang, forzándome a encenderlo mientras me besaba e introducía su mano entre mis piernas para masturbarme. Sonreí y me dirigí hacia algún sitio desconocido, solo porque eso lo hacía todo más interesante.

—Voy a cogerme al chico de mi terapeuta —bromeé sádica.

—Y yo me cogeré a la chica “loca” de la terapia. Presiento que esto va a ser muy bueno —carcajeó y partimos.



## Breve Intermedio



Había encendido la televisión mientras me daba un baño, preparándome para dormir. La puse en el canal de MTV porque la música siempre me había gustado y ahí tenían los videos más actuales. Ahora que estaba yendo con Emilia, todo alrededor parecía estar hecho de alguna melodía; cada momento que viví, cada roce, cada palabra significativa, cada rechazo, elevación y caída. Por ejemplo, el presente se escribía al ritmo de *Maroon Five* con su nuevísimo single *Makes Me Wonder*, que era lo máximo, y me había puesto a tronar dedos, mover caderas y gritar a todo pulmón su letra:

*God damn, my spinning head  
Desitions that made my bed  
Now I must lay in it  
And deal with things I left unsaid...*

¡Vaya que lidiaba con cosas que había callado!, y tendría que seguir hasta el final. Alguna vez, una de las mascaradas de mi pasado, fue cantada por *Bryan Adams*: cuando me propusieron matrimonio con *Have You Ever Really Loved a Woman*, una pregunta aún sin respuesta o significado real. ¿Alguna vez has amado a una mujer? Yo no, aunque claro, ¡yo no había amado a nadie! ¿O sí? Ustedes, espectadores silentes e invisibles de mi vida, ¿qué dicen? Les daré una pista porque deben estar un poco perdidos. La más hermosa e invariable tonada de mi alma, era sin duda alguna aquella que sugería un ADIÓS que yo descarté en mi última sesión de terapia. Para ser sincera, ni siquiera tuve que pensarlo. Desde que Emilia formuló esa nefasta pregunta, mi respuesta automática fue ¡NO! Así es, con todo y signos de exclamación. Nunca dejaría a Damián, me era imposible. No se trataba de una elección, él era yo y yo era él. Nadie en su sano juicio pensaría en arrancarle un órgano vital a un ser humano; pues eso sería lo que harían conmigo si se atrevieran a sugerir que me alejara de él... y alguna vez, ocurrió.

*I've always been in love with you  
I guess you've always known is true  
You took my love for granted, why, oh, why!*

*The show is over, say goodbye...*

La repasaba en mi cabeza mientras intentaba deshacerme del nudo en mi garganta, amarrando irónicamente el de mi bata. *Take a Bow* de *Madonna*, la mujer que no pasaba de moda en ninguna época, se elevaba alrededor como si mi piel estuviera hecha de sus notas. Se preguntarán ¿cómo alguien como yo, que se supone que no tiene sentimiento alguno y jamás lo tuvo, es capaz de experimentar la potencia del dolor de una rotura infame de corazón al escuchar aquella melodía, y revivirlo como si estuviera sucediendo en este instante? ¿Cómo? Me extraña. Para ahora, ya deberían haberse dado cuenta que digo mucho sin decir nada en realidad, y que la mitad de las cosas que hago, no tienen que ver con las que externo o pienso. Las mentiras se me dan de forma natural, sobre todo si al mentir lo hago conmigo misma. ¡Soy el colmo de la perfecta imperfección! Una contradicción andante. La mejor expresión para describirme sería “indescifrable”. ¿Alguna vez se han sentido así, como que su mente no les pertenece? ¿Como si alguien más, ajeno a ustedes, manejara los hilos de su cordura o locura? ¿No? Decía un poema que una de mis autoras favoritas escribió:

*“La mano que toca lo que toco, me posee, pero yo no la siento.*

*El pie que camina mis caminos, es mío, pero yo no lo veo.*

*La risa que aflora en mis labios, es mi perdición, pues de ella surgen mis  
lágrimas.*

*Y las lágrimas que derramo, no son nada, solo el reflejo de un latido que no  
me pertenece”.*

Extraño, ¿verdad? Pues más extraño es identificarse con esa “nada” inexplicable.

—Chiquilla, ya llegué. ¿Estás decente? Porque si lo estás, asegúrate de perder esa decencia en exactamente un minuto. Voy a ducharme y vienes conmigo —comandó la voz ronca y sensual. Sonreí, quitándome todo lo que llevaba encima.

—A sus órdenes, mi señor —murmuré y corrí juguetona hacia él, embebiéndolo de un solo y devastador beso que duraría tanto como la noche.



## “Sesión V”



—Pasaron dos semanas, tres, y mi situación con Damián se intensificaba —expliqué a Emilia, bebiendo un sorbo del café que muy amablemente me había ofrecido su asistente. Me parecía que la psicóloga estaba tratando de jugar sucio para llevarme a alguna parte que ella pudiera comprender y, debía admitir que, ese día en particular, lo conseguiría, no sin que yo diera mi consentimiento por anticipado en mi mente. Repito, nunca dejaría que alguien llegara a mí si no lo deseaba—. En tres o cuatro ocasiones, fuimos a su departamento para repetir nuestros encuentros. La pasión que existía entre nosotros era innegable, pero lo curioso es que no permitíamos que nadie la notara. En clase, éramos dos amigos normales que se hablaban, bromeaban, reían y, algunas veces, con frecuencia, peleaban. Éramos como el agua y el aceite para las cuestiones de vida. No así para la cama. En el lecho parecíamos la fusión perfecta, moviéndonos en coordinación, danzando en una melodía que únicamente nosotros interpretábamos. Nunca me había dado pena hablar cuando cogía con alguien, decir lo que quería y esas cosas. De hecho, antes de conocerlo, yo era guía la mayoría de las veces. A su lado, permanecía callada la mayoría del tiempo, y cuando hablaba, era para expresar lo que él necesitaba escuchar: “Sí”, “No”, “Fóllame”, “Hazme tuya”, “Te pertenezco”, “Sí, me fascina por atrás...” lo clásico, eso que hace sentir poderoso al que te está tomando, solo que, en mi caso, en serio vivía cada palabra. Él poseía mi cuerpo y mi convicción, y su efecto mágico que desvanecía el exterior o cualquier preocupación, se acentuaba en sus besos, caricias, mordidas, rasguños y uno que otro azote en el trasero. Mucho fue nuevo a su lado en pocos días. Nunca antes hubiera permitido que un hombre me penetrara en otro lugar que no fuera la vagina porque sabía que dolía mucho, y con Damián, que tenía el cuidado de lubricarme muy bien el área con la lengua y otros artilugios, fue una experiencia que ansiaba repetir —y lo hice decenas de ocasiones—. Poner en frases lo que experimentaba sería restarle esa energía de contenido natural. Incluso llegó a provocarme orgasmos múltiples y las llamadas eyaculaciones

femeninas, que son como ir al mismo cielo y de regreso en microsegundos.

—¿Tan extremo era para ti hacer el amor con él? —preguntó Emilia dándole una calada a su cigarrillo.

—¡Oh, sí! —asentí con vehemencia.

—Y sigues insistiendo en que jamás fuiste capaz de “sentir” nada en realidad... ¿Qué es para ti experimentar alguna emoción? El miedo, la alegría de cualquier clase, el temor, el rencor, el odio y muchas otras cosas que has descrito en los días que te he visto, son eso precisamente, emociones. Creo que has errado tu propósito al buscarme. Creo que, lo que tratas de hacer aquí es “desenredarte”. Obtener un diagnóstico para poner un nombre a lo que piensas que eres.

—No sé, Emilia. He hablado más en estas sesiones de lo que jamás lo he hecho en la vida entera. Será mejor que tú decidas lo que puedes o no asimilar de mi persona. Lo demás, lo deshechas, como yo lo hago —sonreí. ¡Bien! Nos íbamos acercando a la meta.

—No censuro o asimilo nada de ti, Miranda. Solo escucho.

—Entonces, escucha —demandé—. La escuela nos invitó a una convención donde las mejores universidades se presentarían para ayudarnos a elegir lo que queríamos hacer el resto de nuestros días. No es fácil asistir a un sitio tan falso. Considero que un bufete de abogados tiene más posibilidades de ser realista y de obtener justicia, que una convención de universidades. Te dicen: “Si tienes tal o cual habilidad, este es tu sitio”. “Si no estudias esta o la otra carrera, no tendrás posibilidad de abrirte camino en la vida”. “Sin una licenciatura, no eres nadie”, y absurdos enunciados por el estilo. Desde que nacemos, somos programados para no volar. Nos cortan las alas con los “no, no, no”, y omiten la vasta posibilidad de logros que un “sí” obtendría en una lucha cuerpo a cuerpo con nosotros mismos. Pero eso lo vamos aprendiendo si nos salimos de lo convencional.

—Nunca antes te escuché tan filosófica —rio Emilia con auténtico agrado.

—No digo nada más que la verdad —aseguré y seguí.

—Llegamos en el autobús del instituto y nos bajamos para pasear por los pasillos del enorme centro de convenciones, admirando “nuestro futuro”. Cuando llegamos al *stand* de una pequeña escuela cuyo letrero decía: “Bienvenido al mundo”, nos detuvimos de inmediato. Era un diminuto espacio de dos por dos metros con tres sillas donde estaban acomodados maestros muy jóvenes. Tenían una mesa en frente y algunos folletos puestos en abanico en ella, una bocina con música de un idioma extraño, y la parte trasera estaba

adornada con una lona en la que resaltaba un símbolo muy parecido a la Torre Eiffel, con los colores de la bandera de Francia, y decía en letras grandes: “Tecnología Turística Total”. Abajo se podía leer cosas como: Licenciatura en Lenguas Modernas, Licenciatura en Turismo, intercambios al extranjero, cursos extracurriculares de alemán, entre muchas otras cosas que encendieron varios focos en nuestras mentes. Hablo en plural, porque tanto a Damián como a mí, nos afectó esa pobre, aunque llamativa, publicidad. Nos acercamos y tomamos los folletos que contenían el horario de las clases y las materias que se verían durante cada semestre de la licenciatura. De inmediato, elegí la carrera en idiomas, porque, primero que nada, era muy buena para el inglés y suponía que para cualquier otro lenguaje también, y segundo, había respondido las tres preguntas básicas que me planteé cuando Wilma exigió saber qué carajos haría cuando saliera de la prepa, destacando el hecho de que no me soltaría ni un centavo más si decidía dejar de estudiar, como ya había comentado alguna vez. Pregunta 1: ¿Para qué tengo facilidad? Refiriéndome a alguna materia en específico. Inglés, sencillo. Pregunta 2: ¿Qué es lo que detesto y nunca quiero volver a estudiar? Matemáticas, sencillo. Pregunta 3: ¿Qué carrera, además de gustarme y no contener matemáticas, me daría una mayor posibilidad de crecer, ganar bien, tener un campo amplio de trabajo, y lo más importante, que me permitiera largarme de casa? Pues bien, esa escuelita casi insignificante, consiguió con éxito llenar mis expectativas. Para Damián fue más simple. Él solo quería un sitio que le diera la oportunidad de expandir sus horizontes —queriendo decir, conocer a más mujeres que fueran interesantes o menos insulsas—. Así que, recuerdo que nos miramos y sonreímos, sabiendo a la perfección que nos quedaban algunos años más para, sin obligación, seguir en contacto, lo que me alegró inevitablemente.

—¿Te veré ahí? —cuestionó elevando una de sus tupidas y masculinas cejas.

—Por supuesto. —Le guiñé el ojo y nos quedamos un rato más a resolver dudas y charlar con los maestros que estaban a la mesa. Resultó que uno de ellos era de origen canadiense y, la amplitud de su pensamiento, terminó de convencernos. El futuro pintaba muy interesante y lleno de posibilidades, por primera vez real en la vida y, junto a mi mejor amigo y amante, mi universo estaba completo. Fui feliz. Puedo decir que, en ese segundo, lo fui, tal vez.

Emilia lució de lo más sorprendida, aunque no dijo nada.

—Tenía que festejar el acontecimiento, así que me llevé a Damián conmigo a uno de los sanitarios públicos y le pedí que me cogiera. Estaba



lleno, pero nuestra presencia y furor ahuyentó a las chicas. Nos besamos y me pegó contra la pared, bajando mis jeans y los suyos para penetrarme. Ya había empezado a tomar anticonceptivos para evitar sorpresas desagradables, por lo que le abrí el camino entre mis piernas, introduciendo su miembro erecto y viril en mí, jadeando, colgándome de su espalda y mordiendo su clavícula.

—¿No te parece genial que podamos seguir así por cuatro años más? — gemí a su oído en lo que se empujaba en mi interior. Noté que disminuyó la potencia de sus acometidas, resbalándose en mis paredes con menor premura —. ¿Damián? —inquirí lamiéndole el lóbulo de la oreja.

—Sabes que querré estar con otras personas, ¿verdad? —siseó sin parar por completo.

—Claro, no soy estúpida —gruñí por lo bajo.

—Debía dejarlo claro, Miranda. No quiero que te hagas ilusiones de alguna otra cosa que jamás podría pasar —musitó clavándome las uñas en los muslos, besándome profundamente, sumergiéndome en un silencio sepulcral. Esta vez no terminé, aunque él sí. Solía ponerme loca el hecho de pensar que acabara dentro de mí, porque así, de alguna forma singular, lo llevaría el resto del día conmigo. Era un pensamiento iluso, pero me confortaba y hacía que me humectara a cada rato, causando que me masturbara donde pudiera. Solía revivir cada instante a su lado en mi mente como si se tratara del presente, construyendo ilusiones sin ser plenamente consciente de ello, y lo disfrutaba sobremanera porque mi mente me recompensaba con una buena dosis de endorfinas y casi podía asegurar que no me costaba llegar al clímax al menor intento. Sin embargo, esa tarde me sacó de la jugada. No me había agradado nada su abierto rechazo. Digo, no éramos precisamente Romeo y Julieta, ¡con mil carajos!, pero ¿era necesario plantearlo con tan poca delicadeza mientras seguía en mi vagina? ¿Por qué? ¡¿Por qué creyó importante recalcarlo?! ¿Acaso me estaba volviendo una acosadora que no podía vivir sin él? ¿Acaso no respiraba si no lo tenía cerca? ¡¿Acaso mi planeta rotaba sobre su eje, maldito hijo de puta engreído?! Me enfurecí. No, no. La furia es un estado mental alterado de ira. Yo estaba iracunda, que se define como la pasión del alma que causa indignación y enfado. Damián había pegado a uno de mis puntos negativos y, por su bien, debía alejarlo. De no hacerlo, probablemente lo mataría.

Me limpié con una de las servilletas para manos del sanitario y salí sin decir nada. Él me siguió, suponiendo que todo estaba bien. Entramos de nuevo al recinto de los *stands* y visualicé lo que me rodeaba. Di con Diego, un chico

que se moría por mí, pero al que no le prestaba atención alguna. Me dirigí hacia él a pasos agigantados y le di un beso en la boca que dejó atónitos a sus amigos, que comenzaron a lanzar aullidos a diestra y siniestra. El chico me miró, totalmente asombrado e incrédulo, y me devolvió el beso de una manera más tierna. Yo quería pasión pública, una demostración abierta de que Damián me valía dos mierdas. Una vez que Diego y yo nos separamos, eché un vistazo a la lejanía y descubrí a Damián carcajeándose, negando con la cabeza, yéndose hasta el otro lado del centro de convenciones con Luisa que lo había llamado. No había en su rostro ni un ápice de molestia, de sentido de pertenencia, ¡nada! Me quedaba claro que la única que estaba haciendo el ridículo en el lugar, era yo, y eso me hizo explotar. Boté a la basura a Diego de un empujón y salí a buscar a Francis, el único que parecía entenderme, o al menos, escucharme.

—¿Dónde has estado, tarado? —demandé llevándolo hacia el área de cafetería.

—Aquí, Mindy. ¿Qué te pasa? Los chicos de la escuela Patria están para comérselos, y ya que consigo el número de uno, me alejas de la escena. Yo también tengo una vida, ¿sabes?

—¡Claro que no tienes una vida si yo te llamo! —Negué con la cabeza, casi confirmando la obviedad del asunto.

—Algunas veces me dan ganas de... —dejó el enunciado sin terminar—. ¿Qué quieres, mujer?

—Damián y yo acabamos de coger en el baño —solté como si eso definiera la extensión de mi molestia. Me estaba mordiendo las uñas del coraje.

—¿Y necesitabas presumírmelo? —inquirió mi amigo, enojado.

—¡No, claro que no! No terminé. —Metí la mano al bolsillo derecho de sus jeans y saqué el cigarrillo que siempre llevaba guardado en una cajetilla desgastada. Ese día comencé a fumar y ya no pararía. Lo encendí para su pasmo y di una profunda calada.

—¡Ajá! ¿Y eso te hace robarme mi único cigarro y joderme una cita porque...? ¡Estás como una cabra, Mindy! ¡Carajo! ¡¿Qué coño te pasa?! Me lo explicas o te dejo aquí como la demente que pareces —reprobó, haciendo ademanes exagerados.

—¡No entiendes nada! Estábamos cogiendo, pero antes decidimos ir a la misma universidad. —El cigarro me hizo toser sin control, pero, aun así, seguí fumándolo.

—¿Y? ¿Estás enojada porque tu perfecto mundo se va a convertir en un constante ir y venir de folladas en baños públicos y orgasmos sin límite? —arguyó irónico, mirándome con los ojos entrecerrados.

—¡El muy pendejo me dijo que no esperara tenerlo cuando estuviéramos ahí! ¿Qué se cree? ¿Quién se cree? ¡Piensa que yo no lo sabía! —grité perdiendo el resto de mi cordura, si es que me quedaba alguna.

Francis me insertó las pupilas y negó con la cabeza.

—¿Qué pensabas que iba a pasar, preciosa? ¿Que se iba a enamorar de ti por tu linda cara y trasero? El hombre es libre. ¡Él es libre! Puede hacer con su verga lo que quiera y nadie, menos tú, lo va a detener. En serio, no puedo creer que eso te haya puesto como una energúmena. Ni siquiera te reconozco —alegó viéndome con condescendencia. Esa era una mirada que alguien como yo, no soportaba.

—¿Estás de su parte?

—Nada de eso. Tú eres mi amiga. Pero sé de hombres y créeme, él es una clase muy distinta a la que hayas tratado antes. Estás metida en un lío, Miranda.

—¿Por qué dices eso? Solo estoy molesta porque no había razón de que apuntalara con lo obvio —chillé como niña.

—Si lo hizo, es porque sabe que para ti no es obvio, cielo. Deja eso atrás. Damián no es lo que buscas. Te hará mucho daño —advirtió.

Respiré profundo y lo devoré con la vista.

—Nadie, escúchalo bien, nadie tiene ese poder sobre mí, Fran.

—Él sí, y me extraña que te empeñes tanto en negarlo.

Me arrebató el cigarro que estaba a punto de acabarse, dio una calada, lo lanzó al suelo y lo pisó, para luego alejarse de mí. Me quedé en medio de la nada, escuchando resonar sus palabras una y otra, y otra vez, en mis oídos. Tenía razón... tenía mucha razón, aunque jamás lo admitiría en su cara. Me fui de ahí y caminé hacia donde se hallaba estacionado el autobús. Al poco rato, llegaron todos. Me bastaron esos minutos de claridad para calmar mi enojo y comenzar a preguntarme, ¿por qué estaba tan mal con todo esto? Terminé por responderme que debía ignorar cualquier vestigio de debilidad y hacer como que nada había pasado, acercarme a Damián y mostrarle que no le fallaría ni me fallaría; que en mí podía tener eso que le ofrecí al inicio, cero sentimientos, cero arrebatos infantiles, cero irracionalidades. Lo vi aproximarse poco a poco y me crucé de brazos en una posición sexy. No me importó que viniera con Luisa.

—Hola, Luisa —saludé con aire inocente para luego dirigirme a él—. ¿Vas conmigo, como venimos?

—No, chiquilla. Me regreso con la linda Luisa que se siente muy solita sin mi compañía —guiñó el ojo—. Pero el lugar junto a Diego está vacío.

Entró al autobús burlándose abiertamente de mí. No seguí sus “consejos”. En cambio, tomé el asiento que estaba al lado de Francis, sacando casi a punta de golpes a Vianey, la chica que vino con él. Fue una larga tarde.

—Luego de eso, ¿su relación mejoró o empeoró? —preguntó Emilia. Había algo distinto en su mirada. ¿Simpatía, acaso? Sí, algo así. Reí en mis adentros y contesté.

—Al día siguiente, lo fui a ver a su departamento. Me recibió con esa risa suya que tanto adoro, esa que no demuestra nada en realidad, pero que te invita a creer lo que sea que quieras creer de ella.

—Discúlpame por ser tan infantil ayer —dije de inmediato—. No tengo ningún derecho de... o sea, yo no quiero. ¡Uff! —Saqué aire para luego respirar más acompasadamente—. Somos amigos y te quiero. ¿Podría ser eso aceptable para ti? Me has hecho conocer lugares de mi persona que no sabía que existían y me cuesta pensar que podría perderte, y me enojé. Sin embargo, no tiene nada que ver con tus relaciones con otras mujeres, así como tampoco tiene que ver con las mías con otros hombres.

Agachó la cabeza, rascándose la nuca en son de duda. Luego levantó la vista y me dejó helada, como siempre, poniéndome nerviosa.

—¿Segura? No quiero más dramas, Miranda —pronunció tranquilo, relajado hasta un punto críptico.

—Seguro. —Levanté la mano como promesa—. Nunca más nada de eso.

—El semestre ya está acabando y faltan semanas para graduarnos y para las vacaciones. Saliendo de este infierno, tengo planes en los que no necesariamente figuramos tú y yo. Eres preciosa, y adoro, adoro, que no te quepa duda, como cogemos. Pero nada más. —Su voz era cálida y a la vez tan dura como el hierro. No mostraba expresión alguna. Me costaba interpretarlo. Con él no se leía entre líneas porque no existían esas líneas extras para leer. Era claro y conciso. Sabía que, si aceptaba, estaba firmando una sentencia que inutilizaría cualquiera de mis encantos y, por supuesto, dije que sí.

—De acuerdo. No hay problema —solté en un suspiro.

—Entonces, ¡ven aquí! Que me muero por follarte otra vez. Me dejaste deseando más ayer —rió y todo lo demás pareció un detalle irrelevante. Colocó un poco de música, rock en español que le gustaba tanto, algo de Soda

Estéreo y Caifanes. Me prendió de las caderas y me tiró a su cama. Damián tiene esa posibilidad de hacer del momento más irrelevante, algo inolvidable. Yo llevaba puesto un vestido de flores y no traía ropa interior. Cuando lo levantó, se dibujó en sus facciones una sorpresa divina que me causó risa y placer.

—Gracias por facilitarme las cosas —susurró con su ronca voz y metió su cabeza entre mis piernas, mordiendo la parte de adentro de mis muslos, lamiéndolos, haciéndome caer lentamente en su embeleso. Una vez que llegó a mi centro, absorbió su aroma—. No sabes lo mucho que me encanta como hueles aquí —apuntó con el dedo, introduciéndolo un poco en mi cavidad. Luego lo apartó y siguió—. Pero me gusta más su sabor. Me hace perder la cabeza.

Su lengua inclemente recorrió los labios de mi vagina, abriéndose camino más profundo, degustando mis jugos que eran solo para él. Mis pobres manos contrabajo pudieron aferrarse a las sábanas para aguantar sus embestidas. Se bebió todo de mí y, lento, se metió en mi centro, penetrándome con esos instrumentos de tortura. Alternó sus dedos con sus lameteos, haciéndome plañir de placer. Lo que me fascinaba es que él también jadeaba. Disfrutaba de su manipulación tanto como yo. Me tomó con fuerza de las piernas y me volteó de golpe para que mi trasero quedara a su merced. Lo elevó hacia su rostro, metiéndose por completo, poseyéndome de todas las formas en las que alguien puede ser poseído a lengüetazos. “Persiana Americana” de Soda Estéreo, tronó en sus bocinas de alta fidelidad, y yo me ausenté de la realidad.

—Quiero cogerte con la boca —chillé suave, en una petición sumisa.

—Mi miembro es todo tuyo, cariño —cedió. Me sentó en la orilla del lecho se colocó en posición y me lo dio a probar, esparciendo su líquido en mi boca que lo paladeó con ahínco. Lamí la punta y luego deslicé la lengua por el tronco, queriendo cubrir cada rincón. Succioné suave, como él me había enseñado —porque había dicho que era un mito eso de que a los hombres les fascinaba que una mujer chupara el pene como si se tratara de una paleta o una bebida con popote. Eso les dolía o les causaba displicencia. Una debía ser gentil, pero ávida a la hora de tratar esa área. Con mucho cuidado, reseguí sus testículos, un área más baja, y luego volví a subir. Cinco, seis, siete, ocho succiones adecuadas más y se salió antes de venirse. Quería sentirme envolviéndolo con mi vagina. Me jaló a su persona, poniéndome de rodillas de nuevo, aunque abrazándome por atrás, pellizcando mis pezones, estrujando mis senos, besándome el cuello antes de arremeter definitivamente, hasta que

lo hizo. Me penetró desde atrás, acompasando sus empujes con destreza inigualable. Yo estaba mojada al colmo. No tardé demasiado en tener mi primer clímax de la tarde. No obstante, él no era de los que dejaban el trabajo a medias. Se preocupaba mucho porque yo quedara más que satisfecha. Sabía que era cuestión de su ego masculino, pero, ¡oh, Dios!, lo aceptaba con todo. Acabamos, yo primero y luego él, porque eso de terminar al unísono solo suele darse en las novelas eróticas... y logró satisfacerme más de una vez.

—¡Mierda! —exclamó—. Esto me va a servir mucho cuando Roxana regrese de su viaje a España.

Todavía estaba entre espasmos y otras cosas cuando dijo aquello. Tardé un poco más en captar el contenido de sus palabras. “Roxana”. Roxana. No conocía a ninguna Roxana.

—¿Dijiste algo? —jadeé, intentando parecer ilusa.

Se incorporó, en lo que sonaba “La Célula que Explota” de Caifanes, en el estéreo.

—Roxana, chiquilla. Mi novia —formuló con muy fría naturalidad.

—¿Qué?! —exclamó Emilia, sobresaltada.

—Terminó nuestra hora. Debes tener otro paciente esperándote —mencioné con aire inocente.

—S-sí. Tengo a alguien. Seguiremos hablando de esto la semana próxima. Es muy importante —exigió.

—Claro, ¿por qué no? —cedí y me fui. Justo lo que deseaba, dejarla en pleno suspenso. Faltaba mucho todavía, pero, si esto iba a funcionar, el tiempo era un factor imprescindible.

Me despedí de Linda, la recepcionista, y fui directo a la Plaza Grande donde me esperaba Damián para almorzar en su restaurante predilecto.



## “Take a Bow”



**M**e atrevo a asegurar que ningún ser humano olvida la primera vez que alguien le rompe el corazón, en mi caso, la única y definitiva. A Damián le debía mucho, sobre todo, el hecho de saber que tenía sentimientos, cuales quiera que estos fueran. ¿Cómo se *siente* el dolor? ¿Cómo lo *sentí* yo? Al principio, mi mente se entumeció y la cara comenzó a arderme. El estómago se me convirtió en un nudo tan bien atado que sería imposible deshacerme de él en mucho tiempo. Poco a poco, la garganta se me fue cerrando y el aire pareció salirse de mis pulmones, dejándome sin oxígeno por un rato casi eterno. En un segundo, se produjo un estallido en mi cerebro y células que me recorrió la sangre hasta encenderla como lava viva. Pasé por varios estados de emoción: la duda se convirtió en incredulidad y la incredulidad, en negación. No creía posible que Damián tuviera novia. No. No después de todos los momentos que habíamos pasado juntos. No, luego de tantos sermones sobre la importancia de la libertad y la carencia de necesidades de compartir con alguien la existencia. No, cuando jamás vi algo parecido a alguna señal de su presencia en su departamento... ¡o en su comportamiento! ¡No, no y no! ¡No, maldita sea! Aún lo pienso y vuelvo a experimentar exactamente la misma frustración y dolor. Dolor, puro y terrible dolor. Pero, negar lo innegable solo lo convierte en un trastorno, por tanto, lo enfrenté.

Me incorporé de golpe y me dirigí hasta la cajonera de Damián para tomar una camisa. Me la puse y me paré frente a él, desnudo, jadeante, y me crucé de brazos.

—¿Roxana? —interrogué como quien le habla a un niño de tres años que ha hecho una terrible fechoría.

—Roxana —dijo en respuesta, colocándose de lado, dejando visualizar la perfección de su pene en descanso súbito.

—Perdón, no termino de comprender. Roxana, tu novia. Novia. “Tú novia”, de la que jamás he oído hablar. Alguien que existe únicamente en tu cerebro y en mis ahora peores pesadillas... ¡¿Quién puta madre es Roxana?! ¿Por qué no hablaste de ella antes? ¿Qué carajos te pasa? —grité casi sin



poder creer la potencia de mi voz, idiotamente alterada, enferma de celos, de... de... de todo lo que no se me permitía expresar por una u otra razón. ¡Y por el maldito, maldito dolor que no se iba!

—Miranda, nunca te engañé. ¿Alguna vez dije que esto iría hacia alguna parte? ¿En alguna ocasión te hice ver que eras la única mujer en mi vida?

—No. ¡No! ¡Pero tampoco dijiste que había alguien más y que esa era la razón por la cual jamás podrías comprometerte conmigo!

—Pequeña, esa no es la razón, nunca la fue. Soy claro. Mi único compromiso es conmigo mismo.

—Entonces, ¿qué mierda significa que tengas novia?! —exclamé con voz chillona, irreconocible.

—Nada en absoluto, solo que no vamos a estar más juntos al entrar a la universidad. Vaya, no podré ser tu servidor ni nada de lo que estás acostumbrada a tener, y de nuevo, nunca lo he sido —esbozó una mueca burlona de lado. Lo quería matar. La urgencia de lanzármelo encima para ahorcarlo me picaba en las palmas. Quería desaparecerlo de la faz de la tierra.

—¡¡Cómo puedes decirlo con tanta naturalidad, cabrón bastardo!!!

—Hey, mujer, baja el tonito. —Se metió un dedo a la oreja e hizo como que le dolía. Rio.

—Eres... eres un...

—¿Qué, Miranda? Por favor, me muero porque me definas. Sin eso, creo que mi futuro se verá truncado y la infelicidad me invadirá hasta la muerte —socarró con una mirada de lo más fría, aún más que la que me devolvía el espejo día con día.

—¡Vete a la mierda, Damián!

—Después de ti, chiquilla testaruda —carcajeó. De haber tenido un arma entre las manos, la hubiera descargado por completo en sus testículos.

A toda prisa, levanté mis cosas y me salí del departamento, largándome como pude, entre temblores de rabia, cólera y lo que habría de descubrir que se llamaba tristeza. Lloré. Lloré como nunca lo había hecho. Lloré por todo lo que no podía remediar y por lo que no sabía cómo manejar. Lloré por mi endeble corazón imbécil y por el hecho de saberme traicionada cuando no tendría por qué estar así de mal por una jugada casi cantada, aunque, ¡imposible imaginar las razones de Damián para guardarme algo así! ¡A mí! ¡A mí que se suponía que me tenía confianza! Y al instante en que lo pensé, me dije: ¿Confianza de qué? ¿Qué suerte de claridad o confianza se puede tener entre dos personas que solo se han dedicado a coger y a joder a todos cuantos

se topan en su camino? Ese era mi Damián, mi amigo, mi amante. Fuera de la noción de venirme con él dentro o fuera, no había certeza alguna. Fuera de la magnitud de la brasa de su fuego, no existía nada, nada a qué aferrarme. Se me escapaba de las manos como agua y eso era lo único que no podía tolerar, lo que de verdad dolía, mi falta de control... mi ego herido hasta un punto mortal. Estaba agonizando por primera vez en la existencia y era algo abrumador. No dejé mi cuarto en tres días enteros, entre sollozos. Lo único bueno al respecto es que era una dieta de lo más efectiva. La depresión obraba maravillas en la figura. Sin duda, lo hizo en la mía.

Los días pasaron y yo rozaba la locura. No transcurrió mucho tiempo para que llegara la noche del baile de graduación. Por supuesto, mis notas fueron fabulosas. Terminé la preparatoria con un promedio sobresaliente, recomendaciones para las mejores universidades de la ciudad, pese a que ya había elegido la mía, y considerar si en verdad debería ir ahí después de todo, aunque no por él dejaría mi futuro, y mucho menos permitiría que se escapara de mi vista... ¡JAMÁS!

Me compré el mejor vestido que alguien podría haber tenido para el baile de graduación. Conociendo a Damián —y a pesar de que no le había dirigido la palabra por un tiempo muy considerable— no asistiría a un evento tan burdo como ese. No obstante, me preparé para matar, porque, con él o sin él, tendría sexo esa noche. Era el único antídoto posible a mi demencia. Con coqueteos insulsos, el cabello más rubio que nunca y dos tallas menos, acepté la invitación del nuevo capitán del equipo de fútbol americano para que fuera mi pareja y fuimos la sensación. Por supuesto, me coronaron la reina de la noche y no significó nada, aunque me dio fortaleza. El escote de mi espalda llegaba justo a un milímetro de mi trasero y los ojos de todos se clavaban en mí con absurda admiración. El DJ colocó la canción “Take a Bow” de *Madonna* para que bailáramos, y Jake, mi pareja, me abrazó y comenzó a bailar. El ambiente del local con todo a media luz, las mesas elegantes, las miradas que se movían con nosotros, pudieron haber sido mágicas si es que yo me hubiera sentido feliz, pero no era así. Me faltaba él. El demonio de él, de Damián, que me consumía. Y justo cuando creí que todo estaba perdido, alguien me tocó la espalda e interrumpió el casi innecesario momento para colarse entre mi pareja y yo.

—¿Podría permitirme una pieza con la reina de la velada? —inquirió la voz de mando a mi chico. Jake me soltó y mis pupilas se dilataron de inmediato al notar de quién se trataba. Lucifer en carne y hueso.

—Ah, no se supone que esto debería pasar, hombre —respondió “el rey”, furioso, tomándome de las manos de nuevo sin conseguir asirme.

—Déjame —pedí con una mirada pecaminosa, prometiendo un después que nunca llegaría.

—Gracias, “su majestad” —susurró riendo Damián. ¡Oh, su sonrisa aperlada! ¡Diablos! Todo rastro de enojo se esfumó entre sus brazos al colocarme cerca, como dos piezas de un rompecabezas que, en su imperfección, son perfectas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté falsamente indignada. Mi corazón me delataba en sus latidos.

—Creí prudente decirte un adiós apropiado.

El estómago me dio un vuelco potente y me costó recobrar la compostura, aunque lo conseguí. Debía guardar las apariencias.

—Okey. Así que vienes a despedirte, nada más. —Me fue imposible disimular la mezcla de emociones en la voz.

—Sí. He comprendido que no mereces menos que un correcto adiós —murmuró como si le costara demasiado trabajo aceptar lo que sentenciaba.

—Bien. Ya te has despedido. Vete —jadeé sin mirarlo. Su mano voló rápido a mi barbilla y la prendió con brutalidad para forzarme a verlo directo a los ojos. Me derretí. Literal, sentí que me derretía en su persona. Me iba difuminando en su estructura como un dibujo mal hecho de un chiquillo estúpido. Quería besarlo, morir en él, vivir en él, todo al mismo tiempo. Iba a llorar y creo que se percató de ello, porque se acercó de forma sutil y me dijo al oído.

—No lo hagas. Los sentimentalismos no son un accesorio que vaya con tan adorable vestimenta.

Intenté apartarme, pero me agarró con más fuerza y me pegó a su precioso cuerpo. Percibí la rigidez de su miembro en mi cadera y eso me aturdió, dejándome dócil, como arcilla en sus manos.

—Damián, ¡lárgate! —Me quejé, sonriendo para el público que no comprendía lo que ocurría. No podía permitir que se dieran cuenta de lo que sucedía, así que seguí con la farsa.

—Lo haré en un segundo. Miranda, me importas más de lo que te imaginas. Tenía que confesártelo. Sabes que nunca hubiera asistido a esta mierda de no estar hablando con la verdad.

—Me es imposible creerte. Ni siquiera sé quién eres, más que el novio de una tal Roxana que desconozco —balbuceé intentando sonar cómoda.

—¡No me hagas rogarte, que eso no va a pasar jamás! —gruñó a mi oído, simulando dar una vuelta. La melodía continuaba sonando a nuestras espaldas: “I’ve always been in love with you. I guess you’ve always known it’s true. You took my love for granted, why? Oh, why? The show is over say goodbye...”

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué se supone que debo decirte? Tienes más máscaras que yo para todo y no entiendo nada. ¡Me traes hecha un desastre, un...! ¡Ni siquiera sé qué! Estoy tan molesta contigo que podría...

—¿Qué, largarte de aquí? El mundo es un escenario, lo sabes. Esta canción lo expresa bien —rio con cinismo y no pude evitar que me contagiara. *¡Hijo de puta!*

—Ah, ¿sí? Entonces, “el show se acabó”, mi querido amigo. Lárgate ya. No quiero volver a verte.

Me detuve y él me miró y no se inmutó.

—Lo harás y lo deseas tanto como yo. —Se inclinó hacia mí y sus largos dedos fríos rozaron mi espalda de arriba hasta abajo. Quedé congelada en mi sitio. Se acercó de a poco y clavó sus labios en los míos, ¡delante de todos! No podía creerlo. Se abrió pasó en mi boca hasta hacerme paladear su sabor a mentol, delicioso. Morí lento y fue la emoción más divina que jamás experimentarí; la de Damián quitándose la máscara para mostrar al mundo que, de hecho, sentía algo por mí, lo que fuera; era lo que menos importaba en ese momento.

—Nos vemos en la universidad, preciosa, con todo y mi novia —se inclinó e hizo una reverencia, tal como decía la canción. Besó sus dedos índice y medio en son de promesa, para luego colocarlos en mis labios enrojecidos.

Su enunciado fue tan imposible de negar, tan irremediable y certero, que no pude más que quedarme ahí mirando cómo se deshacía de mis brazos y se alejaba entre la multitud para ya no volver por lo que restaba del curso y las vacaciones de verano. Sería uno de los únicos momentos en los que estaríamos alejados en verdad. Y yo entendería que, sin él, dejaba de llamarme YO. De ahí en adelante, estaríamos ligados de por vida, una muy tormentosa, exquisitamente ridícula y aterradora vida, al menos para quienes se toparan con nosotros.



## “Sesión VI”



—Durante ese verano, mis días transcurrieron en altibajos tremendos. No tienes mucho qué perder cuando, lo único que te ha importado jamás, se ha ido. Su promesa resonaba en mi piel a cada instante y me quemaba. Sin embargo, era una mentira. Tenía que ser una mentira. Me aferraba a esa noción como sanguijuela a una arteria, porque albergar cualquier tipo de esperanza solo me hacía sentir más estúpida. No necesitaba más motivos; necesitaba escapar. Viajé a una playa cercana con Anel y conocí a un escocés divino con el que tuve sexo por cuatro días seguidos antes de pasar al siguiente tipo. Y así, como aguas turbias, se fueron los días hasta que llegó el fatídico momento de entrar a la universidad. No sabía nada de Damián ni quería saberlo... hasta que lo vi con ella. El asombro del instante se vio eclipsado por una infinita y destemplada ira casi fóbica. El corazón me latía a mil por hora y no quería nada más que romperle el hocico al hijo de puta que sonreía como si el mundo le importara un carajo, y justo cuando estuve a punto de abalanzarme sobre él y desmembrarlo, nuestras pupilas se encontraron. Se acercó a mí cortando el camino que nos dividía en dos zancadas y me rodeó con sus fuertes brazos. Su piel y la mía tenían casi la misma temperatura; su tibieza me parecía ardiente y sus labios más carnosos que de costumbre. Tenía el cabello aún más largo que antes y relucía con unos mechones dorados por el sol. Se había dejado crecer la barba y estaba más musculoso, cosa que me fascinó. Me apartó un segundo para mirarme y asintió, complacido.

—Eres más hermosa de lo que recordaba, y más delgada —soltó en son de broma.

—Y tú eres más bruto, si eso fuera posible. —Quise alejarme de ahí, pero me lo impidió, sujetándome fuerte de la muñeca.

—No te vayas, por favor —ronroneó cual gatito. ¿Era mi idea o estaba coqueteando conmigo delante de la flaca insípida de su novia? Una mujer de cabello castaño y ondulado, largo hasta los hombros, de ojos grandes en tono miel, y labios abultados. ¡Okey! Hasta yo podía entender por qué se la estaba cogiendo. Detestaba admitirlo, pero era muy sensual y, de haberla conocido en

otras circunstancias, incluso yo me la follaría. *¡Maldita arpía del infierno!* No me llegaba ni a los talones, no podría hacerlo nunca, aunque lo deseara. Yo era mil veces más hermosa y astuta. Sin embargo, tenía un *sex appeal* que era odiosamente atrayente.

—No creo que tengamos mucho que decir por ahora —contesté en un murmullo, tratando en vano de que Roxana no escuchara lo que expresaba.

—Espera un minuto, nada más. Quiero presentarte a Roxana Valdemar, mi novia, para propósitos sociales.

¿Estaba hablando en serio? Sí, por sus gestos alegres y despreocupados, sí hablaba en serio. Si había algo que me daba miedo de Damián, no era su mal carácter o sus súbitos cambios de opinión, sino su alegría que escondía siempre algún propósito retorcido, e imaginaba cuál era. Deseaba que me llevara bien con su chica para que él y yo pudiéramos estar juntos. Estaba cumpliendo su palabra. Quedé momentáneamente en estado de choque. ¡El bastardo estaba cumpliendo su palabra! El infierno se acababa de congelar y yo con él. Todo rastro de enojo se esfumó tan rápido como había llegado y me sentí, ¿cómo decirlo? Plena. No podría tenerlo completo por el momento, aunque tampoco lo perdería. ¿Podía vivir con eso? ¡A la mierda que sí! Le seguiría el jueguito para ver a dónde nos llevaba. Necesitaba estar completamente segura de que esto no era un engaño.

Con suma cautela, midiendo el terreno que pisaba en cada centímetro, extendí la mano y la chica de cabellera ondulada se abalanzó a mis brazos, dándome dos besos en las mejillas. Me tomó desprevenida, así que, en vez de ser ecuánime y corresponderle con fingida demencia, la empujé con obvio desagrado. Eso no pareció sorprenderla o perturbarla, por el contrario. Comenzó a reírse y dijo con voz refinada:

—Tenías razón, amor. Esta mujer es una fiera.

—¿Fiera? —contesté con ánimo de marcarle la cara de un zarpazo.

—No me lo tomes a mal, por favor —susurró con más cautela, tocándome con suavidad el antebrazo—. Quiero decir que no te vas por las ramas, eso es todo.

—¿Por qué habría de hacerlo? No tengo nada que esconder. —Me encogí de hombros y me di la media vuelta, sacudiendo a propósito mi melena dorada y brillante que desprendió toda la fuerza de mi aroma a fresas. A paso rápido, me dirigí a la que sería nuestra aula, sentándome en la parte trasera. El corazón se me salía del pecho en latidos estrepitosos y la adrenalina me

recorría las venas con fuerza. *¡Desgraciada idiota! ¿Decirme fiera a mí? No, no, no. Se quedó corta, la hija de su...*

—Miranda, ¿qué demonios haces aquí? —preguntó una vocecilla conocida. Levanté la vista y no pude creer lo que veía. ¡Era William! El escocés con el que me había acostado en la playa aquellas vacaciones. Su acentito no se me borraba de la mente, mucho menos al pronunciar mi nombre. Por primera vez en el día, sentí que volvía a ser yo y sonreí con todo. Hasta me paré a abrazarlo, lo cual lo tomó por sorpresa. No fui muy efusiva a la hora de tener sexo con él, así que le extrañó mucho mi muestra de afecto, aunque pareció agraderle porque acarició muy lentamente mi espalda y me regaló un beso muy cerca de la boca.

—Podría preguntarte lo mismo, Will —respondí con una sonrisa.

—Vengo de intercambio. Estoy en último grado. ¿Qué no escuchaste nada de lo que te conté las veces que... tú sabes?

—Que cogimos —recalqué sin miedo—. La verdad, no. ¡Pero no tienes una idea de lo feliz que me hace tenerte aquí! ¿Estoy en el aula correcta?

—Sí, no te preocupes. Te vi entrar y supe que tenía que venir a saludarte. Luces fenomenal. —Me devoró con la vista y se mordió el labio inferior. Debía admitir que el chico me gustaba bastante. Su complexión era la suma perfecta de lo que me agradaba de los hombres rubios y extranjeros: alto, delgado pero musculoso, ojos perfectamente azules, labios carnosos y rosados, cara cuadrada y simétrica, y extremidades largas que solían envolverme por completo mientras se adentraba en mí con ese divino miembro recto, rosado y enorme que se cargaba. Solo de recordarlo se me erizó la piel y él pareció darse cuenta. Lo que más me gustaba era, curiosamente, un tatuaje —de los varios que tenía marcándole la piel—, que decía “Vive hoy, siente hoy”, en letras cursivas. Le adornaba las costillas derechas y tenía unas *grecas* extrañas en él que llamaron mi atención de inmediato. Había algo peligroso en esa marca, una invitación a besarla, lamerla y saborearla tanto como a él. Cierto que jamás sentí nada especial por él porque me la pasé pensando en el imbécil del cual huía en estos momentos, pero ahora que las memorias retornaban a mi mente, parecía más delicioso.

—Gracias. Tú estás más... —No completé la frase. Preferí dejar que mis ojos lascivos le hicieran saber lo que pensaba.

—¿Podríamos vernos en la cafetería a la hora del descanso? Me gustaría invitarte a un cappuccino. —Me acarició el brazo. Estuve tentada a negarme. Sin embargo, en ese momento, Damián cruzó el umbral de la puerta con



Roxana, tomándola de la mano. Me vio y luego posó las pupilas en William. Supe que era momento de la venganza. Entrelacé los dedos en el cabello lacio y suave de mi escocés y, poco a poco, me fui aproximando para besarlo. Sus labios se sintieron mucho más carnosos. Mientras su lengua se escurría por los recovecos de mi boca, fui perdiendo el aliento y la cordura, si es que alguna vez la tuve. Me aferré con fuerza a su enorme cuerpo y profundicé nuestro beso, percibiendo su respiración calentarme hasta los huesos. Un carraspeo más enardecido que nuestro encuentro, nos interrumpió. Mi vientre temblaba y no me hubiera molestado para nada desnudar a Will ahí mismo y dejarlo penetrarme como nunca antes. Suspiré para recobrar el aliento y me encontré con el cejo fruncido de Damián, aguardando para que le prestara atención.

—Sabía que eras frívola, pero nunca pensé que fueras grosera —murmuró entre dientes mi amigo, visiblemente disgustado—. ¿No me vas a presentar a tu... lo que sea?

—Damián, lo siento. No tuve tiempo de decirte esto porque no nos vimos en las vacaciones, pero yo también tengo novio.

William abrió la boca para hablar, aunque no emitió sonido alguno. Le pasé el brazo por la cintura y no me alcanzó para envolverlo. Él respondió cubriéndome por entero, pegándose a su costado. ¿Jugaría este juego conmigo?

—Hola, Damián. Mi nombre es William Ulrich y soy el novio del que Miranda hablaba con tanta pasión —dijo bromeando. Quedé con el ojo cuadrado. Observé con detenimiento cada gesto de Damián y no noté nada en él más que una mal disimulada indiferencia. Me fascinó.

—Pues parece que ya tendremos con quiénes salir los fines de semana, amor —señaló Roxana con una sonrisita estúpida sobresaliendo de sus facciones.

—Será un placer para nosotros, ¿no es así, princesa? —preguntó William dirigiéndose a mí. “Princesa”. ¿Así que ese sería mi apodito? De acuerdo, pudo haber sido algo peor, como “conejita” o “gordita”. ¡Puaj! Podría morir si alguien se atrevía a decirme “gorda”, aunque fuera para un buen propósito.

—Por supuesto.

—Tengo que irme ya. Mi clase debió haber comenzado y no puedo llegar tarde el primer día. Solo vine para besarte, no necesitaba otro motivo —emuló una sonrisa juguetona y me guiñó el ojo.

—Perfecto. —Asentí y me mordí el labio, un tanto sonrojada.

—¿Nos vemos en un rato más?

—Claro, “conejito” —mascullé en son de mofa. William puso cara de asco y me miró como prometiendo que me cobraría aquella movida. Yo le devolví el guiño, lo besé con pasión y dejé que saliera de ahí. Una profesora entró al aula y nos vimos forzados a sentarnos. Jamás me imaginé que Damián se colocara a mi lado, pero así fue. Estos serían los años más largos de mi existencia. ¿Cómo viviría bajo estas condiciones?

El día transcurrió bastante lento y lo único que me proporcionó cierta paz fue el hecho de que adoraba cada una de las materias que había tenido. Lectura en inglés, didáctica, psicología —una materia en la que era experta, por más loco que sonara—, y español. Llegó la hora del descanso y Damián y yo no habíamos cruzado más que monosílabos. El timbre sonó y me puse de pie como bala para salir de ahí y encerrarme en el baño más lejano. Me miré al espejo y casi no me reconocí. Estaba demacrada. Saqué mi bolsa de maquillaje y me puse un poco de rubor y labial.

—¡Vamos, idiota! —Me regañé a mí misma—. Sabías que esto no sería sencillo. No dejes que te vean caer, ¡jamás! —Respiré profundo y quise salir, pero la anatomía de acero de un chico me lo impidió. Su increíble aroma me invadió, aturdiéndome. Me tomó de las caderas con violencia y me levantó cual pluma sobre su hombro, cargándome como costal de patatas. Grité para que me soltara, aunque no pareció importarle. Me dejó caer sentada en el lavamanos y se metió entre mis piernas, apoyando sus brazos a mis costados, acorralándome.

—Veo que has olvidado lo que realmente necesitas, Miranda —susurró a mi oído, mordiéndome el lóbulo—. Me aseguraré de que eso no vuelva a pasar.

Damián metió una de sus grandes palmas por debajo de mi blusa y con la otra abrió mis vaqueros, introduciéndose hasta llegar a mi ya humedecida vagina. Tragué saliva y, a pesar de que quise hablar, no pude emitir palabra alguna.

—Has olvidado quién es el único que te hace temblar solo con la fuerza de sus manos —murmuró, rompiéndome la parte de arriba de la blusa con un zarpazo, restregando con los dedos mi pezón, insertando más su otra palma en mis adentros. Chillé—. Tengo que recordarte lo que se siente que yo cubra esos labios con los míos. —Me besó, pero este fue un beso apremiante, devastador, poderoso. Su lengua se enredó con la mía, saboreándome y obligándome a saborearlo como si se tratara de una fruta jugosa, dejando resbalar el néctar de su aliento por mi garganta que parecía estar conectada de

súbito con cada nervio y neurona en mi cuerpo. Me absorbió y, cuando me supo perdida, se apartó, dejándome con una sensación de abandono que me descolocó—. Has olvidado lo que significa tenerme dentro, embistiéndote como nadie jamás lo hará. —Me puso de pie con rapidez endiablada y me colocó de espaldas, bajando mis vaqueros y mis bragas, rasguñándome, dejando mi trasero enrojecido y marcado al descubierto. Su áspera palma acarició mis nalgas redondeadas, colándose en mis partes con una pericia que me volvió completamente loca. Dolía, dolía en cada coyuntura, hendidura y poro de mi epidermis, pero era un dolor exquisito, algo que me sumergía en éxtasis. Me tomaba por la fuerza y, lejos de molestarme, me mataba de placer. Dejó caer sus jeans y estrujó su miembro endurecido, enfurecido y febril, en la abertura de mi culo. Se bañó de mi esencia, apretándome el cuello casi hasta asfixiarme. Controlaba mis movimientos y mi respiración, sofocándome de cuando en cuando, demostrando que él tenía el poder. Sin pedir permiso alguno, penetró mi organismo con brutalidad una, otra, otra vez, haciéndome gritar. Cualquiera pudo haber entrado y hubieran pensado que me estaba violando gracias a la potencia de sus movimientos y las marcas que ya había dejado en mí. Me mordió la espalda y tapó mi boca; luego, me dio dos, tres, cuatro, cinco palmadas en el trasero, haciendo que me escociera sin piedad. Logré morderle la mano con la que me cubría la boca y eso solo lo provocó más. Se salió de mí y me volteó, mirándome como si fuera a asesinarme. —Has olvidado quién eres, chiquilla... ¡y eres solo mía! —Me levantó e hizo que le rodeara la cintura con las piernas, en lo que volvía a embestirme. Sentí muy clara la forma en la que su falo resbaló en mí, robándose mi alma y ser, dejando muy en claro su propósito: que jamás fuera feliz si no era a su lado. Me di a él con todo lo que tuve, rindiéndome, besándolo, permitiéndole joderme de todas las formas posibles en lo que me pareció una infinidad de tiempo que duró solo minutos. Estallé en un clímax grave que me quitó toda la fuerza. Damián me siguió, acabando dentro, para luego separarse con un empujón.

—Olvidaste que tu única esperanza siempre he sido yo, Miranda, y este es tu castigo. No vuelvas a dejarme mal delante de nadie porque lo lamentarás, lo juro. Eres mía —jadeó salvaje—. Dilo. ¡Di que eres mía! —Mordió mi mejilla.

—Tengo novio —gemí, temblando aún a causa de su ataque.

—¡Me importa un carajo! Puedes revolcarte con cuantos se te pegue la gana, pero no te atrevas a pensar que te librarás de mí. Eso no va a suceder. —

Me tomó del cuello sin apretarlo. Más bien, me forzaba a verlo—. Di que eres mía y te dejaré seguir con lo que sea que estés haciendo con ese pendejo.

Mis pupilas lo retaron, altivas.

—¿En realidad pensaste que sentía algo por ti? ¡Eres más imbécil de lo que creí! —Le lancé una bofetada infernal, me acomodé las ropas y salí del baño lo más rápido que pude, topándome con Roxana en el camino.

—¿Has visto a Damián? —cuestionó como si fuéramos las grandes amigas.

—La última vez que lo vi estaba en el baño de mujeres cogiéndome —escupí fúrica. Roxana hizo un gesto de sorpresa, aunque sonrió de oreja a oreja. No comprendía ninguna de sus actitudes. ¿Qué era lo que estaba pasando entre ella y Damián? Ignoré todo y escapé del recinto. No regresaría para nada ese día. Tenía que reponerme porque sentía que en cualquier momento explotaría.

—¿Me estás diciendo que Damián te violó? —interpeló Emilia, bastante asustada.

—Tranquila, Emilia querida. Me extraña que no comprendas términos tan delicados como “violación”, la cual no puede llamarse así si ha sido consentida. Yo nunca detuve a Damián. Anhelaba que me tomara. Yo lo deseaba, siempre lo deseé.

—Entonces, supongo que no provocó ningún trauma.

Guardé silencio un instante.

—No derramé una sola lágrima por lo acontecido, si a eso te refieres. En realidad, me hizo sentir amada, importante. Logré lo que quería. —Me encogí de hombros.

—¿Y qué era eso?

—Volverlo loco.

—Comprendo —asintió—. ¿Consideras bien encaminada esa actitud y necesidad tuya? —interrogó con prejuicio.

—No sé, tú eres la experta. Todos los seres humanos tenemos un poco de demencia en el alma. Es a esa demencia a la que se le llama con tanta frugalidad “amor”.

—¿Amabas a Damián?

—Lo amo.

Emilia hizo a un lado su libreta, visiblemente confundida y alterada.

—No tengo idea de qué pretendes al venir aquí. Eres la más grande contradicción andante que he conocido. Pero, dime, ¿qué más ocurrió?

—Esa misma noche, me encerré en mi habitación a ver “Friends”, mi serie favorita, y fui interrumpida por una visita. Se trataba de William. Me reclamó haberlo dejado plantado en el descanso y me invitó a cenar. Acepté porque ya no podía dar marcha atrás a lo que sucedía.

—¿Y qué sucedía?

—Que tenía que convertir mi farsa en una realidad llevadera. No estaba acostumbrada a tener pareja formal y debía aprender a hacerlo de nuevo. Enamoraría a Will y haría hasta lo imposible por enfadar tanto a Damián que se viera forzado a abandonar a Roxana.

—Me da miedo preguntar si lo conseguiste alguna vez.

—Digamos que sí —reí, misteriosa—. William era un buen hombre, habría de descubrir. Tuve que fingir mucho estando a su lado, y eso me agotó bastante. Sin embargo, no puedo decirte que no disfruté de estar con él, aunque fuera un poco.

—¿Duraron mucho?

—¿Cómo novios o como esposos? —interpelé fijando mi mirada en ella. Emilia desorbitó los ojos y la boca pareció secársele.

—¿Te casaste con William?!

—Solo por las leyes del hombre. Cuando se quiere conseguir algo con tanta pasión, se hace de todo. No me arrepiento de haberlo dejado plantado en el altar para nuestra boda religiosa.

—¿Qué?! ¿Lo dejaste plantado?!

—Es una muy larga historia —bostecé mirando el reloj.

—Resúmela.

—En otra ocasión. Ya se me hizo tarde para mi cita con Roxana.

—Entonces, ¿es en serio que Roxana, la ex novia de Damián, es tu mejor amiga? ¿Cómo pudo pasar? ¿Qué clase de personas son ustedes? —inquirió muy indignada.

—Solo somos tres amigos que tienen muchas cosas en común. Cosas como mentiras, dolores y pasiones que nos atan. Jamás comprenderías por lo que tuvimos que pasar para poder estar así de unidos.

—No. No entiendo.

—¿Cómo podrías? —socarré—. ¡Ah, Emilia, Emilia! Damián, Roxana y yo fuimos amantes por años, aunque ahora únicamente Damián y yo vivimos juntos. Ella tiene una familia aparte y su hijo nació hace un año. Soy su madrina. Sin embargo, es un hecho irrefutable el que nunca, bajo ninguna circunstancia, nos traicionará porque nos ama, y no hablo de esa clase de

sentimentalismo que se esfuma con el tiempo; me refiero al tipo de adoración casi enfermiza que hace que te abandones por completo a la voluntad de otro. Hablo de dejar el control y ponerlo en las manos del ser al que veneras. Hablo de una real unión forjada en la tierra, algo primitivamente humano, mortal, porque moriríamos antes de permitir que alguien nos separara del todo. De hecho, estamos dispuestos a hacerlo sin chistar. Ella más que nadie, puedo asegurártelo sin chistar.

—Y ¿matarían también? —La pregunta de Emilia fue formulada con renuencia y miedo, mucho miedo.

—Sin duda alguna.

—Lo han hecho ya —aseveró

—Esa no es una pregunta —evadí y sonreí. Solté un soplido y me miré las uñas casi con aburrimiento—. Es hora de partir.

La dejé en medio de esa devastadora duda y me salí del consultorio sin mirar atrás. Se acercaba nuestro final, y este, como todos los anteriores, tenía que terminar con fanfarrias. Ya la tenía justo donde quería, y eso, esa sensación de supremacía, me llenaba. *Pronto, muy pronto*, dije a mi subconsciente. Y me dirigí a mi departamento donde el diablo me esperaba.



## “Sesión VII”



—La primera vez que Roxana, Damián y yo tuvimos sexo, fue el detonante de todo lo que me faltaba por aceptar de mí misma. No puedo explicarlo en verdad. Damián me cedió el control e hizo que yo dirigiera a mi gusto las cosas. Estábamos en la casa de Roxana, que vivía con su hermana pequeña, porque era originaria de la capital del país y sus padres las enviaron a vivir a Mérida, Yucatán, para deshacerse de ellas. Sin duda alguna, los tres éramos tan disfuncionales como se podría ser bajo nuestras circunstancias, y eso solo hacía que nuestra unión se fortaleciera. Mi demonio preparó el escenario como si se tratara de un ritual que nos brindaría tanto paz como delirio. La cama se encontraba en medio de la habitación pintada de negro con rojo, y cuyos muebles minimalistas la hacían parecer un hotel de cinco estrellas. Las sábanas eran de algodón egipcio y no había duda de que Roxana estaba podrida en dinero, lo cual hacía la situación más interesante. Tenía un estéreo con bocinas enormes cuyos bajos tronaban hasta el infinito. Ella colocó la canción que nos definiría: *Love Bites* del grupo *Def Leppard*. El acto inició con cadencia lenta, conmigo intentando aproximarme a Roxana con una confianza que aún no poseía hacia ella, pero la chica me calmó, extendiéndome la mano para tomarla y jalarme a sí.

—Sin temores, sin nada. Despójate de todo, Miranda —susurró Damián en tono hipnótico. Lo volteé a ver y dejé que sus iris me calmaran, porque el corazón se me desbocaba en latidos. Ambas traíamos vestidos, ella de flores y tirantes, bastante holgado, y yo uno de licra opaca que se me pegaba a la piel.

—Ven, Miranda —murmuró sin tapujos, deslizando uno de sus tirantes hacia abajo—. ¿Te gusta mi piel? —gimió y soltó un suspiro.

Hice una señal de asentimiento con la cabeza. Aún no podía hablar. Medía el terreno que me circundaba. Sí, ella me gustaba. Llegó a atraerme de una manera tan inesperada como magnífica, porque era increíblemente divertida y tenía un sentido de la vida que solo podía considerarse prodigioso. Sin embargo, existía en ella una fragilidad tan dulce que era imposible de negar, y comencé a adorarla, a pesar de que los celos nunca se fueron por completo.



No podemos olvidar de que yo siempre había sido la primera y la única para cualquiera, y no fue sencillo compartir a Damián al inicio, menos aún con William de por medio. Salíamos a antros, nos divertíamos, bebíamos hasta perder la consciencia y Damián y yo cogíamos como siempre en cualquier parte. Yo sabía que Roxana estaba enterada de esto y, al darme cuenta de que no le importaba, sino que lo alentaba, comencé a bajar la guardia, aunque nunca en totalidad. Podría ser lo que quisieras, pero nunca confiada. No obstante, esa buena noche de borrachera, lo transformó todo.

—Vamos, Miranda. Roxy te quiere. Quiere que la tomes. No hay problema con eso —aseguró Damián. Me prendió de la barbilla y me besó, entrelazando su lengua con la mía ante la mirada lujuriosa de su novia. Yo la veía mientras él me besaba y noté que en serio no le importaba, sino que necesitaba tener algo de eso para ella.

—Dame esos labios, por favor —rogó jadeando la mujer, dejando caer su vestidito, descubriendo su gloriosa figura muy bien torneada y voluptuosa. Damián me empujó hacia ella, prendiéndose de mi seno derecho por debajo de mi ropa, mordiéndome el cuello. La chica, en su apremio, se lanzó a mis brazos y comenzó a besarme como si no hubiera mañana. Jamás había besado a una mujer con anterioridad. Esta era una experiencia novedosa y me fascinó. Me vi envuelta en ella en segundos. Mi demonio contemplaba la escena sumamente complacido, como si lo tuviera todo y más, y creo que en ese instante lo tenía. Pero yo también. La lengua de Roxy paladeó mi sabor y absorbió mi saliva, bebiéndola, entregándose a mí. La pasión que me brindó no se comparaba a nada anterior. Era una sensación tremenda de todo y nada a la vez. Se estaba vaciando de ella para llenarse conmigo, y eso detonó el estallido de mis sentidos. La tomé fuerte del cabello y profundicé nuestro beso, apretándola hasta que le doliera. Dejó escapar un quejido fuerte que me hizo sentir poderosa. Ahora comprendía lo que Damián experimentaba cuando actuaba de esa forma conmigo. La aparté de mí de golpe, observando sus labios enrojecidos por mis dientes que la habían mordido. Le desprendí el sostén con una pericia desconocida y ordené a Damián que le rompiera las bragas. Fue ahí donde caí en la cuenta de que quienes teníamos todo entre las manos éramos él y yo, y la velada se convirtió en algo más intenso. Me atreví a hablar, ya sin penas ni falsas convicciones. Solo quería disfrutar. Disfrutarla a ella y a él, sosteniendo las riendas de lo que sucedía.

—Tírala a la cama —comandé con voz ronca, una tonalidad plena en lascivia que no había oído en mí hasta ese día.

Damián obedeció y la lanzó al lecho de espaldas.

—Haz conmigo lo que quieras, Mindy —requirió la chica, elevando un poco el trasero, poniéndose en bandeja de plata para mí.

—No tengas la menor duda de que lo haré, pero antes...

Le hice una señal a mi hombre para que me quitara toda la ropa. Lo hizo sin chistar, en cuestión de segundos, lameteándome los pezones y acariciando mi centro para corroborar que me encontraba completamente mojada. Me sacudí sus manos y fui hacia Roxana, dispuesta a lo que fuera. Comencé a lamerle las piernas y las mordisqueé un poco, llegando pronto a su vagina que soltaba total deleite. Casi sin percatarme de lo que hacía, envuelta en las notas de nuestra canción, empecé a pasarle la lengua por el coño, el trasero, azotándola de cuando en cuando, arañándola y haciendo que gritara cada vez más fuerte. Damián veía todo desde su sitio, habiéndose sacado los jeans y la camiseta, frotando su pene mientras nos observaba.

—No te toques —ordené altiva—. Ya te llegará tu turno.

—Lo que deseas, Miranda —asintió sonriente, lo cual me encendió más. Volteé a Roxana y la dejé frente a mí, abriéndole las piernas más y más para hundir mi rostro en su centro. No sabía lo que hacía, solo comprendía que me encantaba y que ella sabía deliciosa. Me interné más y más en sus adentros con la lengua, pensando en que, de ser ella, amaría que alguien me hiciera lo mismo. Trabajé ahí por algunos minutos hasta que pegó un grito de placer inmenso y se vino, jadeando, suspirando, chillando. Ahí fue cuando Damián se nos unió. Me tomó por la espalda y me untó su miembro ávido y empapado en el trasero, meneándolo de arriba abajo para llenarse de mí. Roxana me besó, paladeando su sabor, y los tres nos volvimos uno.

Damián me lanzó al otro lado de la cama e introdujo los dedos en mi vagina sin piedad alguna. La canción *Bitter Sweet Symphony* de *The Verbe* sonó llenando mis oídos, y lo demás fueron manos, besos, penetraciones a ambas y toda clase de movimientos que nos elevaron al cielo. Bañamos nuestros cuerpos con las cervezas que teníamos en la mesa de noche de Roxana y todos bebimos de todos. Todos cogimos a todos, y esto tardó unas dos horas aproximadamente. Roxana me devolvió el favor del orgasmo y luego Damián, y nada fue igual para mí. Ahí mismo, al finalizar aquel idilio tan increíble, nos juramos que siempre estaríamos juntos, a pesar de lo que fuera, y que haríamos lo que se necesitara para complacer a los otros de cualquier manera, sin importar qué tan errónea pudiera parecer a los ojos de los demás.

Todos nos habían abandonado en la vida, y ninguno de nosotros lo haríamos jamás, de no ser necesario. Fue un pacto sellado con sudor y pasión.

Emilia no podía asimilar lo que había oído. Se hallaba en un estado de choque que se notaba en sus facciones y emanaba excitación y miedo en cada poro.

—Esto es... es... No hubiera podido imaginarlo —susurró por lo bajo y cruzó las piernas, restregándolas para contener su nerviosismo.

—Claro que no. Nadie en como tú puede pensar si quiera en algo así —bromeé ladina.

—Pero no me has dicho nada de lo que ocurrió con William. Es muy importante que lo externes para tu recuperación, Miranda.

—Will. ¡Ah, mi Will! ¿Recuerdas que te dije que del interés conseguí mi departamento? Bueno, William fue quien me lo heredó —dije sin inflexión.

—¿Qué? ¿Cómo que te lo heredó? —Abrió los ojos como platos—. Miranda, ¿asesinaste a William, a tu esposo? —inquirió a punto del desmayo.

Reí. *Aquí vamos, pensé. A dar el todo por el todo.*

—No creo que se me pueda echar la culpa del suicidio de William por aquello de mi ausencia en la boda religiosa. Él tenía expectativas ilusorias sobre nosotros, pero era perfectamente consciente de que yo nunca las llenaría. Se jodió solo. Dio todo lo que tenía en una relación que no valía la pena. En pocas palabras, fue un estúpido cobarde y lo pagó con la vida. Hubo un tiempo en el que me sentí algo culpable, pero me di cuenta de que la culpa es como una astilla que se te clava en el dedo: no dejará de joder hasta que no le metas un cuchillo y la extirpes de tajo.

Emilia me contemplaba absorta y con la boca abierta. Estaba atónita.

—No soy una completa desalmada. Le dejé una carta en nuestro viejo departamento explicándole que estaba enamorada de Damián y Roxy, y que me iría con ellos. No le menté en eso. Simplemente, él no supo lidiar con la verdad. Esa no es mi responsabilidad. Por tanto, no, no he asesinado a nadie, y eso responde a tu pregunta de la semana pasada.

—Solo lo llevaste al borde del abismo y lo animaste para que se tirara en picada —musitó réproba Emilia, respirando entrecortadamente.

—Tengo que irme. Nos vemos la semana que viene, hermosa. Por cierto, me gustan más tus piernas si no usas medias. Lucen arrebatadoras. Me gustaría mucho saber cómo se sienten encima de mis hombros mientras te devoro el coño. —Sin aviso alguno, rocé mis dedos en su rodilla, deslizándolos hacia arriba hasta sentir el inicio de sus bragas. Emilia quedó atrapada en su asiento

sin poder moverse. Me mordí el labio inferior y luego sonreí, acariciándole el rostro—. No te preocupes. Jamás haría algo que tú no quisieras, y sé que Pablo te tiene bastante ocupadita estos días —jadeé insidiosa. Ella abrió mucho los ojos y, para fingir demencia, tomó su libreta y anotó varias palabras en ella.

—Tienes razón, Miranda. Tienes que irte.

—Hasta la próxima —me despedí.

—No habrá una próxima. Me es imposible seguirte tratando. Necesitas a alguien más calificado que yo y con más recursos. El doctor José Luis de la Universidad de Yucatán podría serte de provecho. Yo he dado todo lo que podría contigo, y francamente me incomodan mucho tus juegos.

—¿Me tienes miedo o solo estás reafirmando mi creencia de que eres una inútil? —inquirí con desdén y pecaminosidad.

—Soy perfectamente capaz de...

—No, no lo eres —interrumpí—. Para muestra basta que te hayas rendido tan fácilmente.

—¿Crees que es fácil tratar con alguien como tú? —perdió la compostura, lo cual me causó gracia.

—¿Te importa lo que crea? Si es así, entonces yo te importo y, de ser así, te gusto —sentencié con total seguridad.

—¿Cómo llegaste a esa conclusión? ¡Estás completamente loca! —exclamó poniéndose de pie, lanzando su absurda libreta al suelo, caminando hacia su escritorio para sacar la cajetilla que tenía escondida ahí. Tomó un tabaco, lo colocó entre sus labios e intentó hacer funcionar el viejo encendedor que había traído entre su sostén todo aquel rato. No lo consiguió. Temblaba. Estaba muy nerviosa y le era imposible esconderlo. Mi YO interior moría de risa y de placer, porque el propósito final se encontraba más cerca que nunca, así que aprovecharía la situación.

—No es nada profesional llamar a tu paciente loca —negué con la cabeza, pasándome la lengua por el labio superior.

—Miranda, por favor, retírate —jadeó la joven doctora que aún no podía prender su cigarrillo. Le arrebaté el encendedor y lo hice funcionar. Dio una profunda calada al pitillo y soltó el humo en dirección opuesta a mí.

—Dime, Emilia, ¿siempre te ha gustado mentirte a ti misma o es un hábito que desarrollaste como mecanismo de defensa durante estos años? —interrogué, parándome frente a ella, cerca, más cerca de lo que la mujer hubiera deseado.

—No sé de qué me hablas. ¡Lárgate ya! —comandó.

—Es sencillo. Hablo de tu evidente negación a aceptar lo que por regla social te parece erróneo. ¿No se supone que un psiquiatra debe ser imparcial y neutral? La corriente Cognitiva Conductual es de mucha utilidad hoy en día, a diferencia del Conductismo Tradicional que no ayuda en nada a nadie. Hemos estado juntas por varios días y horas, hablando de mi pasado cuando la respuesta siempre ha estado en mi presente. Mi presente es el que te está afectando, ¿no es así?

—¡En absoluto! —negó rotunda, dando dos caladas profundas al cigarro.

—De nuevo, esa es una mentira. ¿Crees que no me he percatado de cómo estrujas las piernas, una contra la otra, cuando te cuento sobre mis encuentros sexuales? ¿Piensas que soy tan obtusa como para no notar que tus pezones se yerguen por debajo de tu blusa cada vez que trato de seducirte? ¿Consideras que mis habilidades cognitivas son tan poco agudas como para pensar que no tengo algún tipo de influencia en tu cuerpo, ese cuerpo que he observado desde que te conocí y al que me apetece flagelar con la lengua, con las manos y con todo lo que poseo? Sí, Emilia, me gustas, y es uno de esos gustos que tiene que verse satisfecho por el simple hecho de que yo lo quiero. —Acerqué mi mano a su mejilla que ardía. De nuevo, unió las piernas, seguramente por la humectación que traía entre ellas debido a mis afirmaciones, y dejó caer el cigarrillo, temblando de forma visible. Di varios pasos hacia ella, forzándola a retroceder hasta quedar pegada a la pared. La fuerza de mi sentido de seducción la atrapó ahí cual gatito asustado que trata de sacar las garras y no puede ni moverse porque está delante de un *doberman*. Solté mi aliento dulce y me acerqué a su boca, sacando la lengua para lamerle a penas los labios. Ella hizo a un lado el rostro, aunque sus facciones no denotaban asco, sino temor. Eso alimentaba mi poderío.

—De acuerdo. Hemos terminado. Eres una sociópata consumada, ese es el diagnóstico. Ahora, s-solo déjame en paz y sigue con tu vida, porque no hay cura para tal condición —murmuró en un hilo de voz.

—La hay, y eres tú —susurré y clavé mis labios en los suyos, paladeando su lengua con sabor a tabaco que tanto me gustaba. Al principio me rechazó. Hizo de todo con tal de empujarme y que me apartara de su persona, pero yo continuaba eludiendo sus arrebatos, regresando cada vez con más potencia hasta desarmarla. Me insertó las uñas en la mejilla y me arañó, lo que solo me prendió. Puse mi mano en una de sus piernas, entremetiendo mis dedos para acariciar su muslo firme y torneado. Para este punto, la mujer jadeaba bastante

y podía percibir lo caliente de su vagina desde donde estaba. Toda ella ardía a fuego vivo y cedía terreno con cada segundo que pasaba. Mis dedos inclementes llegaron a su centro y me sorprendió gratamente descubrir que estaba muy mojada. Esa era yo, ese era mi efecto, y Emilia anhelaba vivirlo. Todos los seres humanos queremos bailar con el Diablo, aunque sea una vez en la existencia. Cumplir siempre las reglas, ser el mejor, el más recto, el más bueno, es exhaustivo e inútil, porque jamás lograremos complacer a todo el mundo. Algunas veces, lo único que hay que hacer es dejarse ir, vivir, realmente vivir y no pensar, porque el día de nuestra muerte nadie va a estar con nosotros, sin importar que nos encontremos rodeados de personas. Nos miraremos a nosotros mismos postrados en una cama, contemplando el techo y sus horrorosas grietas, preguntándonos ¿de qué mierda sirvió tanta pusilanimidad y devoción a las leyes del hombre? Sabiendo que pudimos haber sentido tanto y más que eso, lamentando cada instante desaprovechado que ya nunca llegará porque ya estás besándole los cojones a la muerte y el siguiente paso será el último. Entonces, solo entonces, te darás cuenta que tu existencia ha valido nada, que no eres nada, y así exhalarás el último aliento, como buena madre, buena hija, buena amiga, buena trabajadora, un recuerdo efímero, pero con ganas de todo en un tiempo nulo, tomando consciencia de que habías muerto desde mucho antes de aquel momento... afligiéndote por no haber cometido ese único pecado que hubiera cambiado el curso de todo y te hubiera proporcionado toda la humanidad, la verdadera humanidad, que necesitabas.

Emilia se retorció cuando metí uno de mis dedos en su caliente vagina, percibiendo cómo me envolvía y apretaba de una manera exquisita y abrasadora.

—Miranda, no —gimió soltando una lágrima que atrapé con la palma que tenía libre, bebiéndomela.

—¿Sabes por qué lloras? —cuestioné besándola de nuevo, masajeando mi lengua con la suya, devorándome su humedad—. Porque el deseo te consume y sigues luchando por no entregártele. Date a mí, Emilia. Dame tu cuerpo y recibirás a cambio lo que jamás soñaste, lo juro.

—Perderé mi dignidad, lo que me constituye —gimió entre mi boca.

—Eso lo perdiste desde el momento en que crucé tu puerta y esto —señalé su más divino recoveco, profundizando mis acometidas con dos dedos más dentro— vibró ante mi voz y mi honestidad. Emilia, ya no tienes nada más que perder y todo que ganar. Te estoy ofreciendo una oportunidad única de

SENTIR. Yo, la que vine aquí con el supuesto de que no sabía lo que era eso, te enseñaré lo que verdaderamente es. Es pasión, es dolor y es ardor. Es mi mano cogiéndote mientras mi boca se bebe tu aliento lleno de amargura y pasividad insulsa. —Aceleré mis inserciones, moviéndome en círculos, apretujándole el clítoris y desgarrando su blusa con la palma que tenía libre, dándole varios lametazos a sus pezones erguidos—. Es dar el alma en un orgasmo. Es dejar de mentirte, forzándote a creer que puedes ayudar a alguien si no te ayudas a ti misma. Es LIBERTAD, hermosa. Considérame un demonio, porque lo soy, pero soy un demonio que da vida, no uno que la quita. Nací del mismo Dios del que tú vienes y mi único propósito es que seas plena en tu propia piel. Ríndete. Ríndete a mí. Deja de pelear contra tus instintos y jódeme como siempre has querido hacerlo. Ten la seguridad de que te cederé el control después de que tú me cedas todo lo que eres. Muere en ti y abandónate a mí, querida.

La mujer no pudo más y se descargó en un clímax perfecto, el más perfecto que jamás experimentaría. Gritó sin posibilidad de contenerse y sus lágrimas se volvieron más densas, más cargadas de todo aquello que no podía decir y que la estaba consumiendo en esos instantes. Comprendía el alboroto, ya que alguna vez lo sentí, pero trascendí. Saqué la mano empapada y la relamí, probando su sabor a miel. Tomé la chaqueta que tenía en el respaldo de la silla y la cubrí bien con ella, ayudándola a dirigirse hacia el sofá grande, sentándola e hincándome enfrente, enjugando sus lágrimas.

—No tengas más miedo. Una vez que rompes las barreras, no vuelves a ser quien solías ser. Te has transformado en una mujer completa y yo estaré siempre para guiarte y ayudarte, al igual que Pablo. —Le acaricié el mentón.

—¿Q-qué tiene que ver Pablo con esto? —sollozó. Me acerqué hasta su oído y susurré:

—Pablo Damián Rivero Alcázar, ese es su nombre completo, cielo.

Emilia se apartó de mí y entrelazó sus pupilas incrédulas y pasmadas con las mías.

—¿É-él es...?

—Sí. Y tú lo amas como me amas a mí ahora. Te elegimos desde hace mucho tiempo, una tarde en que te vimos cruzar con la montaña de libros cargados para entrar a la facultad donde estudiaste tu especialidad en psiquiatría. Solíamos frecuentar el café de enfrente, “La Habana”.

—¡Eso fue hace más de cinco años!

—Exacto —dije sin inmutarme. Le regalé un último beso en los labios y manos, y me puse de pie—. No te preocupes, Emilia. Por fin, todo estará bien.

Ella me observó como fuera de sí, abrumada por tantas emociones que la embargaban, por tanta confusión. Esto pasaría. Pronto alcanzaría todo su potencial con nuestra ayuda y ya nada la detendría. ¿O tal vez no? Eso dependía de ella...

Me limpié las comisuras de la boca y abrí mi bolsa para ponerme un poco de colorete y labial. Me arreglé el cabello mirando mi reflejo en el trasero de aquella estatua femenina que tanto me gustaba, y me dispuse a salir. Emilia se incorporó con rapidez y me sostuvo de la muñeca.

—¿Qué sucederá ahora?

—Serás nuestra —aseguré sin inflexión en la voz—. Serás nuestra y comprenderás lo que es pertenecerte en realidad. Ya no necesitarás el miedo para escudarte, porque nosotros te protegeremos.

—¿Así como se protegieron a ustedes mismos? —cuestionó con un dejo de sarcasmo. Bien, ese brío que me encantaba en ella estaba regresando.

—Por supuesto. ¿Qué no escuchaste todo lo que te he contado? Nunca nos separamos. Soy suya y él es mío. Tuvimos un hijo que murió a los tres meses de nacido y eso solo sirvió para reforzar nuestra relación a la que entiendes como “poco común”. Te acostumbrarás a nuestras maneras y formas, es una promesa. La pasión es mucho más poderosa que el amor, y mucho más recreativa y moldeable. Abandona tus viejas creencias y aprieta el botón de “reboot” en tu cerebro. Ese temblor de tu cuerpo es apenas el inicio de algo tan tremendo como exquisito y tormentoso, cielo. La pregunta es, ¿te dejarás atrapar? Ya cogiste con él y te dejaste coger por mí. Como te aseguré minutos antes, la próxima vez tú tendrás el control si es lo que quieres.

—No sé cómo... no sé cómo tenerlo.

—Te enseñaremos.

—Miranda.

Le puse un dedo en la boca y le regalé un beso suave, aunque apremiante.

—Las puertas de la tierra han sido abiertas para ti y tú eliges si quedarte o no. Habrá masacres y pesar, y en él hallarás la emancipación total. ¿La deseas?

Emilia fijó su mirada en el piso y luego en mí. Asintió una sola vez y yo le correspondí con el mismo gesto.

—Ahora sí, debo partir. ¿Te veré en nuestra próxima cita? —cuestioné con aire casi inocente.



—Sí, pero no aquí, no más.

—Estoy completamente de acuerdo. Conoces mi dirección, está en tu archivo. Te esperamos ahí a la hora de siempre.

Me di la media vuelta y me propuse irme, pero ella me tomó de la mano, me giró con fuerza e insertó su boca en la mía con lascivia. Sonreí y salí de la oficina acomodándome la blusa.



## “Villanos vs. Héroes”



**B**ajé las escaleras y ahí, en el estacionamiento, junto a mi adorado auto, estaba él, mi divino tormento. Tenía los brazos cruzados y una risilla torcida dibujada en ese cruel y hermoso rostro de paria sin redimir. ¡Era delicioso!

Se movió para abrirme la puerta del pasajero y negué con la cabeza.

—Sabes que este bebé solo lo conduzco yo —afirmé pícara.

—Vaya que lo sé —respondió tocándose el miembro que ya estaba irguiéndose ante su dueña—. Y bien, ¿sucumbió? —interrogó ávido de saber las buenas nuevas.

—Sí, como todas —sonreí de oreja a oreja.

—¡Mierda! Si sigo perdiendo estas apuestas me quedaré sin un centavo y tendrás que mantenerme.

—Que te mantenga tu abuela, “corazoncito”. Yo jamás. —Entré al auto y él me siguió.

—¿Le hiciste creer que la volveríamos a ver y la ayudaríamos a liberarse, y esas idioteces?

—Por supuesto. Si no, no sería yo —jadeé con coquetería y altiveza—. Se tragó el cuento completito.

—¿Cuánto le das para que se suicide? —inquirió en lo que arrancaba y me dirigía a la salida.

—De tres a seis meses. Ella es una completa mojigata pusilánime. Nunca podrá cargar con la culpa de sus acciones y pretender que nada ocurrió.

—Podría sorprenderte, como Roxana cuando trató de abandonarnos —rio recordando aquel día casi fatídico.

—Ya nada me sorprende, cariño. Y, además, Roxy recapacitó y nos dio todo de ella. Absolutamente todo. No hay mejor forma de describirlo. Su hijo es casi nuestro. El reloj continúa su tic-tac y faltan unos años para que Mario, mi ahijado, sea lo que tiene que ser.

Damián rio y negó con la cabeza.

—Cuando te sugerí esto luego de la muerte de Will, nunca imaginé que te convertirías en todo lo que había podido desear. Me has sobrepasado.

—No luzcas tan sorprendido. Suelo hacerlo siempre —sonreí de lado. Era verdad.

—¿Algo de lo que le dijiste fue verdad? Me refiero a Emilia.

—Casi todo. Mentir se me da muy bien, deberías saberlo. Pero disfrazar las “verdades” es un arte que yo domino mejor que tú.

—Debiste estudiar psiquiatría en vez de idiomas —mofó—, aunque todo lo que sabes, lo sabes por mí. —Se aproximó a besarme y degustar el sabor de Emilia en mi boca.

—Con o sin esa carrera, sigo pateándote el trasero. Llevo nueve suicidios y tú solo cinco —burlé.

—No te preocupes, me desquitaré con nuestra próxima víctima. Además, yo preparé a Emilia para ti, tienes que admitirlo.

—Podría ser. —Me encogí de hombros—. Todavía falta mucho por ver. Y bien, ¿quién es nuestra siguiente apuesta?

Damián colocó su brazo encima del respaldo de mi asiento y deslizó su mano por mi muslo hasta llegar a mi vagina mojada. Jugó con ella mientras me lanzó la descripción de nuestra futura víctima.

—Es una escritora de treinta y cinco años que está a punto de casarse con el “hombre más bueno del mundo”. Será una presa fácil para mis encantos, porque padece de ansiedad generalizada y es una maniática del control. Es morena, de cabello negro y rizado, con unas voluminosas tetas que me enamoraron, debo confesar. Su nombre es Mariela Villegas y, quienes la conocen, suelen adorarla. Sin embargo, estoy muy seguro que por dentro está más jodida que tú y yo juntos. No hay nada más exquisito que terminar de corromper un alma que lucha cada día por intentar regenerarse o “sobrevivir” —sentenció divertido.

—Entonces, no tiene escapatoria —reí y le devolví el beso.

Partimos hacia un motel cercano para follar hasta que no tuviéramos consciencia. Nada nos prendía más que el triunfo sobre otra persona. Esa era nuestra existencia, a eso nos dedicábamos, a erradicar a quienes no habían sido hechos para este mundo por las razones que fueran. Aquí en la tierra o eres fuerte y sirves a tu propio bien, o no sirves para nada. Emilia había probado ser la fuente de su destrucción. Escupía a los tibios y ella lo era. Ser fiel a tus convicciones es lo único que puede hacerte feliz al final del día, sean cuales sean, y si no, ahí estaríamos nosotros para acecharte paso a paso, hasta

que la cadencia de nuestro sexo y nuestras manos te pusieran en puto jaque. Es mejor no desistir y luchar, luchar con todo y cada día, y despojarte de todas las máscaras, porque nosotros vemos a través de ellas y a través de tu cuerpo. La carne es la carne y, al final del día, todo, todo es cuestión de piel.



## “Casa de Emilia, algún tiempo atrás”



—No tengo idea de cómo me convenciste de traerte a mi departamento, Pablo —dijo la terapeuta mientras yo esbozaba una sonrisa que, usualmente, guardaba a la perfección mis intenciones.

—¿Tan malo soy en la cama como para que digas semejante cosa? —respondí sonriendo con fingido aire de dolor.

—¡Para nada! —jadeó llevándose una mano a la cabeza, sacudiéndola levemente, intentando deshacerse del recuerdo de los detalles de nuestro primer encuentro. Parecía querer convencerse a sí misma que nada de esto había ocurrido, como si eso pudiera salvarla de su propia perdición; como si no hubiera caído en las garras de un tremendo error, no solo profesional, sino de algo más catastrófico. Los seres humanos solemos tratar de deslindarnos de nuestra psique cuando nos comportamos como unos pelmazos idiotas y caemos en trampas que fueron diseñadas para nosotros, por nosotros, y desconectamos “chips” cerebrales que nos permitan creer que seguimos siendo los mismos cuando, muy por dentro, estamos perfectamente conscientes de que todo ha cambiado y no para bien. Emilia, psiquiatra de profesión, reconocía el problema en el que estaba metida, aunque renegaba de su comportamiento porque aún le era difícil dejarse llevar por los pecados naturales del ser. Eso la convertía en una gran estafadora, y a mí, en el perfecto ladrón de su sanidad.

Me abrazó y colocó una de sus piernas sobre las mías, atrapándome en su suave cama de horrendas y cursis sábanas rosas. Eché un vistazo a lo que me rodeaba y, entre la poca luz que soltaba su lámpara de mesa, observé las pinturas de colores pastel y una que otra pequeña pieza de porcelana adornando el tocador de manera clara. El aire olía a un perfume dulzón y no había tele por ninguna parte. Solo varios estantes con libros y fotos de ella con quienes suponía eran sus amigos. Parpadeé para desterrar esas imágenes estilo “cuarto de *Rainbow Bright*”, y quise salir de inmediato, pero no podía. Debía terminar lo iniciado y acostumbrarme. Todo era tan distinto a su “profesional” consultorio, que ni siquiera daba crédito. Tal vez ella estaba más loca que Miranda y yo. Sin embargo, no sería la última vez que vendría a este sitio, por

tanto, necesitaba acostumbrarme si deseaba partirle el trasero a Miranda que llevaba varias más ganadas que yo. No sabía cómo lo conseguía. Bueno, sí lo sabía. Por algo seguía a su lado y no la dejaría jamás. Además, lo nuestro se había convertido en un pacto inviolable. Algo mucho más importante que el matrimonio o cualquier unión mundana. Ella y yo éramos dos entes con un propósito específico, y muy pocos seres humanos podían jactarse de eso, de tener algún propósito en sus patéticas existencias. Nos enlazaba la pasión por lo fuerte, por lo vital, por lo que sirviera al bien común. *Okey, no. Eso nunca.* Poco o nada nos interesaba el bienestar de alguien más que no fuéramos nosotros. Solo queríamos erradicar a la basura de este planeta. Quien no fuera apto para la vida, tal como era, debía morir. ¿Por qué lo hacíamos? Porque podíamos. Nada más. En nuestros días, muy pocos se atrevían a tener las agallas de enfrentarse a todo lo bueno junto con lo malo, y eso constituía la misma esencia del existir, y quien no pudiera lidiar con los problemas cotidianos, tarde o temprano, caería en nuestras garras... No era una amenaza. Era la más pura y vil realidad, nuestra realidad.

—¿Gustas algo de comer? ¿O prefieres que te traiga otra cerveza? — cuestionó la mujer a punto de levantarse. La tomé de la barbilla y le di un beso profundo en la boca, haciéndole sentir mi humedad. Mi erección no dimitía. El que una persona como ella no tuviera sustancia no impedía que su cuerpo fuera bastante exuberante y delicioso al tacto, así que la cogería tantas veces como lo permitiera.

—Otra cerveza estaría bien —contesté mordiéndole el labio inferior. Emilia dejó escapar un suspiro que me reveló que estaba bastante perdida en mí—. Eres muy hermosa, ¿sabías? —susurré a su oído con aire inocente.

—No digas eso. Nunca lo he sido.

—O tal vez nunca has tenido a alguien que te valore como yo —jadeé y volví a besarla. Ella se apartó un poco y conectó sus pupilas con las mías esperando hallar algún rastro de falta de honestidad en ellas. Eso no ocurriría.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué te gusto?

—Ponte de pie. —Le ordené y ella, con reticencia, cumplió. Al principio quiso taparse, pero la obligué a descubrirse por completo con la mirada—. Tú no puedes apreciarte como yo te aprecio, lo cual me parece triste. Una mujer como tú es digna de total admiración. Algunas veces me recuerdas a mi madre.

Emilia entrecerró los ojos y estudió cada uno de mis gestos.

—¿La extrañas? —preguntó con falsa ingenuidad. Sus trucos de “loquera” no funcionaban conmigo.



—Claro. No es sencillo para un niño que su propia madre asesine a su padre y luego se quite la vida —respondí percatándome de lo incómodo que me sentía al hablar de ese maldito suceso que me cambió por completo. La mente me llevó al instante en que esa perra sacó la escopeta de cacería de mi viejo y, con el pretexto de padecer de una depresión no tratada —que no era más que pusilanimidad de su parte—, le disparó delante de mí. Es verdad que tenía solo diez años, pero comprendí al observar que dirigía el arma hacia mí que, si una madre era capaz de exterminar a su propio hijo, entonces cualquiera era capaz de hacer cualquier cosa, a pesar de que no estuviera “bien”. Recordé que mis ojos se desorbitaron y la sangre y restos del cerebro de mi padre me bañaron la ropa y el rostro, aunque no tuve miedo. Lo que experimenté en su lugar, fue una sensación de furia incontrolable y unas ganas increíbles de despedazarla, de apretarle el cuello con las manos hasta que exhalara su último aliento, aunque en lugar de eso, pronuncié su sentencia de muerte mientras la veía llorar con una amargura que no me tocaba el corazón:

“Mami, te amo. Déjame vivir. Tú ya no puedes hacerlo porque le disparaste a papá. Ya no eres buena, mamá. Déjame vivir y apunta esa arma a quien en verdad lo merece”.

Y la vi terminar con sus días ante el sonido explosivo de la escopeta al descargarse de nuevo, que nunca se compararía al ensordecedor “perdóname, hijo”, que soltó como despedida.

Mi padre era un hombre importante, un abogado prominente, y en su testamento me dejó todo por lo que había trabajado, y el gobierno me envió a vivir con el único pariente que me quedaba, mi tío Alfonso, primo lejano de mi padre. Siempre fui una persona muy inteligente y, a pesar de que tardé años en convencerlo de que estaría mejor por mi cuenta, conseguí que sacara mi pequeña fortuna del banco y me la entregara para irme. Tenía dieciséis años en aquel entonces y compré un departamento que compartía de cuando en cuando con algún extraño solo para no gastarme lo que poseía y poder pagar mis estudios.

De ahí en adelante, me convertí en un arma cargada de habilidades insospechadas. Me atrevía a lo que fuera y experimentaba con lo que fuera, aunque las drogas no me atraparon porque era ambicioso y deseaba algo más, algo que ellas no me proporcionaban. Anhelaba ser poderoso, ser un hombre al que no le importara nadie más que él, y lo logré por mucho tiempo... hasta que apareció ella. No contaba jamás con que encontraría a alguna mujer que me hiciera querer estar a su lado. Que, de hecho, con su cuerpo delicioso,

entrega absoluta y brutal y divertida honestidad, me ayudara a confiar en cualquier cosa que no fuera el abandono o yo mismo. Tanto Miranda como yo éramos almas a quienes estar solos les provocaba un terror inconcebible, aunque ella jamás lo aceptara. La promesa que nos habíamos hecho era que, sin importar lo que ocurriera, permaneceríamos juntos hasta el día en que el otro se fuera. Entonces, el que quedara de pie continuaría a solas con el “juego” que iniciamos, dejándolo como legado a otra persona, y ya habíamos elegido a quien nos suplantaría: el hijo de Roxana, Mario, ahijado de Miranda. A Roxy le costó mucho aceptar hacerle a su hijo lo que mi madre me había hecho —porque ese era el trato—, pero Miranda la convenció con una destreza impresionante de que era necesario, con el argumento de que ella era la más adecuada para el trabajo. Era un sacrificio por nosotros. Si Roxana quería convencernos de cuánto nos amaba, debía arriesgarlo todo. Yo reí histérico al darme cuenta de que su intención fue desde el inicio deshacerse de ella para tenerme entero. Mindy era la dueña de este estilo de placer del que formábamos parte. Ciertamente fue mi idea iniciarlo cuando conocí al pendejo de William —a quien, por cierto, no toleraba—, pero ella tomó las riendas cuando planeó la muerte de Wilma. El resultado fue épico. La “gran mujer doctora” se lanzó del balcón del *Waldorf Astoria* en Inglaterra al enterarse de que una de sus pacientes había fallecido por una negligencia médica de la que era responsable e iría a la cárcel por varios años a causa de eso. Sin embargo, no existió aquella negligencia. Miranda le pagó una buena cantidad de dinero a uno de los enfermeros auxiliares de Wilma para infectar sus instrumentos con una bacteria llamada *Staphylococcus Aureus* que causó un shock tóxico en una chica de diecisiete años. Pereció a los pocos días y su madre no soportó que su carrera se viniera abajo por completo. Fue un toque magistral, y de nuevo, ninguno de los dos nos ensuciamos las manos. Aquel hombre que la ayudó también perdió la vida siendo seducido por ella. No podía más que admirarla. Su sexo era letal y me pertenecía aún en su libertad.

—Nunca he podido saber qué ocupa tu mente, Pablo. Desde que llegaste a mi oficina, has sido como un rompecabezas demasiado difícil de armar — señaló Emilia trayéndome de vuelta al presente.

—No soy tan complicado, hermosa —susurré—. Hemos tenido varias sesiones ya y deberías comprender para ahora que mi vida es sumamente aburrida. Aunque...

Dejé el enunciado a medias en espera de su reacción.

—Aunque, ¿qué?

—Me encantaría que conocieras a mi mejor amiga. Es alguien muy especial. Morirás cuando la trates, te lo juro. Es encantadora —señalé sonriendo en mis adentros.

—¿En serio deseas que la conozca?

—¡Por supuesto! Lo nuestro es algo serio para mí. Espero que eso no te asuste.

—N-no —jadeó tímida—. Sería un placer.

—El placer sería todo nuestro. Eso puedo asegurártelo.

Imaginarme el fin de esta situación me excitaba sobremanera, así que me paré para lanzarla a la cama y derramar la cerveza que traía en su anatomía cálida. Se erizó y me rogó que la penetrara por segunda ocasión. Mi teléfono móvil sonó y, entre besos y ardor, lo tomé para revisarlo.

“Espero que estés follándotela, de otro modo, esta será una noche perdida”.

Se leía en el mensaje de texto.

—Ven, hermosa. Quiero tomarte una foto para tener cuando no te vea —pedí meloso. La mujer se negó un segundo, pero la persuadí mientras la masturbaba. Capturé la imagen que nos serviría para poner en nuestra colección personal cuando todo esto acabara y me deslicé en los adentros de Emilia, en lo que Miranda me enviaba una captura suya sin ropa, metiéndose los dedos en la vagina tremendamente mojada. Abajo decía:

“Disfruta, guapo”.

“Buena suerte, chiquilla” —escribí en son de despedida.

Respiré profundo, perdiéndome en las cavidades de Emilia mientras Miranda llenaba mi mente con su absoluta irreverencia. No tardé demasiado en venirme dentro de ella y, mientras lo hacía, escuchando los gemidos incesantes de Emilia que se combinaban con mis gruñidos, solo podía pensar en la siguiente, aquella escritora que había conocido una noche antes en un bar escuchando música rock en vivo. Esa frágil alma a la que anhelaba poseer y destruir. Esta vez yo sería el ganador, de eso no cabía duda. O tal vez el ganador siempre había sido yo...

*No olviden que esto no acabará jamás, así que, yo que ustedes, viviría mi vida al máximo, porque no sabemos si Miranda misma no es la que con su pluma escribe estas palabras. ¿Conoces el significado de la verdadera locura? Porque yo sí... LA LOCURA SOY YO.*



**FIN**

# Sobre la Autora



MI NOMBRE ES MARIELA Villegas Rivero. Soy escritora mexicana. Nací el 29 de enero de 1983. Estudié Licenciatura en Lenguas Modernas y ahora trabajo como maestra de una escuela secundaria en mi ciudad natal, Mérida, Yucatán. A diferencia de muchas autoras que he conocido, yo no empecé el trayecto a la palabra escrita devorando libros. Buscaba un lugar en el mundo, un propósito, y este apareció de súbito a mis veintisiete años con mi primera historia, Luna Llena. En estos años, me he dado a conocer alrededor de mundo a través de las redes sociales y diversos medios de comunicación. He sido entrevistada en los programas de radio por internet, Café entre Libros y Conociendo a Autores, de la Universal Radio, La Hora Romántica de Divinas Lectoras con Cecilia Pérez y Revista Radio de las Artes, de Diana Ríos. Mi obra de poemas Mujer de Fuego fue homenajeada por la radio argentina Alma en Radio en febrero de 2015. Llevo hasta ahora más 37 libros publicados de forma independiente, impresos y digitales, y un premio literario por mi novela Noche de Brujas (Premio III Plumas de Pasión por la Novela Romántica, Paranormal y Romance Juvenil 2014, España). Soy autodidacta y siempre he pensado que la inmortalidad se puede alcanzar mediante la trascendencia de nuestras ideas.

## **BIBLIOGRAFÍA:**

—Serie Lunas Vampíricas (romance paranormal):

1) Luna Llena 2) Cuarto Creciente 3) Cuarto Menguante y 4) Luna Negra, Lunas Vampíricas más allá de los siglos (que se puede leer de forma independiente a las demás, o en conjunto).

—Saga Noche de Brujas (romance paranormal):

1) Noche de Brujas 2) Crónicas de Sombras 3) Crónicas de Sangre 4) Crónicas Inmortales.

—Trilogía Espectral (romance paranormal):

1) El Ángel de las Sombras 2) El Ángel de Fuego 3) El Ángel de Hielo.

—Leyendas Prohibidas (romance paranormal).

—Los Hombres de mi Vida (romance erótico contemporáneo).

—Mujer de Fuego, poemas y pensamientos.

—Alma Inmortal (romance paranormal).

—Hoy el Aire Huele a Ti (novela erótica).

—Bilogía Pasiones Oscuras (novelas eróticas): 1) Pasiones Oscuras 2) Pasiones Indomables.

—Serie Delirios y Amores (microcuentos y relatos):

1) 50 Suspiros y 3 Pasiones, 2) 50 Suspiros y Un Pecado, 3) Antología Mínima Erótica y 4) Deseos Indistintos, de la cual se desprende una mini serie de relatos independientes del mismo nombre: 1) De Ella, 2) Ikal-Chakte, Historia de un Inmortal y 3) Tú, mi Luna.

—Solo Amigos (relato de romance erótico).

—Realidades Fantásticas (libro didáctico de fomento a la lectura para adolescentes).

—Descubriendo a Shane (novela de romance lesboerótico)

—Suspiros de Terror (microrrelatos de suspenso, horror y thriller psicológico).

—Corazón al Descubierta, Poemas de Amor y Desamor (poemario en verso y prosa).

—Nuestro Cielo (relato largo de romance erótico).

—Frenesí. Antología Erótica (dos relatos eróticos de Navidad).

—Serie Lunas Vampíricas, Edición Especial Completa.

—Saga Noche de Brujas, Edición Especial Completa.

—Trilogía Espectral, Edición Especial Completa.

—Bilogía Pasiones Oscuras, Edición Especial Completa.

—Historias de Seducción, Compilación Erótica (2 novelas cortas y 3 relatos, “Cómplices”, “Los Hombres de mi Vida”, “Nuestro Cielo”, “Hoy el Aire Huele a Ti” y “Solo Amigos”).

—La Mano del Destino (novela corta de romance paranromal).

—Cuestión de Piel, thriller erótico psicológico.





## **PARA CONTACTAR A LA autora:**

Facebook: <https://www.facebook.com/marielavillegasrescritora>

Página de la autora en Facebook:

<https://www.facebook.com/MarielaVillegasR>

Página de la Serie Lunas Vampíricas en Facebook:

<https://www.facebook.com/pages/Lunas-Vamp%C3%ADricas/324638121014900?fref=ts>

Página de la Saga Noche de Brujas y Trilogía Espectral en Facebook:

<https://www.facebook.com/pages/Saga-Noche-de-Brujas-Mariela-Villegas-R/141524426016453>

Página de la novela erótica Pasiones Oscuras en Facebook:

<https://www.facebook.com/pages/Pasiones-Oscuras-Mariela-Villegas-R/338678926331801?ref=ts&fref=ts>

Goodreads:

[http://www.goodreads.com/author/show/5235262.Mariela\\_Villegas\\_Rivero](http://www.goodreads.com/author/show/5235262.Mariela_Villegas_Rivero)

Blog: <http://www.lunasvampiricasmariela.blogspot.mx/>

Twitter: @maryvilleri

Instagram: novelasmariela

Instagram Bilogía Pasiones Oscuras: bilogiapasioness

## **Mi canal de YouTube con AUDIOLIBROS GRATUITOS:**

<http://www.youtube.com/channel/UCyUINri8jiE>